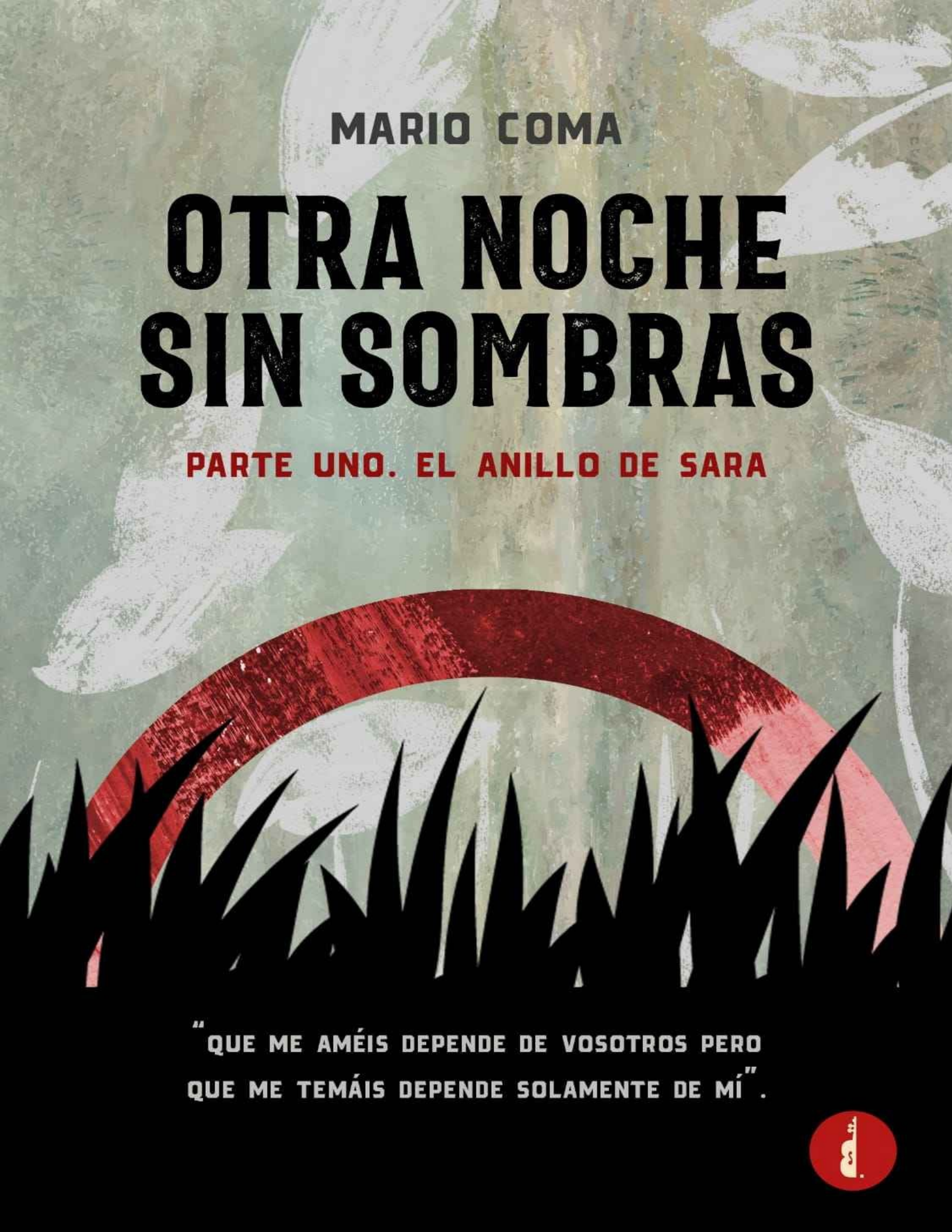


The background of the cover is a textured, painterly style with muted green and white tones. A large, faint white shape, possibly a face or a large leaf, is visible in the upper half. A thick, textured red arc, resembling a rainbow or a bloodstain, curves across the middle. Below the arc is a dense field of black, spiky shapes that look like blades of grass or thorns.

MARIO COMA

OTRA NOCHE SIN SOMBRAS

PARTE UNO. EL ANILLO DE SARA

**"QUE ME AMÉIS DEPENDE DE VOSOTROS PERO
QUE ME TEMÁIS DEPENDE SOLAMENTE DE MÍ".**



Otra noche sin sombras

Parte I: El anillo de Sara

Mario Coma

A todo mi propio *anillo*,
pero en especial a Cris y a Dani.

Capítulo 1

“7”

Tic... tac, tac, tac... Tic... tac, tac, tac...

Después de varios días sin dormir, el sonido del metrónomo se había adueñado del subconsciente de Diana. Cada vez que la chica inhalaba profundamente con un *tic* volvía a sentir esperanza, cuando exhalaba lentamente durante los *tacs*, le parecían nuevos martillazos que reforzaban alguna de las argollas de la cadena que la sujetaba.

El joven de la máscara de latex sostenía un atizador al rojo frente a ella. El punzante siseo del hierro candente penetró en sus oídos como un rechinar de dientes.

Seguía desnuda. Tenía las rodillas peladas por el suelo de piedra y los hombros cansados de mantener las muñecas engrilletadas sobre la cabeza.

—¿Qué haces aquí, Diana? —Las palabras del anciano resonaron desde la densa oscuridad del final del sótano.

Tic... tac, tac, tac...

La chica no respondió, había llegado a acostumbrarse a que esa voz se fundiera con sus pensamientos y ya pocas veces diferenciaba si venía de fuera o de dentro.

El sonido de los pasos del joven acercándose hacia ella subrayó su silencio. Diana levantó la magullada cara y escupió más sangre que saliva hacia él. Aunque la tímida luz de las velas a medio derretir que se encontraban tras ella no alcanzaba a iluminarle, sabía que no le había dado. La voz del final del pasillo disparó una carcajada a bocajarro. El silencioso joven interrumpió su movimiento.

—Hyde, sigue. —La voz del anciano era como un seísmo que sacudía los cimientos de quien la escuchaba. Una orden irrefutable.

El joven siguió avanzando.

Diana vació de nuevo la boca de saliva espesa, ahora sobre sus propias pantorrillas.

Tic... tac, tac, tac...

—¿Qué haces aquí, Diana? —insistió el anciano.

La chica fijó la vista en el largo hierro que terminaba en forma de tres círculos concéntricos y casi pudo sentir su calor en las retinas.

Dejó que la voz la doblegase. Colgó a peso muerto de las argollas hasta que se le saltaron dos puntos de la herida del antebrazo izquierdo y brotó sangre tibia que fluyó en reguero hacia su cuello.

—Obedecer —musitó.

El mudo portador del metal hirviente dudó de nuevo.

—¿Cómo?, ¿qué has dicho? —Diana sintió la potencia de la voz del anciano erizándole el vello de la nuca.

—Obedecer. —La respuesta, rauda esta vez, se arrastró por la piedra desnuda del corredor hasta perderse en la negrura.

—Eso me había parecido oír. Hyde, sigue.

Tic... tac, tac, tac...

El ascua levitó inmóvil durante una fracción de segundo que a la chica le supo a compasión. Luego retomó su camino hasta posarse casi cariñosamente sobre su suave costado, en perfecta armonía con uno de los *tics*.

Al principio el dolor que sintió fue frío y penetrante, pero a lo largo de los *tacs* se convirtió en una agonía chisporroteante que parecía que le atravesaría la carne hasta llegar a las costillas, el pulmón y quién sabía si también hasta lo más profundo de su cordura.

—¿Ves? —Cuando el chillido de la chica hubo cesado, el anciano aprovechó para adoctrinar a su silencioso compañero—. Que me améis depende de vosotros pero que me temáis depende solamente de mí.

Si hubieran seguido prestándole atención, habrían podido atisbar la sonrisa de desprecio que flotaba a la deriva entre las lágrimas de dolor de Diana; uno de los pocos pensamientos que apenas se le habían distorsionado surcó su cansada mente: «si quiero parecer cobarde de verdad, voy a tener que ser todavía más valiente».

Volvió a sentirse fuerte mientras el olor de su piel quemada se mezclaba con la parafina de las velas, la humedad del sótano y un ligero aroma almizclado que le aterrorizaba porque empezaba a recordarle a casa.

Capítulo 2

“7 de octubre de 2018”

Como todas las mañanas, Aníbal releyó en su teléfono los últimos tres *WhatsApps* que le había mandado su hermana:

~Sara

No me encuentro bien

Quiero irme a casa

Puedes venir a recogerme?

No se atrevió a leer la contestación que le dio a eso de las cuatro de la madrugada en la que le decía que se pidiera un taxi o un Car4u, porque sabía que eso le llevaría a recordar el momento en que llegó borracho a casa, abrió la puerta del cuarto de ella y vio que no estaba allí.

Cerró los ojos y visualizó su niñez como aquel riachuelo del pueblo de su infancia que corría pendiente abajo transformándose poco a poco en los rápidos de su pubertad pero, en lugar de desembocar en la poza cristalina que debía de haber sido su juventud, el que él imaginó lo hacía en una laguna ponzoñosa de autocompasión y excusas en la que llevaba sumergiéndose los dos años y casi dos meses que llevaba sin saber nada de su hermana. Tenía que desatascarse, seguir adelante; tenía que levantarse de la cama y alejarse de ese techo que cada noche le recordaba que dormir de continuo era un privilegio que nunca valoró lo suficiente.

Pulsó el botón de *play* en su teléfono esperando, como siempre, que ese fuese el día en el que recibía cualquier retazo de información que le ayudara a saber qué había sido de ella.

*Entró el sol por la ventana
y me dio en la cara, haciendo que me despertara.
Soñaba que flotaba en tu vientre, mamá,
que volvía a nacer, que me creaba.
Que recobraba las ganas de vivir,
que la vida aún tenía mil regalos para mí...*

A mitad de la cuarta estrofa recibió una llamada.

«¿Qué puede querer Julia de mí?», pensó sintiendo un pellizco de emoción al leer en la pantalla el nombre de su amiga de la infancia. Llevaba sin hablar con ella desde poco después de la desaparición de Sara.

—Ho... ¿hola? —respondió dubitativo. No sabía muy bien cómo empezar. Conociendo a Julia se imaginaba que la conversación no sería incómoda, aunque fuese él quien había cortado la relación despreciando la ayuda que ella le ofreció. Lo mismo que hizo con todos los demás.

—Hola, Aníbal. Tengo que pedirte un favor —la voz de Julia sonaba a esperanzas y a amanecer, aunque siguiera siendo tan directa como antaño—, pero sé que no te va a hacer gracia.

—Dime.

—Es sobre lo de Sara... y Ángel. ¿Estás al día de las noticias?

Por supuesto que Aníbal seguía de cerca el desarrollo del caso de la desaparición de su hermana, igual que lo habían seguido al principio la mayoría de los españoles. Sabía de sobra que el hermano de Julia fue el último que la había visto con vida, y también que no tenía coartada para la noche en la que desapareció.

—Sí —respondió.

—Entonces sabes que quieren juzgar a mi hermano, ¿no?

—Lo sé. —Aníbal resopló, había reflexionado mucho sobre el tema—. No creo que Ángel tuviera nada que ver.

—Ni yo —coincidió Julia—. Y va a salir impune, pero van a joderle la vida más aún.

—Lo siento mucho. —Sara y Ángel habían sido como Julia y él, amigos inseparables cada verano desde que tenía uso de razón. Quería ayudarle aunque fuera porque su hermana lo habría hecho—. ¿Puedo hacer algo por él?

—La verdad es que sí —respondió la chica al otro lado del aparato—. Le he pedido que me vuelva a contar lo que pasó.

—¿Y que te ha dicho?

—Ya sabes, que estaban en la peña del primo de *el Rizos*, en Miraflores. Que habían bebido. Sara se empezó a encontrar mal y él le pidió un Car4u a eso de las tres y media. —Cada palabra que decía Julia era un nuevo cañonazo que golpeaba los agrietados muros de Aníbal—. Luego se quedó sin batería y decidió dormir la mona en el parque de las mesas de piedra para que mis padres no le pillaran... pero también me dijo que tu hermana tenía cuenta de *Flint*.

—¿*Flint*? —preguntó Aníbal sorprendido— ¿La aplicación de ligar?

—Esa —aseveró ella.

—Si era menor de edad...

—Por lo visto todos la tenían —aclaró Julia—. ¿Sabes si la policía lo ha investigado?

—No que yo sepa —respondió Aníbal después de reflexionar unos segundos—, pero no nos cuentan casi nada. Sé que han hablado con todo el pueblo y que el conductor del Car4u les presentó una coartada sólida. Vamos, que no tienen nada.

Julia chasqueó la lengua al otro extremo del aparato.

—Por eso quieren llevar a juicio a mi hermano, para que parezca que están haciendo algo ante la prensa. —Aníbal escuchó como Julia inhalaba profundamente antes de continuar—. ¿Tienes el móvil o el portátil de tu hermana? Me gustaría intentar entrar a *Flint* con su usuario, a ver qué encuentro. Si no te importa, claro.

Por supuesto que no le importaba.

—El móvil lo llevaba encima cuando desapareció —respondió sin dudar un solo instante—, pero la policía nos devolvió su ordenador.

—Genial. ¿Quedamos sobre las seis en la Plaza de Oriente? Como en los viejos tiempos.

Esa tarde de domingo fue la excepción que confirmaba la regla de no ducharse los fines de semana que llevaba acatando Aníbal a rajatabla los últimos dos años y medio. Se puso su único par de vaqueros y una vieja camiseta azul oscura que todavía le parecía que le quedaba bien.

Aparcó la moto en la acera de la calle San Quintín y tuvo que esperar a Julia cubriéndose de la lluvia bajo los toldos de la terraza del Café de Oriente, que estaba recogida.

Julia apareció bajo un estrecho paraguas, con la melena azabache recogida en una coleta y mordisqueándose nerviosa el *piercing* en forma de aro que llevaba en mitad del labio inferior y hacía que ambas partes pareciesen todavía más carnosas.

Antes de decirle nada, se paró frente a él, le miró con toda la intensidad de sus ojos negros, y

le abrazó como se abraza a un hermano que lleva años sin ir a casa por Navidad y vuelve después de haberse divorciado de su pareja. Él se dejó llevar y se agarró a ella como si fuera la cuerda que le permitiría salir de un profundo hoyo.

—¿Estás bien? —le preguntó Julia cubriéndole con parte del paraguas.

Aníbal se encogió de hombros.

—¿A decir verdad? No.

Julia le acarició el brazo.

—Lo siento mucho.

—No te preocupes. —El chico miró en derredor buscando más cambiar de tema que un lugar donde resguardarse—. ¿A dónde vamos?

Julia le sonrió con cariño.

—Hay una heladería vegana aquí al lado. ¿Te parece bien?

—Sin problema —respondió Aníbal—. No sabía que te habías hecho vegana.

—Bueno, alguien tiene que preocuparse por salvar el mundo —bromeó encaminándose hacia Ópera.

El establecimiento estaba decorado con plantas artificiales que colgaban del techo, cuadros de pintores aficionados y sillas de diferentes estilos. Pidieron un par de cafés y sendos helados en el mostrador y se sentaron en la mesa más cercana al ventanal.

—¿Sigues tomando helado de pistacho? No me lo puedo creer —bromeó Aníbal mientras sacaba el viejo portátil de la mochila y lo depositaba sobre la mesa—. Es el helado más de *viejunos* después del de...

—Del de ron con pasas, sí —le interrumpió Julia poniendo los ojos en blanco y sonriendo—. Yo tampoco puedo creerme que sigas haciendo las mismas bromas. —La chica señaló el ordenador— ¿Puedo?

—Todo tuyo.

Ella lo giró hacia sí, lo encendió y tecleó varias contraseñas en la pantalla inicial que no dieron resultado. Después probó a recuperar la contraseña, pero no fueron capaces de responder correctamente las preguntas de seguridad.

—Bueno, parece que va a tener que ser por las malas. —Julia rebuscó en su bolso un *pen-drive*. En cuanto cargó la pantalla de *login* lo enchufó y fue navegando por diferentes ventanas hasta clicar en “reparar el equipo”. Entonces apareció una barra blanca vacía que comenzó a llenarse lentamente—. Esto va a llevar un rato. —La chica colocó el aparato en un lado de la mesa y sorbió su café—. ¿Acabaste ya la carrera?

Aníbal bajó la mirada y empezó a jugar con una pequeña servilleta de papel.

—No... —respondió avergonzado—. Lo he intentado después de lo de mi hermana pero cuando estoy en clase o me pongo a estudiar, me da la sensación de que no tiene ninguna importancia.

—Tienes la cabeza en otras cosas —le consoló ella.

—Sí, y me ha pasado lo mismo con los amigos, con la familia... Hasta trabajé en una tienda, pero nada.

—¿Has probado a ir a un psicólogo?

Aníbal asintió, todavía sin levantar la vista.

—Estuve un par de meses, pero no me ayudó mucho. Creo que hasta que no sepa dónde está Sara no voy a poder hacer vida normal. —Rasgó el papel por la mitad—. Estoy viviendo en casa de mi madre y gastándome la herencia de mi padre en... ¿qué? —Hizo una bolita con ambos

trozos y se la guardó en el bolsillo.

Julia le apretó ligeramente el brazo.

—Podrías estar peor.

Él la miró sorprendido.

—Esta mañana he hablado con mi hermano de Ramón, el de Valdemanco. ¿Te acuerdas? — Ahora fue ella quien intentaba cambiar la conversación.

Aníbal pensó en los conocidos que compartían del pueblo de la sierra madrileña en el que habían pasado tanto tiempo juntos. Tardó en recordar de quién le hablaba.

—¿El del videoclub? —preguntó frunciendo el entrecejo.

—Sí. ¿Te imaginas haber montado un videoclub? Tú al menos tienes la herencia de tu padre, a saber la cantidad de deudas que tiene ese. —Aníbal sonrió—. Y menos mal que tampoco tienes su panza... ni el tatuaje ese feo dado de sí que enseñaba a todo el mundo.

Aníbal soltó una carcajada cubierta de polvo que llevaba dos años esperando en su estómago.

—De *Master of Puppets* era, ¿no?

Julia puso los ojos en blanco.

—Sí. Feo como él solo.

La instalación terminó, y Julia volvió a colocar el portátil frente a ella. Modificó la contraseña desde una ventana negra con letras blancas y reinició, entonces pudo acceder al escritorio de Sara.

Una vez hubo configurado el *wifi*, clicó en el navegador que abrió directamente la bandeja de entrada del correo electrónico de Sara. Luego buscó la página web de *Flint* y, después de introducir la dirección de *e-mail*, seleccionó “recuperar contraseña”. Una notificación les indicó que la prueba había dado resultado.

Al iniciar sesión en la aplicación de citas, Julia clicó directamente en las notificaciones. Había más de 200 nuevas.

—¿Estás seguro de que quieres que haga esto? —preguntó a Aníbal antes de continuar—. Es una faceta muy privada de Sara.

—Si te digo la verdad, no —confesó el chico encaramándose a la pantalla—. Aquí hay cientos de tíos que han querido tirarse a mi hermana. Pero tengo que hacerlo.

—De acuerdo.

Al cabo de unos quince minutos leyendo en diagonal conversaciones prácticamente iguales entre adolescentes, abrieron la de un tal *Muchoopírate*. Por el perfil aparentaba unos treinta años; tenía la mandíbula definida y un afeitado muy apurado, aunque revisando por encima las fotos, Julia creyó que debían de ser imágenes falsas sacadas de internet. Su primer mensaje decía: “Hola Sara. Sé que estás aquí para pasar el rato y para que te hablen muchos chicos y sentirte bien contigo misma, pero yo solo puedo ser yo mismo cuando hablo con alguien que no me juzga, y ahora necesito ser yo mismo. ¿Te apetece hablar de verdad un rato?”

Continuaron leyendo. Después de intercambiar unos cuantos mensajes, él le mandó un vídeo que duraba unos quince segundos y se veía poco más que un pitbull negro cogiendo un *frisbee*, un seto que hacía de muro del jardín de un chalet y un poste de electricidad. También se escuchaba la voz de un hombre que decía “Este es mi perro, Sara”.

Algo más adelante en la conversación, *Muchoopírate* empezó a introducir matices sexuales en sus mensajes, primero más sutiles y poco a poco más descarados. Julia señaló un párrafo con el dedo.

—Lee.

—“Los seres humanos que hemos perdurado desde la época de las cavernas somos los que

formábamos los grupos más grandes. Sobrevivíamos por lo unidos que estábamos entre nosotros y nuestra disposición a seguir a un líder fuerte.“ —Aníbal paró—. ¿Qué dice este?

—Sigue.

—“Siempre ha habido un líder por cada miles de seguidores, por eso nuestro cerebro ha evolucionado en consecuencia y obedecer hace que segreguemos dopamina. ¿Sabes lo que es la dopamina?” —Aníbal miró a Julia desconcertado.

—La hormona del placer —aclaró ella—. “Un líder bueno —continuó leyendo Julia— es capaz de regular la cantidad de dopamina que segregan sus súbditos”. —La chica frunció el ceño—. ¿Súbditos?

Él se encogió de hombros.

—Al menos parece que mi hermana no se creyó esta gilipollez.

—No, le responde por responder. Mira. —Señaló el siguiente mensaje enviado por ella—. “Si tú lo dices...”

—Bien, Sara —murmuró Aníbal como si su hermana pudiera oírle—. Vamos a ver cómo acabó la conversación.

Siguieron hasta la foto de un miembro masculino y, justo debajo, un mensaje que indicaba que el contacto había sido bloqueado.

—Ahí se pasó de listo —afirmó el chico con orgullo por su hermana—. ¿De cuándo es esto?

Julia buscó la fecha y tragó saliva.

—21 de agosto de 2016.

Aníbal dio una fuerte palmada.

—El día antes de que desapareciera Sara.

Capítulo 3

“8 de octubre de 2018”

Aníbal no pegó ojo en toda la noche. Riadas de cavilaciones sobre cómo podría encontrar al hombre de *Flint*, recuerdos de su hermana y su imaginación desbocada formando imágenes de lo que podría haber vivido después de desaparecer le acosaron hasta que el sol se coló por las rendijas de su persiana, que entró en ese duermevela agitado en el que el subconsciente toma las riendas y los pensamientos siguen abrumando, pero ya no se entiende el por qué de cada uno.

¡Turin!

El sonido de una notificación le despertó de un susto.

~Julia

gigahertz.es/files/Mapa-transporte-electrico-Espana-2015.pdf

Aníbal presionó el enlace. Era un mapa con todo el sistema de cableado eléctrico de la península ibérica en enero de 2015. Apenas le había dado tiempo de ubicar la Comunidad de Madrid cuando recibió una llamada de Julia.

—¿Si? —respondió con la boca pastosa.

—Perdona, te he despertado. —Julia sonaba enérgica al otro lado del aparato.

—Está bien —contestó Aníbal a medio bostezar—. Es que no he dormido nada.

—Yo tampoco he podido, he estado toda la noche pensando en el tío del *Flint*. Ayer busqué las fotos de su perfil en internet —la chica hablaba atropellándose—. Son de un modelo sueco. No sé si tuvo algo que ver con la desaparición de tu hermana, pero podría ser. No perdemos nada por darle una vuelta, ¿no?

Aníbal se sentó en el borde de la cama y se limpió la boca con la manga del pijama.

—¿Aníbal?

—Sí, estoy aquí.

—Me he acordado del vídeo que mandó —continuó rápidamente—. Decía el nombre de tu hermana, así que lo tuvo que grabar en el momento. El jardín estaba al lado de un poste de electricidad y, como Sara tenía el rango del *Flint* a 10 km, solo tenemos que seguir los tendidos eléctricos que estén dentro de ese radio desde Valdemanco. Bueno, de unos 13 o 14 km, por si acaso.

Aníbal se espabiló de súbito.

—¿Crees que podemos encontrarle?

—Creo que podemos intentarlo. —Julia inhaló profundamente—. Me he pedido la semana libre en el trabajo y he pensado que a ti podría venirte bien volver unos días al pueblo y salir de casa de Miriam.

Aníbal no había pisado Valdemanco desde el verano de 2016 y no sabía si sería buena idea entrar en la casa en la que había pasado tantas vacaciones con su hermana, además de tener que dejar a su madre sola ahora que empezaba a estar más animada.

Se dejó caer sobre la cama y clavó la vista en aquel techo que le atormentaba cada noche.

—Sí —respondió al fin—, me puede venir bien.

Ahora tenía un propósito y, si Julia estaba con él, quizá podría volver a disfrutar de algún

aperitivo al sol en el bar de la plaza como antes.

—¡Uf, menos mal! —exclamó ella exageradamente—, porque no tenía cómo ir —bromeó—. ¿Tienes algún casco extra?

Aníbal se despidió de su madre, preparó una mochila para un par de días en la que metió los intercomunicadores que tenía para poder hablar con el casco de la moto puesto, cogió sus dos chupas y sus dos cascos, y se marchó a recoger a Julia.

Ella bajó con una chaqueta de cuero, vaqueros negros ajustados y unas viejas *Converse*.

Saludó a Aníbal con otro abrazo cariñoso, se subió a la moto con dificultad y condujeron hasta una gasolinera en la A1 a la altura de Guadalix de la Sierra en la que compraron cena y media docena de cervezas. Luego siguieron la carretera hasta llegar a Valdemanco, donde fueron directos a la casa de la familia de Julia.

Entraron en el piso, subieron los plomos y abrieron la llave del agua. El interior estaba decorado con los muebles que habían ido sobrando del resto de casas de los tíos y padres de Julia; los que no habían conseguido cambiar seguían siendo los de sus abuelos. Cruzaron la puerta de madera y vidrio amarillento del salón. Olía a cerrado y a jugar a las cartas después de comer esperando a que les dejaran bajar a la piscina.

Cenaron y abrieron un par de cervezas. Julia extendió la parte del mapa de la red eléctrica en A3 correspondiente a Madrid sobre la mesa del salón. Buscaron por la zona norte.

—Valdemanco debe de estar por aquí —indicó Aníbal señalando un punto—, cerca de Bustarviejo. Voy a mirar en el móvil la altura exacta.

—Genial, toma. —Julia sacó de su mochila un compás y una regla que depositó sobre la mesa, y un rotulador que entregó a Aníbal—. Haz una marca cuando lo encuentres. —Volvió su atención al mapa—. Vale, si la escala es... —comentó señalando la leyenda—, uno a un millón, como un kilómetro son cien mil centímetros, un centímetro serán... —Jugueteó con el anillo de coco que llevaba en el dedo corazón derecho—, diez kilómetros. El radio del *Flint* exacto.

Abrió los brazos del compás sobre la regla hasta que la apertura marcaba un centímetro, entonces clavó el lado puntiagudo en la marca que acababa de realizar Aníbal y pintó una circunferencia.

—Ya tenemos por dónde empezar. —Julia miró la zona definida por la circunferencia y colocó los brazos en jarras—. ¿Qué prefieres: norte, sur, este u oeste?

—A ver... —Aníbal se acercó hasta casi tocar el papel con la nariz— ¿suroeste? Así empezamos por Miraflores.

La chica le miró sorprendida.

—¿Estás seguro de que quieres empezar por allí?

—¿Qué mejor sitio? Fue en las fiestas de Miraflores donde desapareció mi hermana, es posible que el chalet esté cerca, ¿no?

Ella asintió.

—Tienes razón.

—¿Luego cómo seguimos? ¿Vamos barriendo todo?

—Yo creo que mejor usamos los tendidos grandes de guía. Mira, por ejemplo —Julia señaló con el dedo el punto que indicaba en el mapa Miraflores de la Sierra, casi al borde del círculo que había dibujado—, vamos hacia el este siguiendo este cableado hasta aquí, que debe de ser Torrelaguna. —Achinó los ojos para leer las pequeñas letras—. Justo, Torrelaguna. Según vayamos viendo cables que van saliendo del principal hacia el sur, los seguimos hasta que lleguemos al final de la zona. —Marcó con el lápiz la superficie que indicaba, así que la sección

circular inferior quedó oscurecida—. Lo mismo de Torrelaguna a Lozoyuela —pintó una línea de sureste a noreste que unía ambos pueblos—, pero siguiéndolos hacia el este. —Coloreó la sección circular derecha—. Luego al oeste hacia La Pinilla. —Sombreó la parte superior de la forma geométrica—. Y volvemos a Miraflores. —Oscureció la parte izquierda, de manera que finalmente quedaba un cuadrado sin sombrear inscrito en el centro de la circunferencia—. Así habremos barrido primero la parte exterior entera. Luego hacemos lo mismo con los tendidos interiores, como este que pasa por Bustarviejo —trazó una línea que atravesaba la figura en horizontal—, y vamos siguiendo los que salgan de él hasta un punto donde ya hayamos estado. —Ennegreció ligeramente la parte superior del cuadrado interno y luego la inferior, hasta que el círculo completo estuvo marcado con grafito—. Así nos aseguramos de que hemos barrido todo el terreno.

Él la miraba boquiabierto.

—Es una idea genial —concedió—. Yo pensaba recorrer todas las carreteras.

Julia soltó una carcajada.

—¿Entonces para qué quieres el mapa?

—Visto así..., para nada, supongo.

—Además, puede que los postes no sigan la carretera. ¿Qué tal va tu moto campo a través?

—Mañana lo averiguaremos. —Aníbal se inclinó sobre la mesa y analizó la circunferencia—.

No parece mucho.

—Es por la escala —aclaró ella—. Piensa que si son diez kilómetros de radio el área serán unos..., trescientos catorce kilómetros cuadrados.

El chico soltó un bufido.

—Eso ya suena peor.

Julia sacó su portátil y empezó a teclear a una velocidad vertiginosa para Aníbal.

—¿Qué haces? —preguntó él mirando la pantalla por encima del hombro de la chica.

—Buscar una aplicación que nos permita usar la localización del teléfono para saber cuándo llegamos al borde del círculo —respondió sin apartar la mirada del ordenador.

—¿Y la hay?

—No parece —Julia dio un sorbo de su cerveza—, pero creo que puedo modificar una que hice para una empresa de reparto.

La chica arrancó varios programas y comenzó a cambiar líneas de código.

—Te gusta esto, ¿verdad? —comentó Aníbal cuando no aguantó más el aburrimiento de no entender nada de lo que hacía Julia.

—Sí, bastante —respondió ella sin dejar de teclear—. Es como resolver rompecabezas que valen para algo. Además siempre los puedes mejorar. Un *hobbie* que da dinero —se giró, le sonrió y volvió a la pantalla rápidamente.

Él asintió, sin entender a qué se refería.

—Que te encanta tu trabajo, vamos.

—En realidad no. Una cosa es programar para mí y otra muy diferente revisar líneas y líneas de código para que una de las cincuenta aplicaciones de un banco funcione bien en un modelo de móvil que dentro de un año no va a usar nadie.

—Visto así, suena un poco triste.

—Bueno —Julia se encogió de hombros—, entré en la empresa en la que estoy para probar a ver si me gustaba. Mi padre le pasó mi currículum a un amigo, y no quería hacerle el feo... ya tengo bastante claro que no es para mí.

—¿Estas pensando en cambiarte de trabajo?

La chica torció el labio sin apartar la mirada del ordenador.

—De momento estoy valorando ideas... Por cierto —se volvió a girar hacia Aníbal— puedes irte a casa si quieres, yo con esto estoy entretenida.

—Ni de broma —él desestimó su ofrecimiento con un gesto la mano—. Necesitas a alguien que te siga trayendo cervezas..., o que haga cafés.

Tras unas cuantas horas, Aníbal estaba somnoliento y se quedó medio dormido en la silla.

—Bueno —Julia se estiró ojerosa cuando el reloj marcaba las 3:47 de la madrugada, sacándole de su sopor—, pues ya tenemos una primera versión.

Aníbal se incorporó sobre la mesa.

—Ya debería de poder marcar el recorrido que vamos haciendo y avisarnos si nos salimos del radio. —Julia apagó el ordenador y se frotó los ojos enrojecidos por el uso de la pantalla y tantas horas con las lentillas puestas—. Mañana lo probamos.

—Eres una máquina.

—Lo sé —la sonrisa socarrona de Julia pronto se convirtió en un sonoro bostezo.

Aníbal se levantó pesadamente de la silla.

—Me voy a casa —indicó refiriéndose al chalet que tenía su familia a las afueras del pueblo.

—¿No quieres quedarte aquí?

—No, gracias —desechó el ofrecimiento negando lentamente—. Antes o después voy a tener que volver a entrar allí, prefiero que sea medio dormido.

—De acuerdo. Buenas noches.

Julia le acompañó hasta la puerta y le despidió con un cariñoso beso en la mejilla.

La noche era fría y el trayecto en moto le dejó destemplado. La casa estaba desangelada y también olía a rancio y a tiempos mejores. Allí no pudo hacer más que caminar directo a su vieja cama y caer derrotado.

Capítulo 4

“6”

Diana tenía mucha sed; nunca antes había pasado tres días sin beber. Los labios se le habían cuarteado y la mezcla del olor acre de la orina con el de sus propias deposiciones le recordaban continuamente que llevaba demasiadas horas sin aliviar sus necesidades, así que debía de estar cerca de la deshidratación. Pero lo peor era que, aunque no pudiera verlo por la oscuridad que le rodeaba, sabía que su ropa de viaje y su macuto estaban a tres metros escasos de ella, y dentro había una botella llena de agua, burlándose. Había intentado alcanzarlo con la pierna, pero no se atrevía a forzar la postura para que no se le saltara algún punto de la herida del antebrazo al rozar con los grilletes. No le parecía buena idea añadir un sangrado a su situación, por leve que fuera.

Cuando se cansaba de estar sentada pasando frío y pensando en su muerte, alzaba la mirada hacia la pequeña luz roja que parpadeaba en una de las esquinas del techo y se decía que no iban a dejarla perecer allí. Luego se levantaba, paseaba en círculos en un sentido hasta que las cadenas que le sujetaban estaban tan entrelazadas que empezaban a tirarle de los brazos hacia arriba, y después en el contrario hasta que volvían a separarse. Sentía que el tiempo no pasaba cuando era lo único que tenía.

Una de las veces que dormitaba en los ratos de menos frío, imaginando que en el exterior era de día y que el calor del sol bañaba su piel desnuda, escuchó cómo una llave se introducía en la pesada puerta del fondo del sótano. Casi no pudo contener un gemido de ilusión. Era el momento.

Se enderezó renqueando y se cuadró con la espalda bien recta. Mientras la puerta se abría a una luz grisácea que a sus cansados ojos resultó insoportable, se lamió las palmas de las manos y usó la poca saliva que le quedaba para atusarse el cabello rubio con la raya en medio.

La silueta oscura de un anciano alto y delgado se recortó frente al umbral iluminado. Descendió las escaleras con paso firme al perfecto ritmo de un metrónomo de sesenta pulsaciones por minuto.

Tic... tac, tac, tac...

En ese instante tuvo claro que estaba donde tenía que estar.

El hombre pasó por su lado. Olía a sudor y a campo. Depositó el aparato tras ella; lo suficientemente cerca como para que no pudiera ignorarlo, lo suficientemente lejos como para que no alcanzara a cogerlo. Frente al metrónomo colocó un cuenco para perros con agua. Luego volvió a pasarla de largo, recogió sus ropas y su macuto, y se encaminó hacia la puerta.

—Ahora no hay nada real aparte del dolor. —La voz del anciano restalló en su columna vertebral como un latigazo.

En cuanto la puerta se cerró, Diana se lanzó al cuenco con avidez. Inconscientemente esperó a un *tic* para empezar a beber.

Tic... tac, tac, tac...

Su cerebro ya había empezado a moverse al compás.

Capítulo 5

“9 de octubre de 2018”

La habitación de la infancia de Aníbal estaba cubierta por una capa fina de recuerdos felices que lustraba cada objeto y flotaba en el ambiente otorgando a la realidad un tinte borroso; igual que el polvo. La luz que atravesó la ventana se reflejó en las motas y Aníbal recordó tumbarse en esa misma cama de adolescente con el corazón a mil porque se había dado su primer beso al final de la noche con Laura Gómez después de acompañarla a casa y no sabía si escribirle un mensaje o no. En ese momento había entrado su hermana abrazando a su oveja de peluche en la habitación, muerta de miedo por alguna pesadilla, así que se escabulleron a la cocina para comer helado y él le contó lo que le había pasado para que ella le diera su opinión.

En aquel momento pensó que lo importante era su opinión; allí sentado años después, se dio cuenta de que lo importante realmente era que se la diera. Cuando terminaron toda la tarrina se durmieron juntos bajo ese mismo edredón.

Aníbal reprimió el llanto.

Le rugió la tripa de hambre y le pareció una excusa tan buena como otra cualquiera para volver a encerrar la nostalgia en su antiguo cuarto.

En los armarios de la cocina solo había arroz, un par de latas sin etiquetas y una garrafa de aceite a medias. Se duchó, se puso una camiseta limpia y condujo bajo un cielo oscuro que avicinaba tormenta hasta el bar que había frente a la casa de Julia para desayunar algo.

Ella ya estaba allí, absorta en su portátil, tomando café y tostadas con tomate en rodajas. Cuando oyó la puerta se giró de un respingo.

—Buenos días, bello durmiente —saludó la chica.

—Buenos días. —Aníbal le dio un beso en la cabeza de camino a la barra donde pidió lo mismo que ella y luego se sentó a su lado—. ¿Llevas mucho despierta?

—Qué va, unos veinte minutos. Ayer caí en coma.

—Yo también. ¿Qué haces? —Aníbal arrimó su silla para poder ver la pantalla.

—Una versión móvil del programa de anoche, para no tener que ir con el portátil todo el rato. —Señaló su teléfono conectado al ordenador—. He pensado que puedo ir mirándolo yo y dándote indicaciones. También le he metido una capa con el mapa de la red eléctrica para verlo en el momento.

—Y solo llevas veinte minutos levantada.

—Lo del mapa es muy fácil —Julia desechó el halago con un gesto de la mano—, y la versión móvil ahora no me da tiempo. —Guardó unos cuantos ficheros y cerró la pantalla del ordenador—. ¿Cómo estaba villa Guerrero?

—Pues no he visto más que mi cuarto, el baño y la cocina. Pero tiene polvo para repartir.

El camarero le sirvió el desayuno y se llevó el plato vacío de ella.

—Una pena —comentó Julia agradeciendo al hombre con un gesto de la cabeza—, con los buenos ratos que hemos pasado allí. —Se levantó y se echó la mochila al hombro—. Subo a por el casco y nos ponemos en marcha.

Media hora más tarde llegaron a Miraflores de la Sierra y, en cuanto empezaron a conducir en dirección Guadalix siguiendo las indicaciones que Julia veía en su portátil y daba a Aníbal a través del intercomunicador, comprendieron que la búsqueda iba a ser más difícil de lo que

pensaban. La carretera principal estaba fuera de la zona marcada por el programa de Julia y casi cada camino de tierra tenía un tendido eléctrico pequeño que no aparecía indicado en el mapa. Además, el propio pueblo de Miraflores estaba rodeado de chalets y plagado de postes de electricidad.

A eso de las cinco de la tarde el ordenador se quedó sin batería.

—¿Qué hacemos? —preguntó Aníbal apoyado en la moto en una de las paradas que hicieron para descansar—, así no vamos a acabar nunca.

Julia, sentada en una roca, reflexionaba mordisqueándose el *piercing* del labio. Tardó un rato en contestar.

—Si grabó el vídeo y lo mandó al momento —murmuró con la mirada perdida en algún punto del atardecer—, es posible que... —Asintió rápidamente con la cabeza para sí misma y se encogió de hombros—. De todos modos —continuó haciendo caso omiso de Aníbal—, solo estaríamos acotando para saber a dónde ir primero, así que antes o después también encontraríamos la casa.

—¿Qué tienes en mente? —se interesó Aníbal.

—Igual es una tontería —respondió Julia girándose hacia él—, pero alrededor del chalet no se veía nada más que el poste. Ni montaña, ni árboles... nada.

—No.

—Entonces tiene que estar en una ladera y el jardín va a favor de la inclinación —discurrió la chica—, o en una parte llana como mucho. Si el jardín estuviera cuesta arriba, en el vídeo se vería la colina o árboles por lo menos, pero solo se veía el cielo. —Julia aprovechó el silencio pensativo de Aníbal para continuar—. Es decir, puede ser que se vea el cielo porque está orientado colina abajo —inclinó el brazo— y no hay nada delante, o porque está en llano —lo colocó en horizontal— y no hay árboles alrededor.

—Vale... entiendo —dijo Aníbal no muy convencido.

—Podríamos mirar un mapa topográfico —la idea tomaba forma en la mente de Julia a una velocidad vertiginosa—, y nos fijamos en los desniveles. Si consideramos que mandó el vídeo según lo grabó y que el jardín mira hacia la bajada...

Julia volvió a clavar la mirada en el horizonte.

—¿Qué? —preguntó él para devolverla a la conversación.

La chica hizo un rápido movimiento de cabeza.

—Con la sombra del perro podemos calcular hacia dónde va la pendiente de la ladera.

Aníbal abrió la boca.

—¿Cómo? —preguntó completamente desconcertado—, ¿vas a usar la sombra del perro?

—Vas no, vamos —respondió Julia sonriendo—. Si miramos la hora a la que mandó el vídeo y suponemos que lo envió en cuanto lo grabó, podemos hacernos una idea con la sombra de dónde estaba el sol exactamente con respecto al jardín. Además, suponiendo que está en desnivel hacia abajo, solo tenemos que buscar en el mapa topográfico las vertientes con esa inclinación. Por ejemplo —continuó para asegurarse de que él seguía su hilo de pensamiento—, si era por la mañana, el sol estaría en el este, así que la sombra del perro apuntaría hacia el oeste, más o menos. Como en el vídeo se ve el perro y de fondo el jardín, si la sombra se inclina hacia la izquierda de la pantalla, y realmente la parcela está cuesta abajo, la casa estaría en una ladera que se inclina hacia el norte. Sé que es mucho suponer, pero si nos ayuda a encontrar la casa antes, no perdemos nada por probar.

Aníbal la miró directamente a los ojos y le fascinó todo lo que ocultaba detrás ese color negro tan profundo.

—Eres una genio —concedió todavía boquiabierto.

Ella se atusó el pelo exageradamente.

—Lo sé —bromeó—. ¿Tú qué estabas pensando?

—Después de eso, algo que no vale para nada.

—Cuéntamelo, no seas tonto.

Él se encogió de hombros

—Que si íbamos a patearnos los caminos uno a uno, igual es mejor idea hacerlo en casa desde el visor de calles de *Maps*, apuntar las casas que nos encajen y ya ir luego a tiro hecho a las que hayamos encontrado. Así podemos aprovechar la noche y no pasamos frío.

—Hombre, no es mala idea... —Julia empezó a jugar con su anillo y dejó vagar la mirada por el paisaje campestre—. Podríamos meter en la aplicación una capa del *Maps* para tener los caminos —murmuró— y otra del mapa topográfico para ver qué zonas nos interesan. —Se levantó de la roca de un respingo—. Así veríamos de un solo vistazo toda la información que tenemos y podemos buscar primero donde creamos que haya más posibilidades de encontrar la casa.

Aníbal se sentó en la moto.

—Es una idea demasiado buena para seguir aquí parados —afirmó el chico poniéndose el casco—. ¿Nos volvemos a la base de operaciones?

—¿Te refieres a mi casa? —preguntó ella cambiándose la coleta por un moño.

—Sí —respondió él entregándole el otro casco.

Al llegar al piso de los padres de Julia, Aníbal se puso a cocinar mientras ella entraba en la cuenta de *Flint* de Sara y buscaba el vídeo de *Muchoopírate*. Lo analizó durante un rato hasta que llegó a la conclusión de que el jardín estaba inclinado hacia el sur.

—Si quieres ve acabando de programar —propuso Aníbal una vez hubieron terminado de cenar—; voy a fregar y me pongo a recorrer en el visor de calles de *Maps* los caminos que pasen por vertientes sur cerca de Miraflores, a ver si encuentro algún chalet que tenga un poste de electricidad cerca del seto. ¿Te parece bien que busquemos primero fuera de los pueblos? Me pega más que la casa esté alejada.

—Me parece genial.

Aníbal pasó por detrás de ella de camino a la cocina y le dio un cariñoso beso en la cabeza.

Ella volvió al ordenador sin darse cuenta de que estaba sonriendo.

Capítulo 6

“Del 10 al 14 de octubre de 2018”

Los cuatro días siguientes fueron lluviosos y los pasaron recorriendo los caminos embarrados que llevaban a las casas que habían encontrado durante las noches anteriores usando el visor de *Maps*. Aníbal llegó a colarse en el jardín de un par de ellas para ponerse en el lugar exacto desde el que se habría realizado la grabación, pero ninguno coincidía con el que buscaban. Después conducían por caminos secundarios en el interior de la circunferencia que habían delimitado hasta que caía el sol, cuando regresaban a casa de Julia para volver a buscar chalets con el ordenador.

El domingo Aníbal por fin se atrevió a entrar en la habitación de su hermana. Pósters de *Friends*, ciudades del mundo y fotos famosas cubrían las paredes. Se acercó al escritorio en el que había una jarrón con margaritas marchitas cuya base rodeaban una treintena de pétalos morados secos. Se guardó uno en el bolsillo. Ese ramo se lo había regalado él el último cumpleaños que pasó con ella.

Se sentó sobre la cama y cogió la oveja de peluche que su hermana llevaba a todas partes cuando era pequeña, hasta que un verano se le olvidó en el pueblo. Al acostarse la noche que volvieron a Madrid, no conseguía dormir sin ella. Él se sentó en el borde de su cama y le dijo que Ove había decidido quedarse en Valdemanco porque le gustaba vivir en el monte. Luego se inventó una historia de cómo ayudaba a la rana de una charca, a un toro bravo y a un pastor que había perdido su rebaño; se hacía amiga de todos y aprendía el verdadero significado de la amistad. Tuvo que repetir esa historia muchas veces los meses siguientes, aunque Sara casi siempre se dormía antes de llegar al final.

Aníbal dejó caer los hombros y lloró con el peluche todavía sujeto entre las manos.

A media tarde del domingo, recorriendo un camino cercano al pueblo de Canencia, aparcaron para inspeccionar un caserón abandonado. Junto a la puerta de peatones había un azulejo blanco con la inscripción en azul “El Alcázar de los Segarra” sobre el telefonillo. Aníbal trepó la puerta de la entrada para coches y se encaminó directo al jardín trasero. Estaba cubierto de hierbajos y tenía una piscina con el fondo lleno de todo tipo de basura, donde se habían acumulado un par de dedos de agua de lluvia.

Se colocó en la posición en la que se habría grabado el vídeo y examinó el terreno. Encajaba a la perfección. Pudo notar cómo una pinza de dolor, pena y rabia comenzaba a atenazarle lentamente el estómago.

—¡Es aquí! —gritó a Julia, que se había quedado fuera del recinto— ¿Vienes?

—¡Sí, voy!

Julia se encaminó hacia la parte delantera y siguió el camino que había andado él. Aníbal fue a su encuentro sin poder apartar la mirada del edificio que continuaba apretándole las entrañas. Ella le acarició cariñosamente el codo.

—¿Vamos? —preguntó la chica.

Él asintió en silencio.

El jardín delantero estaba tan descuidado como la parte trasera; el firme cubierto con un manto de pinaza que caía de dos grandes árboles, una hamaca raída colgaba de entre ambos troncos, botellas por el suelo, una barbacoa oxidada, un router viejo...

Rodearon completamente el edificio, que tenía la fachada deteriorada y casi todas las ventanas rotas. Estaba claramente deshabitado desde hacía tiempo.

Entraron directamente en un gran salón.

—Da escalofríos —comentó Aníbal observando de cerca una cabeza de ciervo disecada que colgaba de una de las paredes.

Julia asintió mientras cogía un viejo marco de fotos que estaba junto a un reloj que marcaba las 8:38. A través del cristal roto se podía ver una fotografía desgastada en la que un hombre mayor y un niño posaban completamente serios tras un corzo muerto y sujetando armas de caza. La sacó del marco y la volteó. En la parte trasera encontró una escritura con mano temblorosa que decía: “El pequeño Joserra y Herminio, 1982”. Volvió a dejarla cuidadosamente en su sitio.

Recorrieron las demás estancias de la planta media: una cocina, un baño y dos habitaciones, todas igual de destartadas.

—Vista la planta media —dijo Julia en uno de los cuartos contemplando un cuadro desgastado que mostraba tres cazadores a caballo siguiendo a un zorro—. ¿Ahora subimos o bajamos?

—Mejor subimos. —Aníbal no quería enfrentarse a lo que podría haber abajo.

En el piso superior no encontraron nada que les llamase la atención, pero decidieron aprovechar una gran terraza para inspeccionar los alrededores.

—Está completamente aislada. —Julia se apoyó en la sucia barandilla.

—Es verdad —comentó Aníbal con los hombros caídos y la vista perdida en el bosque que había frente a la casa.

—¿Por dónde debe caer Canencia? —preguntó ella en otro intento por conseguir sacarle de su estado ausente—. Yo creo que por... —Dio un par de vueltas para orientarse hasta que finalmente señaló con el dedo—. Allí.

Él miró en la dirección que indicaba

—Ni siquiera se ve —comentó apesadumbrado—. No hay ni corrales.

—Es perfecta para... —Julia enmudeció de repente.

Aníbal le dedicó una mirada triste.

—Sí, lo es.

Ella le abrazó.

—¿Nos atrevemos con el sótano? —preguntó Aníbal nada más separarse.

Julia asintió.

La única luz que penetraba en la habitación a la que descendieron lo hacía a través de estrechos ventanucos casi pegados al techo y cubiertos con páginas de periódicos viejos. La estancia era diáfana y estaba plagada de desperdicios: latas, algunas jeringuillas, botellas...

—¡Qué asco! —Julia bajó el último escalón con cuidado de no pisar un preservativo usado.

Quitaron los papeles de periódicos e inspeccionaron la sala.

—¿Ya está? ¿Esto es todo? —Aníbal revisaba las paredes con la linterna del móvil—. ¿Y ahora qué?

Julia se encogió de hombros mientras paseaba mordisqueándose el *piercing* del labio.

—¿Qué pasa? —preguntó él cuando vio el semblante pensativo de la chica.

—No puede ser —murmuró sus pensamientos para que Aníbal supiera que le estaba

escuchando—, no me encaja.

—¿Qué no te encaja?

Ella se dirigió a la pared en la que no había ventanas y golpeó.

—¿No te parece que la casa es más grande? El sótano debería de ser al menos del tamaño del salón y no mide ni la mitad.

Aníbal se acercó a ella.

—Puede ser que haya parte de los cimientos que no sean habitables.

—Sí, podría ser... aún así, ¿salimos a mirar?

—A mirar, ¿qué?

—Si hay ventanas alrededor de toda la casa o una entrada al sótano desde fuera —aclaró Julia.

Volvieron a rodear el edificio, esta vez poniendo especial atención en los estrechos tragaluces que se encontraban a la altura del suelo. A la mitad de la fachada delantera desaparecían. Julia se acercó al lugar donde debería haber un ventanuco y separó un matojo.

—Estos ladrillos son más nuevos que los demás —afirmó acucillada junto a un rectángulo de pared más anaranjado que el resto de la casa.

—Es verdad, tienen otro color. —Aníbal caminó al lugar donde estaría el siguiente y encontró lo mismo—. Han tapiado la mitad de las ventanas, nos falta una parte de sótano por ver.

Bajaron rápidamente al piso inferior y alumbraron con las linternas de los móviles la pared sin ventanas en busca de recovecos.

—Tiene que estar detrás de la estantería —dijo Aníbal alumbrando el hueco que separaba el mueble de la pared—. Aquí hay algo... parece una cadena. —El chico apoyó el hombro contra la estantería y empujó, pero no consiguió arrastrarla—. ¿Me ayudas?

Julia tiró del otro lado. El mueble se movió emitiendo un fuerte chirrido y dejó a la vista una puerta de metal amarrada con una pesada cadena y un enorme candado. Intentaron abrirla, pero no lo consiguieron.

—¿Vamos a comprar unas tenazas? —preguntó Aníbal sentándose en la escalera.

—Para esa cantidad de metal casi haría falta un soplete —supuso Julia analizando los alrededores de la puerta con la luz del teléfono—. ¿Qué es esto? —Había un texto grabado a fuego sobre el tirador—. “Habla, amigo y entra”.

Aníbal se acercó a leerlo.

—¿Es fan de *El señor de los anillos*? —preguntó girándose hacia Julia.

La chica jugueteó distraídamente con el anillo de coco que llevaba en el dedo corazón derecho mientras observaba el cierre.

—¿Y si la llave está por aquí? —murmuró al cabo de un rato.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Aníbal intentando forzar de nuevo la puerta.

—Que casi parece un acertijo —respondió ella—. Está grabado encima del picaporte, no es un *graffiti*. Y mira la tipografía, es la de *El señor de los anillos*. —Se giró hacia Aníbal—. Además, ese acertijo hacía referencia a una puerta que se podía abrir.

Aníbal resopló.

—Vale, suponiendo que es una *gymkhana* de algún tipo —se permitió una sonrisa triste—. ¿Qué querrá decir con lo de “habla, amigo y entra”? ¿Se referirá al salón? Ahí había unos sofás alrededor de la mesa, es donde hablarían.

—Puede ser —Julia se encaminó hacia la escalera—. Tampoco perdemos nada por buscar.

Inspeccionaron el salón de arriba abajo. Movieron los sillones, tumbaron la mesa baja y hasta rebuscaron en la chimenea, pero no encontraron nada.

—Habla, amigo y entra... Habla, amigo y entra... —repetía Julia una y otra vez.

Se paró en seco.

—¡El timbre! —Realizó un rápido giro de 180 grados hacia la puerta principal, dispuesta a correr en esa dirección, cuando se le ocurrió una idea todavía mejor—. ¡No, el telefonillo!

Se apresuraron al acceso para peatones que daba a la calle y manipularon el aparato. Estaba atornillado al muro de piedra, pero el tornillo superior izquierdo cedía ligeramente.

—Es de pega, no tiene cables —afirmó Julia tras inspeccionar los laterales—. ¿Puedes moverlo?

—Creo que sí.

Aníbal tiró con fuerza mientras Julia alumbraba el hueco que quedaba.

—¡Veo la llave! —exclamó la chica—. ¡Está pegada detrás!

Julia insertó el dedo índice con dificultad y tiró de ella hasta que consiguió extraerla. La sujetó frente a los ojos.

—Eres la leche —dijo él soltando su agarre del aparato y levantando la mano para que Julia la chocara.

—Somos la leche —respondió ella golpeando su palma con la de él.

Descendieron de nuevo y accionaron el enorme candado. Desataron la pesada cadena y la dejaron caer al suelo, luego empujaron la puerta de metal con fuerza hasta que cedió.

La oscuridad de la sala era la misma sobre la que se flota en mar abierto; inmóvil, intranquila y abrumadora.

Alumbraron desde el quicio. Aníbal no pudo contener su asombro.

—¿Pero qué coj...

El primer objeto que llamó su atención fue un enorme aspa de madera con cinchas de cuero en los extremos anclada a la pared del fondo. Luego unos grilletes al estilo medieval en el centro y otros de metal colgados del techo.

Entraron en la sala.

Había velas consumidas sobre una mesa de madera, pinzas y unas tenazas. En uno de los muros colgaba una cadena que terminaba en un collar de cuero.

—Mira. —Julia iluminó una de las paredes.

Había una frase escrita con pintura negra que decía “Pruébame, verás cómo todo lo que necesitas es MÁS”.

—Me cago en la puta... ¿Qué es esto? —preguntó Aníbal refiriéndose a la habitación.

—Ni idea. —Julia se agachó para inspeccionar un trípode caído al lado de una mancha oscura.

Aníbal encontró un cofre grande de madera raída con filigranas de hierro oxidado. Intentó abrirlo, pero estaba atascado. Dio una fuerte patada al cierre, que saltó con un sonoro crujido. Lo destapó con cuidado. Dentro había la misma oscuridad de la que huyen los niños y que hace que los adultos se revuelvan en sus asientos durante las películas de terror; densa, absorbente y auguradora.

Un miedo ácido le trepó por el esófago.

Acercó el móvil lentamente y la negrura se fue disipando. El arcón estaba vacío salvo por un objeto arrugado en el fondo. Lo agarró y lo estiró. Era una máscara de latex negro con dos únicos orificios para las fosas nasales y una mordaza a la altura de la boca.

Julia volvió con él.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó.

Pero Aníbal no estaba escuchando. Una imagen vívida de Sara con la cabeza metida dentro le

había paralizado. Podía ver sus fosas nasales en los agujeros, abriéndose y cerrándose rápidamente por el terror. Se imaginó el sonido que harían los gritos de dolor de su hermana amortiguados por una bola de goma cubriéndole la boca. Apartó la vista del objeto, solo para encontrarse el aspa frente a él. La pudo visualizar con la maldita máscara puesta y el cuerpo desnudo, atada a los travesaños, vulnerable, intentado zafarse, sabiendo que iban a usarla y profiriendo chillidos ahogados que nunca saldrían de la sala oscura.

Aníbal se dejó caer al suelo de rodillas y volvió a llorar.

Julia se arrodilló frente a él y atrajo su cabeza hacia el pecho. Le acarició el cabello y se lo besó, susurrándole que se tranquilizara, que todo iba a ir bien. Cuando el llanto de Aníbal pasó a ser un sollozo, Julia le quitó la máscara de las manos sin mediar palabra, la volvió a dejar en el cofre, le ayudó a levantarse y le guio de vuelta hasta el salón.

Derrotado, Aníbal se sentó cabizbajo frente a la vieja chimenea con Julia a su lado, que le pasó el brazo por encima de los hombros.

—A saber lo que le pasó a mi hermana por mi culpa.

—No fue tu culpa. —Julia le besó el hombro.

—No, Julia, sí que lo fue.

Julia le abrazó más fuerte.

Aníbal inhaló profundamente, tragándose el nudo que tenía en la garganta, todo lo que se imaginaba que podían haberle hecho a su hermana y casi dos años y medio de desprecio por sí mismo. Al exhalar quiso volver a sentirse ligero. Miró a Julia a los ojos y decidió contarle aquello que no le dejaba avanzar, aquello que había enterrado tan hondo que no se permitía a sí mismo recordar.

—Esa noche estaba liándome con una prima de Alicia y no me quería ir a casa. Mi hermana me escribió que se encontraba mal. —Aníbal se secó la nariz—. Estaba muy borracha, se había pasado tres pueblos bebiendo, tenía diecisiete años..., pero yo no quería irme..., no quería irme..., si lo hubiera sabido...

—Vale ya. —Le giró de los hombros para estar frente a él—. No fue culpa tuya y punto. —Apoyó su frente sobre la de él. Aníbal se separó y volvió a mirarla a los ojos.

—Sí que lo fue, Julia. En vez de ir a recogerla, ¿sabes qué le respondí?

Ella negó con la cabeza.

—Le dije que se pidiera un Car4u. Ni siquiera le ofrecí que viniera conmigo a la peña.

Capítulo 7

“5”

El sonido del motor del coche que había transportado a Diana durante las últimas dos horas y media se desvaneció en el profundo silencio nocturno del hayedo en el que acababa de dejarla. La chica volvió la atención a la lejana luz rojiza que resplandecía al fondo del sendero que suponía que tenía que recorrer. Se ajustó las gafas y se arrebujó en la bufanda. Era un viejo farol de cristales ennegrecidos que se mecía con el viento sobre una verja enmarañada.

Las dudas que había albergado respecto a lo que se disponía a hacer se habían alejado con el automóvil por el camino embarrado. Ya no había vuelta atrás. Ahora se encontraba sola en mitad de una noche sin luna en lo que suponía que sería Normandía, frente a una vereda sinuosa que auguraba un futuro de redención y sufrimiento.

Se echó el macuto al hombro y caminó hasta que llegó a la pesada cancela donde se quedó parada, acompañada por el chirrido del farol, buscando con la vista alguna manera de comunicarse con el interior. Encontró un viejo telefonillo bajo un letrero que rezaba “Domaine Saint George”. Presionó el botón de llamada con tanto ímpetu que el aparato entero se tambaleó y, del hueco que había entre él y la columna de granito, cayó una pieza brillante que emitió un tímido *clink* al chocar contra el suelo. Diana se agachó para buscarla a tientas. Era una pequeña llave con un pedazo de celo a medio pegar. Inspeccionó el aparato; no tenía cables. Como la cerradura de la cancela era excesivamente grande, lo primero que intentó fue empujar la puerta cubierta de enredaderas. Aunque le costó algo de esfuerzo, cedió, y su parte inferior recorrió un surco bien marcado en la tierra húmeda. Alguien la había cruzado hacía poco.

Continuó recorriendo el sendero de piedra y musgo hasta que, entre los gruesos troncos de los árboles, pudo ver la ventana iluminada de una mansión abandonada. Se acercó lentamente hasta la puerta entreabierta y la golpeó tres veces. Con cada *toc*, la pesada madera se abría un poco más.

No hubo respuesta.

Se adentró en un gran vestíbulo a oscuras del que salían cuatro pasillos y subían unas amplias escaleras con pasamanos. Solo la habitación de su izquierda estaba iluminada, así que se encaminó hacia ella.

Una pequeña lámpara de araña colgaba sobre una mesa en lo que debía de haber sido el comedor familiar. Miró hacia el suelo. Un par de marcas de pisadas surcaban el polvo de la moqueta en dirección a una puerta bajo la cual podía ver la danzante luz que produce el fuego.

Las siguió y se encontró en una cocina con hornos de leña. Inspeccionó la cera de las dos delgadas velas que le habían esperado encendidas. No podían llevar consumiéndose más de dos horas.

Miro en derredor y no encontró ningún punto de luz más, así que cogió una de las velas y se agachó para buscar el rastro de pisadas, que avanzaba y giraba hacia unas escaleras que conducían al piso subterráneo. Tomó aire y bajó.

La sala a la que llegó estaba completamente despejada y el suelo impoluto. A sus lados había dos viejas puertas de madera mientras que, frente a ella, una tercera de metal recién bruñido reflejaba los destellos de la llama.

Probó la llave en las puertas laterales, pero no valía. Luego se encaminó hacia la puerta metálica e inspeccionó el marco. Grabadas a fuego encontró las palabras “*Speak, friend, and*

enter".

Introdujo la llave en la cerradura y empujó el pesado portón. Otro tramo de escalones conducía a lo que había sido la bodega. Al fondo del alargado pasillo unos grilletes de metal brillante colgaban del techo aguardándola pacientemente.

Diana se adentró hasta ellos. En el suelo había una nota:

"La última prueba: desnúdate, espóstate y quédate a oscuras".

Inspiró lentamente y apagó la vela con resolución. Luego se desnudó y dejó la ropa y el macuto allí donde cayeron. Hasta se quitó las gafas, la venda que cubría su corte recién curado del brazo izquierdo y ese colgante que tanto significaba para ella. Imaginó que a su anfitrión le agradaría.

Probó la llavecita en el candado de los grilletes. No encajaba. Entonces se sintió tremendamente sola y desvalida. Las manos le temblaron. Soltó las cadenas y se tomó unos segundos para tranquilizarse.

Introdujo la muñeca izquierda en uno de los grilletes, tomó aire fuertemente y lo cerró sin pensar. La puerta también se cerró al instante con un pesado *clank* accionada por un mecanismo, dejándola completamente a oscuras.

Un terror animal se apoderó de ella y buscó cualquier haz de luz en un acto reflejo. En una esquina del abovedado, una lucecita roja parpadeaba al ritmo del segundero de un reloj. Diana respiró tranquila; la estaban vigilando, no iba a morir allí. Fijó la vista en ese faro del desvalido en mitad de la tormenta que titilaba con luz mortecina, asintió muy seria y cerró el otro grillete alrededor de su antebrazo derecho.

Capítulo 8

“15 de octubre de 2018”

Aníbal despertó en el sofá de la casa de Julia. Una docena de latas de cerveza desbordaban la mesita de café.

—Ooooug..., vaya resaca. —Se masajeó las sienes todavía tumbado.

La noche anterior se les había echado encima cuando todavía seguían abrazados en el salón de la finca El Alcázar. El tiempo que Aníbal necesitó para volver en sí y hacer acopio de fuerzas para levantarse y conducir de vuelta al piso de los padres de Julia en el pueblo, ella lo había empleado en llegar a tres conclusiones. La primera fue que tenían que citarse con el investigador al cargo del caso de la desaparición de Sara al día siguiente, punto que acordaron poco después de sentarse en el sofá y abrir las primeras dos cervezas. La segunda fue que Aníbal tenía que pasar el mal trago contándole anécdotas y recuerdos alegres de su hermana, lo que inició una conversación sobre tiempos pasados que terminó a las tantas de la madrugada, cuando Aníbal ya no se encontraba en condiciones de conducir. La tercera la llevó a cabo antes de meterse en la cama mediante un correo electrónico; iba a dejar un trabajo que no le aportaba nada y en el que había entrado presionada por su padre.

Aníbal intentó incorporarse un par de veces antes de conseguir estar de pie sin marearse. Abrió la ventana para descongestionar el ambiente y se dirigió al baño. La puerta del cuarto de Julia estaba cerrada.

Cuando volvió al salón puso a cargar el móvil, así que la pantalla se encendió. “11:23, lunes 15 de octubre”.

—¡Hostia, que es lunes! ¡Julia! —Corrió a su habitación, entró y la agitó suavemente con la mano. Bajó el tono de voz a un susurro—. Julia, despierta. Julia..., es lunes.

Ella apartó su mano.

—Déjame dormir.

—Julia, no... Tienes que ir al trabajo.

—Lo dejé. —Se tapó la cabeza y se acurrucó.

—¿Cómo que lo dejaste?

—Lo dejé anoche... déjame dormir.

Aníbal salió del cuarto preocupado pero sonriendo. No quería que se fuese.

Bajó al bar para comprar cafés y tostadas para llevar. Cuando subió, ella estaba en chándal en la cocina bebiéndose su tercer vaso de agua, peinada con un moño descuidado y todavía sin las lentillas puestas.

—Toma —dijo Aníbal ofreciéndole uno de los vasos de cartón—, para que resucites.

—Gracias. —Julia asió el recipiente y se sentó frente al plato de comida que él colocó sobre la mesa—. ¿Desayunamos rápido y vamos a la comisaría?

—De acuerdo.

—¿Dónde llevan el caso de Sara?

—En Alcobendas —respondió el chico sentándose frente a ella—. Lo investiga el inspector Montemayor.

Julia asintió muy convencida, aunque no sabía de quién hablaba. El cuerpo de policía había sido muy cuidadoso con que los agentes implicados no formaran parte del circo mediático que se había formado en torno a la desaparición de Sara.

Una hora y cuarto más tarde ya estaban inclinados sobre el mostrador de la entrada de la comisaría, esperando a que la administrativa terminara alguna labor rutinaria en su ordenador.

—¿Qué desean? —El aliento de la mujer olía a café de máquina y a cigarrillos.

—Buenos días, soy Aníbal Guerrero y ella es Julia Herrera. Creemos que tenemos información interesante sobre la desaparición de mi hermana Sara.

La mujer se quedó ojiplática, luego cerró los párpados y negó con la cabeza lentamente en un gesto beato.

—Siento muchísimo lo de tu hermana. Ninguna familia debería pasar por lo que estáis pasando.

—Muchas gracias.

—¿Queréis hablar con el comisario Morales?

—Sí. Con quien pueda recibirnos.

—Aviso al comisario, sentaos ahí si queréis —comentó señalando una hilera de sillas de plástico duro que se encontraba frente a su mostrador—. ¿Os apetece algo de beber?

—No, muchas gracias.

—Vale, si lo queréis luego no tenéis más que pedírmelo.

Se sentaron y escucharon a la administrativa conversar por la línea interna.

—Señor comisario, está aquí Aníbal Guerrero, dice que quiere hablar con usted sobre su hermana Sara... —Guardó silencio unos segundos en los que escucharon un murmullo ininteligible que provenía del teléfono—. Por supuesto, se lo digo. —La mujer colgó el aparato y se incorporó en su asiento para comunicarse con ellos—. Dice que va a avisar al inspector encargado de la investigación y que bajan a atenderos en cuanto puedan.

—Muchas gracias —corearon al unísono.

Aníbal se recostó en el asiento y cerró los ojos como si eso fuera a quitarle aquel incómodo dolor de cabeza. En su mente empezó a formarse la imagen de la casa, las escaleras que bajaban... los abrió de sopetón y se giró hacia Julia.

—¿Qué vas a hacer ahora? Con el trabajo, digo —prefirió cualquier cosa antes que recordar una y otra vez lo ocurrido el día anterior esperando para volver a recordarlo frente a dos desconocidos—. ¿Vas a echar currículums en algún lado?

—Por ahora no —contestó ella—. Prefiero seguir haciendo cosas por mi cuenta, así no tengo que responder ante nadie con lo que hago o dejo de hacer.

—¿Qué cosas has pensado?

Julia se encogió de hombros.

—Algún otro portal *online* para tener más fijo al mes; también tengo un par de ideas para usar un *scraper* que estoy montando... Lo que se me vaya ocurriendo.

—¿Otro portal?

Julia asintió.

—Ya tengo algunos. Con ellos gano casi el doble de lo que me pagaban en la consultora y trabajo muchísimo menos.

—¿Y eso en qué consiste? —preguntó Aníbal sorprendido.

—Es fácil —desdeñó ella—, busco contenidos en chino o en indio que tengan mucho tráfico, pago a una empresa para que me los traduzca al español y al inglés, los publico en un *blog* y me pagan por poner anuncios.

—Qué idea más buena...

—No es mía —desestimó el elogio con una sonrisa—, hay mucha gente que hace cosas

parecidas. Lo leí en internet.

Las pisadas de dos hombres bajando las escaleras les cortaron la conversación.

El inspector Montemayor era un agente barbudo y ancho de hombros de unos cuarenta y pocos que cargaba un portátil bajo el brazo. A su izquierda descendía el comisario Morales, bastante mayor que él y con un físico que denotaba años de duro trabajo policial sentado frente a una mesa a la espera de la jubilación.

Aníbal y Julia se levantaron en cuanto les vieron. El comisario tomó la iniciativa y tendió su ancha mano a Aníbal.

—Buenas tardes, Aníbal.

—Buenas tardes, comisario —correspondió el saludo.

—¿Cómo lo llevas?

—Bien, muchas gracias.

—Comisario Morales —dijo el agente extendiendo la misma mano hacia la chica.

—Julia Herrera. Encantada.

Los agentes se sorprendieron.

—Herrera... ¿Herrera? —preguntó para cerciorarse el inspector Montemayor.

—Sí —afirmó Julia asintiendo con la cabeza—, soy la hermana de Ángel.

Los policías cruzaron una mirada de desconcierto. Estaban abriendo un proceso judicial contra el chico por orden expresa del comisario.

—No se preocupen —continuó ella—, no venimos a buscar información. Todo lo contrario, creemos que hemos encontrado algo que les puede interesar.

El inspector se giró rápidamente hacia ellos.

—Cualquier ayuda es buena. —Les ofreció la mano para que la estrecharan—. Alejandro Montemayor.

Su superior le fulminó con una mirada que no pasó desapercibida a los jóvenes.

—Vamos a mi despacho —ordenó el comisario a regañadientes antes de indicarles con un gesto del brazo que pasaran ellos delante.

Subieron las escaleras hasta una sala diáfana con unas diez mesas con ordenadores, la mitad ocupadas por agentes uniformados.

—Por allí —Morales les señaló en dirección a una puerta abierta.

En el despacho había una gran mesa de madera frente a un cuadro del rey Felipe VI y un butacón de cuero, flanqueada por una bandera de España en un asta y otro mueble más pequeño con una máquina de café de cápsulas, tazas y cucharillas.

—De acuerdo. —Una vez estuvieron todos sentados, el comisario se encaramó sobre la mesa apoyando los codos. Alejandro abrió su ordenador portátil—. ¿Qué queréis contarnos?

Julia y Aníbal se miraron sin saber muy bien por dónde empezar. Él creyó que debía ser quien tomase la iniciativa.

—Hace unos días descubrimos que Sara tenía una cuenta de *Flint*. Vimos que había mantenido una conversación un poco rara con un hombre mayor.

—¿Cómo de mayor? —indagó Alejandro.

—No lo sabemos —respondió el chico—. El perfil era falso, había sacado las fotos de internet.

—De acuerdo —Alejandro tecleó algo e hizo un gesto a Aníbal para que continuara.

—La cosa es que mi hermana le bloqueó el día anterior a desaparecer. Nos pareció raro, así que investigamos un poco más. Le había mandado un vídeo en el que se veía el jardín de un chalet y, como tenía el radio de la aplicación a diez kilómetros, decidimos buscarlo. Ayer lo

encontramos.

—¿Cómo? —Morales levantó la vista del papel.

—Se veía un poste de electricidad, y a Julia —Aníbal la señaló con el pulgar— se le ocurrió seguir un mapa de la red eléctrica.

—¿De verdad? —El inspector la observó descolocado.

—Sí —continuó ella—, aunque no funcionó. Al final tuvimos que recorrer los caminos.

—¿Cuánto tiempo os ha llevado? —Alejandro la miraba sorprendido.

—Cinco días —respondió Julia.

—¿Solo? —El agente joven apuntó el dato de manera automática.

—Usamos la sombra del perro y un mapa topográfico —continuó explicándose la chica.

—¿Qué perro? —indagó de nuevo el inspector.

—Un pitbull que salía en el vídeo —aclaró Aníbal.

—¿Y lo del mapa topográfico? —Morales había vuelto la vista al cuaderno y preguntaba sin mirarlos.

—No se veía más en el vídeo —Julia se encogió de hombros—. Supusimos que estaba en una ladera y tuvimos suerte.

—De acuerdo —Alejandro asintió en señal de respeto hacia el razonamiento de la joven—. ¿Cómo es la casa?

—Está abandonada —continuó Aníbal—, parece que desde hace mucho. En el sótano hay una sala tapiada. Dentro encontramos una pintada rara, una máscara con mordaza y... —Se le quebró la voz así que Julia le acarició el codo y continuó por él.

—Instrumentos de tortura.

Los agentes se mantuvieron la mirada en silencio durante un par de segundos. Finalmente, el comisario resopló.

—¿Dónde está la casa? —preguntó Morales sacando de un cajón un mapa muy detallado de la zona que estiró sobre la mesa.

Aníbal hizo un gesto a Julia para indicarle que continuara ella.

Ella buscó el pueblo de Canencia y luego señaló con el dedo un círculo hacia el noroeste del mismo.

—Aquí. Se llama El Alcázar de los... —no conseguía recordar el apellido— ¿Serrano?

—De los Segarra —corrigió el comisario—. Tuvimos un caso allí hace muchos años. — Tanto los jóvenes como el inspector le miraron, así que el hombre continuó explicándose—. Un accidente con un arma de fuego poco después de entrar yo al cuerpo. —El comisario marcó una pequeña cruz en el lugar correspondiente—. Sé dónde es. —Se levantó de la butaca y volvió a extenderles la mano—. Nos ponemos con ello.

El inspector Montemayor les acompañó hasta la salida, donde se despidieron tanto de él como de la secretaria. Una vez fuera, buscaron un bar con toldos en el que resguardarse de la lluvia y se tomaron un par de cafés.

—¿Qué piensas hacer ahora? —Julia soplabla la taza humeante antes de sorber.

—No sé... —Aníbal no se lo había planteado hasta el momento, pero tenía claro que no quería volver a pasar los días esperando sin un objetivo ni una razón por la que levantarse de la cama de casa de su madre. Quería seguir en el pueblo removiendo esa ponzoña que le atascaba y también seguir sintiéndose más triste y más ligero y, por supuesto, quería seguir haciéndolo con Julia—. Imagino que preguntar a todo Canencia. Alguien tiene que saber algo del dueño de la casa. Si en Canencia no saben nada, me patearé todos los pueblos de la sierra.

—¿No prefieres esperar a ver qué encuentran Montemayor y el comisario?

—No —negó efusivamente con la cabeza—, estoy cansado de esperar. Quiero seguir buscando a mi hermana, aunque lo que haga yo no valga para nada... —Aníbal se armó de valor para lanzar una pregunta a la que temía que ella respondiera que no—. ¿Te apuntas?

Julia rió.

—Claro, alguien tiene que seguir pensando por los dos —bromeó—. ¿Qué te parece si en vez de preguntar a todos los habitantes de la sierra miramos el catastro?

—¿El qué?

—El catastro. Es un registro que hay de todas las viviendas: dónde están, quién es el dueño..., ese tipo de cosas. Seguro que algo podemos sacar.

De vuelta en el piso de Julia y tras unos minutos buscando en internet, ella ya había conseguido descargarse la ficha catastral del caserón utilizando la dirección, pero ese documento únicamente les servía para solicitar una nota simple a la oficina virtual de la página de la propiedad, donde sí que vendría reflejado el propietario del inmueble y tenía que ser generada manualmente. Tras realizar la petición, Julia suspiró. Iba a tardar algunos días.

—No podemos esquivar la burocracia —afirmó resignada.

—Entonces parece que nos toca tirar de vieja usanza.

—Sí pero, ¿por dónde empezamos? ¿A quién podemos preguntar?

Pensaron en silencio durante unos segundos.

—¿El farmacéutico? —dijo Aníbal por fin.

—¿Por qué el farmacéutico? —preguntó Julia desconcertada.

—Es a donde van todos los ancianos, y ya sabes lo cotillas que son las abuelas. ¿Te acuerdas de la Mercedes?

—Madre mía, vaya pico tenía la señora. A la que te descuidabas te metía una chapa... Pero sí, sabía todo lo que pasaba en el pueblo.

—El farmacéutico sabrá quién es la Mercedes de Canencia... ¿Qué estabas pensando tú?

Ella jugueteó con la coleta hasta que puso en orden sus ideas.

—Que viviendo apartado y con una sala como la que tenía, es fácil que no saliera mucho. Si alguien le conoce, debería de ser el repartidor de algún supermercado o de comida a domicilio.

—Buena idea.

—¿Te parece que empecemos mañana por las farmacias y, si no funciona, vamos a supermercados y restaurantes?

—Como prefieras, pero si empezamos por las farmacias ya te digo yo que no vamos a tener que ir a supermercados y restaurantes —bromeó Aníbal.

Julia sonrió burlona y puso los ojos en blanco.

—Si no fuera por mí, seguirías dando vueltas con la moto —le guiñó el ojo.

Capítulo 9

“16 y 17 de octubre de 2018”

En la única botica de Canencia, una señora mayor paseaba buscando medicamentos y un farmacéutico alto con bata ojeaba unos papeles tras el mostrador.

—Buenos días. ¿Qué desean? —preguntó el hombre al oír el tintineo del carillón que colgaba sobre la puerta.

—Buenos días. —Aníbal acompañó el saludo con un gesto de cabeza mientras se acercaban al mostrador—. Estamos buscando al dueño de la finca El Alcázar, está en un camino de tierra que sale de la carretera de Pablo Gasco. ¿Le suena?

—No, lo siento.

—¿Sabe quién podría conocerle?

—Tampoco.

La anciana se acercó a ellos desde el estante frente al que había fingido no escuchar.

—¿Para qué buscáis al dueño de esa casa? —preguntó todavía sujetando un par de paquetes rectangulares.

—Soy Aníbal Guerrero, el hermano de Sara Guerrero. Estamos intentando averiguar qué le pasó y creemos que pudo estar allí.

—¡Hijo mío! —La anciana le dio un fuerte abrazo y le plantó un beso en la mejilla—. Pobrecillo, lo que habrás pasado. Aquí todos nos apenamos tanto por tu hermana... así, tan de sopetón, y aquí al lado —chasqueó la lengua y negó con la cabeza—. ¿Y dices que creéis que pudo estar en El Alcázar?

—Sí, señora —respondió él—. ¿Sabe usted quién es el dueño?

—No, jóvenes, lo siento. Antes era del coronel Herminio, pero la vendió cuando murió su mujer. —La anciana bajó el tono de voz y colocó la mano frente a la boca como si fuera a contarles una confidencia—. ¿Sabéis que murió por un accidente con un arma?

Los jóvenes asintieron.

—Pues no es verdad —aclaró ella rápidamente—, todo el mundo dice que la mató él porque estaba loca.

—¿Y ahora? —Aníbal intentó reconducir la conversación—. ¿Sabe quién puede ser el dueño?

—Cuando murió Herminio alguien le compró el terreno al hijo.

—¿Para vivir allí? —preguntó Aníbal.

—No lo sé —respondió la mujer—. Pero estuvo viviendo un chico hará tres o cuatro años.

—¿Podría decirnos cómo era?

—No sé, joven. Salía poco, dicen que era... —levantó las cejas en un gesto de complicidad— raro. Espera, que llamo a la Dolores, que el autoservicio es de su hijo Manolo y hay gente que le compra cosas por teléfono y él se las lleva.

La anciana sacó un teléfono móvil antiguo del bolso, se puso las gafas y buscó en la agenda.

—A ver... Dolores... Dolores... Aquí está —Pulsó el botón verde y se colocó el aparato en la oreja—. ¿Hola? ¿Dolores? Sí, ¿qué tal?... Yo muy bien también... Todos bien. ¿La tuya cómo está?... Me alegro, hija. Oye, te llamo porque estoy aquí con el hermano de Sara Guerrero... Sí, pobrecilla. Dice que quieren saber quién estuvo viviendo en la finca El Alcázar, ¿tu hijo le vendió algo?... Vale, pásamelo.

Aníbal acercó la cabeza hacia el teléfono de la mujer para intentar escuchar la otra parte de la

conversación.

—¿Hola, Manolo? Mira soy María Concha, la amiga de tu madre... Todos bien ¿tú qué tal?... Me alegro. Mira joven, que estoy aquí con el hermano de Sara Guerrero... Esa misma, sí. Que dice que quiere saber quién vivía en la finca El Alcázar... La abandonada, justo. ¿Fuiste allí alguna vez?... ¿Sí? ¿Y le viste?

Aníbal interrumpió a la señora.

—Perdone. ¿Le importa que hable yo con él?

Ella frunció el ceño, pero cedió.

—No, claro. Toma.

El chico cogió el aparato y se lo llevó a la oreja.

—Hola Manolo, encantado. Soy Aníbal Guerrero.

—Hola Aníbal. —La voz de Manolo era grave y tenía un deje de pueblo—. Siento mucho lo de tu hermana.

—Muchas gracias. Mira, estoy buscando al inquilino de la finca El Alcázar. ¿Tú le viste?

—No, aunque a veces me pedía cosas.

—¿Vivía solo?

—No sé, nunca entré en la casa. Él me dejaba el dinero encima del buzón, yo le dejaba las cosas en la puerta y tocaba la bocina.

—¿Ibas a menudo?

—No mucho. Cuatro o cinco veces fui.

—¿Te acuerdas de qué le llevaste?

—Pues... lo normal me imagino —el hombre se quedó pensativo al otro lado del aparato—. Le llevé pienso y eso, así que tendría perro.

Julia se acercó a Aníbal.

—Pregúntale que cuándo estuvo y cuánto tiempo —le susurró al oído libre.

—Sí, perdona Manolo —continuó él—. ¿Cuándo fue esto más o menos?

—Pues como hará unos tres años.

—¿Y cuánto tiempo estuvo?

—No sé... ¿un año o así? No recuerdo.

Aníbal tapó el micrófono con la mano y se giró hacia Julia.

—Estuvo como un año hace tres.

Ella echó cálculos rápidamente.

—Se fue cuando desapareció tu hermana —le susurró.

Aníbal retomó la conversación.

—Perdona otra vez Manolo. ¿Te acuerdas de si la última vez que fuiste era verano?

El hombre se tomó unos segundos para reflexionar.

—Me parece que sí.

Asintió hacia Julia, que se le volvió a acercar.

—Pídele el teléfono desde el que le llamaba —le sugirió por lo bajo.

—¿Podrías darme el número desde el que te llamaba? —preguntó Aníbal.

—Espera que voy a mirar.

El hombre le dictó el teléfono a Aníbal, que guardó como contacto bajo el nombre “Moisés El Alcázar”. Colgó, le devolvió el aparato a la señora y salieron a la calle.

Llamaron al número, pero no dio señal.

—¿Ahora qué podemos hacer? —Aníbal colgó la llamada.

—Esperar a que nos respondan del catastro, imagino.

—¿Cuánto tardará eso más o menos?

Julia se encogió de hombros.

—No tengo ni idea.

A la tarde siguiente decidieron visitar una poza en la que pasaban días enteros de niños. El camino no era largo y avanzaba en paralelo a un arroyuelo que emitía un murmullo tranquilizador que siempre había fascinado a Julia. Luego aumentaba de velocidad según se empinaba la pendiente hasta llegar a una pequeña charca cristalina, donde el agua estaba suficientemente parada como para calentarse pero fluía lo justo como para no estancarse. Se sentaron en la orilla y mojaron los pies.

El zumbido de una notificación del móvil de Julia hizo que lo sacara del bolsillo. Era un correo electrónico.

—Es del catastro.

—Ábrelo, a ver qué dice. —Aníbal se arrimó a ella.

Llevaba adjunta la documentación que habían solicitado. En ella aparecía el nombre del dueño de la parcela: Antonio Sánchez Martínez.

Buscaron el nombre en la web de las páginas blancas para la Comunidad de Madrid y encontraron catorce resultados. Aníbal llamó a todos uno por uno. Ninguno de los cuatro con los que contactó era el dueño de la finca, los demás no dieron señal o ya no era su número.

—Ha estado bien el intento —sentenció Aníbal—. ¿Se te ocurre algo más?

Julia había estado revisando la nota simple y luego jugueteando con la coleta y la mirada fija en la poza desde que Aníbal había empezado a telefonear.

—En la documentación viene el nombre del notario que firmó la venta —afirmó—. Podríamos llamarle, quizá siga teniendo el teléfono del dueño.

—¿No tendrá un contrato de privacidad notario-cliente, o algo así? —preguntó él.

Julia se encogió de hombros

—Por probar...

Buscaron al notario en internet y Aníbal le llamó. Al principio, el hombre se mostró reacio a darles información pero, al contarle quién era y lo que habían encontrado, les dictó el número de teléfono del dueño de la propiedad, no sin antes insistirles tres o cuatro veces en que no dijeran que se lo había proporcionado él. Aníbal le juró que no lo harían. En cuanto colgó marcó inmediatamente el número que le dictaba Julia y puso el altavoz. Esperaron unos diez segundos.

—¿Diga? —respondió una voz al otro lado del aparato.

—Buenas tardes —saludó Aníbal—. ¿Antonio Sánchez?

—Sí, soy yo.

—Hola, soy Aníbal Guerrero. Le llamo para preguntarle sobre la finca El Alcázar. ¿Es usted el dueño?

—Sí, soy yo. Venga dime, ¿qué quieres?

—Estoy investigando la desaparición de mi hermana, Sara Guerrero y creo que pudo estar allí. ¿Le importaría decirme quién estaba de inquilino el verano de 2016?

—Sí.

Aníbal se quedó descolocado.

—¿Cómo?

—Que sí me importaría —gruñó la voz—. ¿Ya estamos?

—Antonio... Por favor, estoy buscando a mi hermana desaparecida —suplicó Aníbal.

—Ya hablé ayer con la policía —sentenció el hombre—, que te digan ellos.

Aníbal miró a Julia con el ceño fruncido.

—¿Con la policía? —susurró tapando el micrófono.

Ella se encogió de hombros y le señaló el teléfono con la cabeza. Aníbal despató el aparato.

—Solo un par de preguntas sobre Moisés —continuó él—, por favor.

Aunque el interlocutor soltó un sonoro bufido, la mención del nombre pareció darle seguridad y continuó hablando.

—Venga, dime —concedió el hombre—. Pero rápido.

—Gracias. ¿Cómo se apellida Moisés? ¿Cómo es?

—El tío se llama Moisés Olmedo Pérez. Moreno, de unos cuarenta y cinco o así, gordo. ¿Ya?

—Una última cosa, perdone. ¿Cómo le pagaba?

—Me paga. Esa finca es una inversión, mientras me pague puede hacer con ella lo que le venga en gana.

—¿Le sigue pagando?

—Sí.

—Muchísimas gracias otra vez, perdone las molestias —se disculpó Aníbal.

El hombre colgó sin despedirse.

—Qué borde... —Aníbal bloqueó la pantalla.

—Pero nos ha dado buena información —aseguró Julia—. ¿Por qué sigue pagando el alquiler si la casa está destrozada?

Aníbal pensó en lo que podría encontrarse allí un nuevo inquilino y apretó los puños.

—No creo que quiera que la habite nadie

Julia le abrazó de medio lado.

—¿Quieres que busquemos a ver qué sale con Moisés Olmedo Pérez?

—Por supuesto.

Navegaron en internet durante más de media hora. Todo lo que encontraron fueron perfiles de Facebook de sudamérica y un contrato de obra pública en un pueblo mejicano.

—Está claro que es un nombre falso. —Julia guardó el aparato y se tumbó sobre la piedra lisa.

Justo cuando Aníbal iba a introducir el suyo en el bolsillo, se iluminó y empezó a vibrar. Miró la pantalla y luego a Julia.

—Es mi madre.

La chica le alentó con un gesto a que respondiera. Aníbal pulsó el botón verde y se colocó el auricular en la oreja.

—Hola, mamá.

Un lamento quejumbroso fue la única respuesta que obtuvo. La mente de Aníbal solo pudo pensar en una cosa: lo peor.

—¿Qué ha pasado?

—No sé cómo decirte esto —escuchó un sollozo y cómo su madre se sonaba los mocos—. La policía ha encontrado un cuerpo en un chalet cerca de Canencia. Creen que podría ser de Sara.

—¡¿Qué?! —exclamó él levantándose de un salto.

Miriam rompió a llorar mientras a su hijo se le desmoronaba el mundo que conocía.

—¡¿Cómo?! —preguntó a voz en grito.

—Estaba... —el llanto de ella se incrementó hasta que su hijo casi no podía entenderla— enterrada en el jardín.

Aníbal se dejó caer contra un pino y se deslizó lentamente hasta que su costado descansó sobre las raíces.

—Lleva la ropa de Sara, hijo. Su ropa... el top amarillo y la falda negra —dijo Miriam con un hilo de voz—. Mañana le harán la autopsia. Hijo...

—Dime, mamá.

—Necesito que vengas a casa.

—Por supuesto, mamá.

Su madre colgó la llamada.

Julia se tumbó en el suelo junto a él y le abrazó.

Aníbal lloró hasta sumirse en un vacío plácido que le acunó durante sus tres últimas lágrimas para luego llenarse de rabia e ira. Masculló palabras ininteligibles con la cabeza entre las manos hasta que su boca también estuvo seca. Entonces le azotó la peor culpa: la merecida; una culpa que rezuma desprecio, una culpa que no puede redimirse, así que pesa sobre quien la lleva hasta su último día, a veces más ligera, a veces más persistente, pero que siempre vuelve en las noches sin sombras para susurrarnos recuerdos dolorosos con su voz suave, aquella que moldea corduras. Esa culpa perdió a Aníbal entre los tres mismos pensamientos y el rumor del riachuelo desembocando en la poza: «si no la hubiera dejado sola...», «si hubiera ido con ella...» y «soy un miserable».

Capítulo 10

“El ladrido que no queremos oír”

El rocío que se había formado lentamente durante las últimas horas de la madrugada sobre la descuidada hierba frente a la finca El Alcázar crujió bajo la bota del inspector Montemayor en cuanto puso un pie fuera del coche la mañana siguiente a que Aníbal y Julia hubieran ido a contarles lo que habían descubierto. Él había querido ir en cuanto los jóvenes abandonaron la comisaría, pero su superior le ordenó esperar a que el dueño les autorizara la visita, cosa que no podría hacer hasta que consiguieran ponerse en contacto con él. “Desgraciadamente, las cosas de palacio van despacio” había sentenciado el comisario la tercera vez que el inspector insistió en visitar el lugar sin permiso antes de mandarle buscar en el archivo toda la información que pudiera referente a la finca para mantenerle entretenido.

A Alejandro le daban igual las cosas de palacio. Él quería encontrar al hombre que había secuestrado a una adolescente y, como sabía que no podía partírle la cara porque representaba la justicia pero no era quien para juzgar, al menos conseguiría sentarle ante un tribunal.

La noche anterior había alargado su jornada laboral hasta bien entrada la madrugada repasando por enésima vez el informe del caso de la desaparición de Sara. Había cientos de páginas de información recopilada, la mayoría por él mismo; poco más de diez de análisis. En ese momento la investigación estaba estancada. Él en persona había informado a los padres de Ángel y Julia hacía un par de semanas de que iban a tener que procesar a su hijo; al comisario le había parecido la manera más razonable de avanzar en la investigación, a lo que Alejandro le había contestado que más bien era finjir que avanzaban. Esa conversación no acabó bien para el inspector.

No tenía ninguna duda de que algún agente tenía que pisar ese rocío que estaba pisando él mismo, fuera de manera oficial o no y, como las maneras oficiales “van despacio”, Alejandro había llegado allí a las 7:00 de la mañana, mucho antes de su hora de entrar a trabajar, con una de sus camisas a cuadros, un jersey de lana grueso y el enorme abrigo que le cubría hasta casi las rodillas.

Cerró su coche personal, en el que llevaba aferradas en la parte trasera las sillitas de los mellizos. Le habían costado un ojo de la cara, pero como le dijo su mujer Marta: “la seguridad es lo primero, parece mentira que tenga que enseñártelo yo”. Sonrió para sí mismo antes de dirigirse con paso decidido a la entrada de la propiedad.

La puerta que daba acceso al jardín delantero no cedió cuando dio un par de tirones, así que hizo una primera foto a la cerradura. Mientras la cámara del móvil enfocaba una segunda instantánea de la entrada al completo, el agente se dio cuenta de que el telefonillo estaba medio arrancado, así que también lo fotografió.

Caminó alrededor del perímetro buscando posibles vías de entrada o salida, pero toda la seguridad que se había perdido por el paso del tiempo en la pesada verja oxidada y combada aquí y allá, se había ganado con el crecimiento incontrolado del seto que la cubría totalmente en un entramado de ramas gruesas y finas, telarañas y lento poderío de la naturaleza.

El inspector terminó el rodeo frente a la entrada de coches, por donde se imaginó que habían saltado Aníbal y Julia hacía un par de días. Él también lo hizo. Al acercarse al porche para adentrarse en el edificio observó que había hierbajos a medio arrancar en la base de la casa, donde podían verse ladrillos más nuevos que la construcción inicial.

«Esta debe ser la habitación tapiada que dijeron», pensó.

El flash de su móvil iluminó las partes de muro que una vez habían sido ventanas; después se adentró en el edificio.

Empezó inspeccionando el salón, desde los antiguos sillones hasta la foto que había cogido Julia. Luego continuó con el resto de la planta media. Fotografió un reloj en cada habitación; todos marcaban las 8:38. Salió al jardín trasero. Caminó entre los matorrales, se acercó a la piscina y, cuando estaba a punto de volver dentro, se fijó en una sartén que asomaba de una zona de hierbajos bastante más sanos y crecidos que los demás. El agente miró hacia arriba inconscientemente por si había alguna posibilidad de que le llegara más agua que al resto de la vegetación, pero no le encontró sentido estando en el exterior. Si la razón de que esa zona estuviera más crecida no venía de arriba, tendría que venir de debajo. Suspiró, se agachó y apartó las hierbas más altas para observar que el césped también era más verde que en el resto de la parcela.

—Joder —masculló—. Esto tiene mala pinta.

Sacó diez o doce instantáneas y bajó al sótano.

El poco resplandor dorado del amanecer que se derramaba a través de los tragaluces de la primera estancia que se encontró al bajar las escaleras, no resultó suficiente para satisfacer su fijación por los detalles. Quería observar cada rincón desde cada ángulo que se le ocurriera.

Lo primero que llamó su atención fue la puerta de metal abierta que daba a una oscuridad profunda, sin grises. Ni la luz del sol se atrevía a cruzar el quicio. Del pomo colgaba una pesada cadena con un candado abierto y a su derecha, una estantería que había sido arrastrada. Alejandro encendió la linterna de su móvil todavía en el último peldaño de las escaleras y se paseó sacando fotos de todo lo que encontraba. Se fijó en que los tragaluces tenían cinta de pintor pegada a los bordes, así que supuso que Aníbal y Julia habían quitado de allí los papeles de periódico que cubrían el suelo.

Finalmente se plantó de pie frente a la puerta con el móvil en la mano apuntando al suelo y la mirada fija en la negrura. Sabía que lo que iba a encontrar allí dentro le iba a fascinar como policía y a horrorizar como persona. Levantó el aparato lentamente. La mancha oscura reflejó solo una pequeña parte de la intensa luz que desprendía el teléfono. A su lado, el trípode descansaba sobre el suelo de piedra. Se agachó para verla mejor.

—Parece sangre —sentenció en voz alta.

Alumbró el resto de la habitación. A su izquierda se encontraba la mesa con velas consumidas, frente a él estaban los grilletes, en la pared del fondo el aspa de madera y en el muro de su derecha la pintada y el cofre abierto.

—“Pruébame, verás cómo todo lo que necesitas es más” —leyó con un timbre de incredulidad en la voz.

Se acercó al arcón, donde encontró la máscara de látex. Fotografió todo y volvió al quicio de la puerta. Se apoyó mientras asimilaba el contenido de la sala. La inscripción que rezaba “Habla, amigo, y entra” quedaba justo a la altura de su cara así que también le sacó una instantánea, luego cerró los ojos y se masajeó las sienes; quería pensar y sentir como habría pensado y sentido cada persona que había entrado allí. Necesitaba entender qué había pasado dentro y por qué, pero su mente la ocupaba un único deseo: que la macha no fuera de sangre humana.

Volvió al coche y sacó del maletero un kit de recogida de pruebas que había *sustraído* de la comisaría hacía años “por si las moscas”. Separó cuidadosamente el bastoncillo de plástico que tenía el extremo de algodón cubierto por una capucha transparente y se lo introdujo en el

bolsillo. Bajó de nuevo, lo restregó contra la mancha reseca de supuesta sangre y cerró el capuchón. Miró su reloj de muñeca, que marcaba las 8:55. Entraba a trabajar a las 9:00 y tardaría por lo menos tres cuartos de hora en llegar a su puesto de trabajo si la A1 no estaba atascada.

Se apresuró al vehículo y mandó un *whatsapp* a Cecilia, la persona que más sabía de desapariciones y asesinatos que conocía.

~Alejandro

Hello Ceci! How do you walk?

Lláname cuando puedas, necesito tu ayuda en un caso.

Una vez en la comisaría y tras la reprimenda por parte de su superior que se había ganado por llegar tarde, le explicó la situación y le enseñó las fotografías.

—Sabes que no podemos entrar, Montemayor. —El comisario le dedicó una mirada servera—. De hecho no tenías que haber entrado tú. Es propiedad privada y no tenemos autorización expresa ni razones de peso para entrar sin ella.

—Todavía —apostilló Alejandro.

El comisario suspiró.

—Todavía, sí. En cuanto el dueño nos de luz verde iremos todos pero, hasta entonces, sigue buscando información de la casa.

—Ahí abajo es imposible encontrar nada —contestó el inspector exasperado—, Fernando. Señor —se corrigió rápidamente tras el cambio en el semblante de Morales—. Todo lo que necesitamos para avanzar está en esa finca. ¿Puedo seguir llamando al dueño hasta que conteste y pasar la muestra al laboratorio?

—Llamar al dueño, sí. —El comisario conocía lo suficiente a su subordinado como para saber que no iba a dejarlo estar—. La muestra, no. Además, no tendría ninguna validez salga lo que salga.

—De acuerdo —aceptó el inspector—. Gracias, Señor. —Alejandro sonrió y agachó la cabeza en señal de agradecimiento.

—Tira, anda. —Su superior le indicó con un gesto de la mano que se podía marchar.

El inspector se sentó frente al viejo ordenador de su puesto y volvió a marcar el teléfono asociado al DNI del dueño de la finca.

Tuvo que llamar más de seis veces a lo largo de la mañana para que le cogiera el teléfono.

—¿Quién llama? —La voz del interlocutor era como una bofetada en la cara.

—Soy el inspector Alejandro Montemayor de la Policía Nacional. ¿Es usted Antonio Sánchez Martínez?

—Sí.

El agente mantuvo un par de segundos de silencio pensando que Antonio iba a continuar hablando pero eso fue todo, un monosílabo.

—¿Es usted el propietario de la finca El Alcázar que se encuentra cerca de la carretera de Pablo Gasco en el pueblo de Canencia?

—Sí.

—Le llamo porque tenemos sospechas de que ha podido ocurrir un crimen en su interior y necesitamos entrar para tomar muestras.

—¿Un crimen? —preguntó sorprendido Antonio al otro extremo del aparato—, ¿qué crimen?

—No puedo decírselo todavía. ¿Podría usted venir a abrirnos?

—No tengo llave, la casa está alquilada.

—¿Alquilada? No parece que esté habitada. ¿Podría darme el nombre de su inquilino?

—De acuerdo. Un momento.

El inspector escuchó ruidos mientras el hombre buscaba el contacto de su inquilino.

—Moisés Olmedo Pérez —afirmó por fin.

—¿Y su teléfono? —El hombre le dictó el número—. Muchas gracias. En caso de que no consigamos contactar con él —el instinto de Alejandro le hizo barajar la posibilidad de que el nombre fuera falso y que el número no le iba a llevar a ningún sitio—, ¿tenemos su autorización verbal de que podemos entrar en el domicilio?

El dueño sopesó unos instantes.

—Sí, la tienen. Hagan lo que quieran.

Alejandro le indicó que tendría que firmar una autorización digital que le mandaba en ese mismo momento, colgó, y se encaminó al despacho del comisario.

—Tengo autorización verbal —informó a su superior asomándose a la puerta— y me va a mandar ahora una firmada. ¿Puedo llevarme a Inés y Gonzalo, y a Bucéfalo?

Morales levantó la mirada de los documentos que estaba firmando y le enfocó por encima de las gafas de ver de cerca.

—A Gonzalo no, que hoy está en los juzgados, pero a Inés sí. ¿Para qué quieres un perro?

—Creo que podría haber un cadáver, señor.

El comisario resopló y asintió lentamente.

—De acuerdo, llévate a Bucéfalo.

—Gracias, señor.

Alejandro se giró rápidamente y fue directo a la mesa de Inés Fierros, que tecleaba con sus delgados dedos algún informe de multas o de detención menor. Puso la mano sobre la pantalla tan de sopetón que ella saltó en la silla.

—Deja esto. Vamos a hacer trabajo policial de verdad.

—¿Trabajo de verdad? —Inés se quitó las gafas, las limpió con la camiseta y se las puso de nuevo—. ¿Qué quieres decir?

—Tenemos que ir a investigar una finca en la que pudo estar secuestrada Sara Guerrero cuando desapareció.

Ella exhaló sorprendida y volvió la mirada a la pantalla.

—Acabo en nada y te acompaño, dame dos minutos.

El agente soltó un bufido. Cada vez que trabaja con Inés le irritaba más su perfeccionismo.

—De acuerdo —concedió acompañado de un suspiro—. Voy a por Bucéfalo y te veo fuera en cinco minutos.

—¿Bucéfalo? —preguntó ella—. ¿Buscamos drogas?

—No —Alejandro ya se había girado y se alejaba por el pasillo camino de la perrera—. Ojalá.

El pastor alemán movió frenéticamente el rabo y dio saltitos al verle. A Alejandro le gustaba trabajar con Bucéfalo y, al revés, también. El primer trabajo que hizo el animal cuando le habían traído hacía cuatro años siendo solo un cachorro fue con él. El agente le cambió extraoficialmente el nombre y ahora todos le llamaban Bucéfalo. Además, siempre que estaba con él le llenaba de caricias y de premios. El perro no entendía de normas y menos aún podía

valorar que Alejandro se las saltase cada vez que le trataba así, pero le recordaba demasiado a su mascota de la infancia. No podía evitarlo.

—¡Hola chico!, ¿cómo estás? —El inspector acercó la mano al pestillo para abrir la amplia jaula—. Tranquilo, tranquilo, que ya te saco.

En cuanto el cierre pasó el tope, el animal se abalanzó sobre la puerta y fue al encuentro de su compañero favorito. Él le acarició en la cabeza, el lomo, le rascó la tripa y las orejas y le besó la cabeza.

—Venga, que tenemos trabajo que hacer. —Le dio unas palmaditas en el costado, le colocó un arnés con correa y salieron a la calle.

Inés esperaba apoyada sobre el capó coche patrulla leyendo el informe de desaparición de Sara mientras se atusaba la tupida trenza rojiza.

Bucéfalo tiró al verla. Ella también le trataba bien.

—Hola pequeño, cuánto tiempo. —La agente depositó la carpeta sobre el automóvil y se acuclilló para acariciar la cabeza del animal—. ¿Te apetece dar una vuelta?

De camino, Alejandro le relató la conversación que había tenido con Julia y Aníbal, y le explicó todos los pasos que habían dado los jóvenes para llegar a la conclusión de que Sara había estado allí.

—¿No investigaste el *Flint* de Sara? —inquirió Inés observándole por encima de las gafas.

—Claro que sí —contestó Alejandro con la mirada fija en la carretera serpenteante—. Fue una de las pocas vías de investigación que conseguimos abrir.

—¿A qué llegaste?

—A poco o nada. —El agente se encogió de hombros—. Me mandaron transcripciones de todas las conversaciones, y varios de los chicos con los que habló me llamaron la atención, entre ellos *Muchoopírate*. Les pedí los datos, pero una cosa es darnos la información personal de una chica desaparecida con el consentimiento de su familia y otra muy diferente es darnos información de otros usuarios suyos porque no nos guste lo que dicen. En la transcripción que me mandaron no estaba el vídeo, claro —Alejandro apartó la vista de la carretera por un momento y se giró hacia Inés— y, aunque lo hubiera visto, no sé si se me habría ocurrido usar la sombra del perro para calcular la inclinación de la ladera, la verdad.

Nada más bajar del coche patrulla frente a la finca El Alcázar, el inspector recibió una videollamada de Cecilia. Descolgó y saludó profusamente con la mano.

—¡Hombre! Si es mi CSI preferida. ¿Cómo estás?

—Muy bien. —La suave voz de su interlocutora se escuchaba entrecortada a pesar de que ella estuviera en lo que parecía una sala de reuniones de alta categoría y con cascos puestos. Cecilia hizo su primer año como agente de policía en la comisaría de barrio donde Alejandro llevaba un tiempo trabajando ya y, aunque no fuera su responsable oficialmente, se hizo cargo de que estuviera a gusto, aprendiera todo lo que quisiera y no la dejaran únicamente haciendo labores de becaria. Al segundo día con ella se dio cuenta de que un barrio de Madrid se le iba a quedar pequeño. Al cuarto, de que tenía más que aprender él de ella que al revés. Antes de finalizar su año de prácticas ya había aceptado un puesto en el escalafón más bajo de la Europol donde estaba progresando rápidamente. Ahora vivía en La Haya y tenía un equipo internacional de cinco agentes a su cargo—. ¿Qué tal vosotros por allí? ¿Qué tal Marta y los mellis?

—Muy bien también, cada vez más grandotes... César obedece todo lo que le dice Patri, y casi nunca son buenas ideas. —Al inclinarse para abrir el maletero, Cecilia pudo ver a Inés.

—¿Estás con Inés? —Bucéfalo saltó del maletero—. ¿Lleváis un perro? —Cecilia se puso seria—. ¿Estáis buscando un cuerpo? —Fruunció el ceño y achinó ligeramente los ojos durante un par de segundos—. ¿Es el caso Guerrero?

Inés se quedó boquiabierta por la rápida deducción de Cecilia. Él guiñó un ojo a su compañera.

—Eres una fiera —aseveró mientras volvía a apuntar el aparato hacia sí—. El hermano de Sara nos ha conducido a una finca en la que podría ser que estuviera antes de desaparecer.

—¿Aníbal?

—El mismo. Bueno y una amiga suya. ¿Tienes un rato?

Cecilia consultó su reloj de muñeca.

—Una media hora.

—Perfecto. Espera un segundo, que ayudo a Inés a pasar a Bucéfalo por encima del muro y te cuento.

Una vez dentro del recinto Inés empezó a recorrer el jardín dejándose guiar por Bucéfalo mientras que Alejandro le relató a Cecilia toda la historia que le habían contado Julia y Aníbal. Antes de introducirse en el edificio, la chica ya estaba al día del proceso que habían seguido para encontrar la parcela.

—Vale, eso es lo que saben ellos —afirmó la chica al otro lado del teléfono—. Ahora cuéntame lo que sabes tú.

—Poco —dijo el inspector torciendo el gesto—. Alrededor de las 3:20 Ángel Herrera le pidió un Car4u. Unos diez minutos después Sara salió. Nadie volvió a verla.

—¿Su móvil?

—Se apagó, o se lo apagaron, cuando todavía estaba localizado en la puerta del local de la peña. La telefónica nos mandó un registro de los movimientos del aparato durante ese mes, pero no había nada raro.

—¿Y el conductor del Car4u?

—Hablé con él. Llegó sobre las 3:45, esperó cinco minutos, llamó a Ángel, que no se lo cogió, esperó otros cinco minutos y se fue.

Cecilia achinó los ojos.

—¿Y le creiste?

Alejandro suspiró.

—Ojalá no, así al menos habríamos tenido un sospechoso. Pero su supervisor me mandó la ruta que hizo a lo largo de la noche y concuerda. Además, después hizo varios viajes más. Hablé con todos los clientes y le reconocieron.

Cecilia asintió muy seria.

—¿Y Ángel?

—Eso es lo que opina Morales —respondió el agente negando con la cabeza—, pero yo no lo creo. Eran amigos íntimos y tengo seis testigos que estuvieron con él en la peña esa noche. Su teléfono perdió la señal en un parque de Valdemanco, donde afirma que durmió.

—¿Cómo de... fiables —Cecilia enfatizó la palabra— son los testigos?

—Sé lo que piensas y no creo que se estén cubriendo las espaldas. Todos conocían a Sara y dos de ellas eran amigas suyas muy cercanas.

Cecilia se encogió de hombros.

—Por lo menos ahora tienes una casa. Enséñamela.

Mientras Alejandro recorría el chalet mostrándoselo al teléfono, Bucéfalo olisqueaba cada centímetro del jardín delantero tirando de Inés. Cuando el inspector subió las escaleras del

porche, el perro olía el módem oxidado. Continuó recorriendo las plantas media y superior del domicilio reparando en cada detalle que Cecilia le indicaba.

Cuando se encontraba en la terraza, sonó el potente ladrido de Bucéfalo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Cecilia que, debido a la conexión, había escuchado un ruido que no consiguió identificar.

—Bucéfalo está ladrando —respondió el inspector.

Cecilia volvió a achinar los ojos.

—¿Y es un ladrido que queremos oír?

Alejandro se asomó a la parte trasera del jardín. El pastor alemán tiraba frenéticamente hacia la zona verde que le había llamado la atención esa misma mañana. Inés le miró, cerró los ojos y suspiró.

—Perdona, Ceci, tengo que dejarte. Luego hablamos.

Durante lo que restaba de día y parte de la noche, los policías científicos desenterraron el cadáver de una adolescente del jardín, lo llevaron a analizar, fotografiaron cada rincón de la finca y tomaron las muestras necesarias. El comisario Morales asignó a Inés a la investigación bajo el mando de Alejandro. Lo primero que hicieron fue llamar a Miriam para informarle de que habían encontrado un cadáver con la ropa que llevaba su hija cuando desapareció.

Esa noche Alejandro maldurmió un par de horas.

A la mañana siguiente, en cuanto leyó el informe preliminar del forense que indicaba que la adolescente llevaba muerta entre dos y tres años, volvió a telefonear al dueño de la finca para citarle para un interrogatorio sobre Moisés Olmedo Pérez.

Capítulo 11

“Del 18 al 23 de octubre de 2018”

Aníbal se dio cuenta demasiado tarde del error que había cometido: se había sincerado completamente con su madre. La última vez que cruzaron más de tres frases seguidas fue la noche en la que volvió a casa, que le contó por qué se sentía culpable con respecto a la desaparición de su hermana. Miriam se acostó sin mediar palabra con él y, desde entonces, solo le regalaba desprecios: “si hubieras cumplido como hermano Sara seguiría viva” o “eras responsable de ella y la dejaste sola”. Eso sí, cuando les visitaban familiares o amigos se pintaba, se vestía elegante y era todo gratitud y sonrisas. “La procesión va por dentro”, repetía una y otra vez.

Esos fueron los días buenos. Los malos vinieron después de recibir la llamada del inspector Montemayor en la que les corroboraba que el cadáver encontrado era en efecto el de Sara, y les pedía un par de días antes del velatorio para realizar más pruebas. Desde ese momento Miriam dejó de dirigirle la palabra y la única respuesta que conseguía Aníbal al preguntarle cualquier duda relacionada con la organización del funeral era una mirada de desprecio vidriada por cualquier tipo de alcohol que hubiera decidido mezclar con los antidepresivos de esa mañana.

Fue el taxista quien les llevó el día 23 de octubre hasta la puerta del tanatorio de la M-40, pero fue la culpa merecida la que guio a Aníbal de la mano hasta la sala cuatro, donde los restos orgánicos que antes habían sido su hermana le esperaban encajonados entre las seis tapas de madera de pino encerado que había tenido que elegir él mismo y pagar con el dinero de la herencia de su padre.

La ligera caricia de la culpa tiró de él hacia el cristal tras el que se exponía el ataúd de Sara entre cientos de flores en forma de ramos y coronas. Aníbal apoyó la frente sobre la superficie transparente.

—Lo siento —susurró para ella aunque supiera que no podía oírle—. Lo siento mucho.

Lloró en silencio sumido en el caluroso abrazo de su tía Elena, la madre que ahora necesitaba.

Cuando empezaron a llegar familiares lejanos, amigos de la familia y conocidos, les odió a todos por tener que salir de su trance solitario y agradecer una y otra vez las mismas palabras de aliento al lado de Miriam, que no paraba de repetir su maldito mantra. «La procesión va por dentro, y una mierda», pensaba Aníbal cada vez que lo escuchaba. Estaba cansado de aparentar, de máscaras y de alegría caducada y mohosa.

Entonces llegó la familia Herrera, con Julia al frente. Ambos jóvenes se fundieron en un largo abrazo en el que Aníbal pudo sentir apoyo sincero por segunda vez ese día.

Ángel iba embutido en un traje negro que claramente había sido de su padre cuando era joven y esbelto. Caminaba cabizbajo y jugueteaba con un obituario. Se paró frente a Aníbal después de que este hubiera saludado a sus padres y tardó un par de segundos en levantar la mirada. Tenía los ojos enrojecidos y tristes.

—Lo siento mucho, *bro* —dijo apartándose el ondulado flequillo de la frente.

—Gracias —repitió Aníbal por enésima vez en la mañana.

Ángel se lanzó a abrazarle fuertemente y rompió a sollozar.

Elena se acercó desde el otro lado de la habitación saludando escandalosamente.
—¡Cuánto tiempo Julia, cariño! —La tía de Aníbal recibió a la chica con dos sonoros besos—. Hacía años que no te veía. Qué guapa estás, *jodía*.
—Gracias Elena —respondió Julia tímidamente—, y tú. Siento vuestra pérdida.
—Gracias, gracias... ¿Cómo estás? ¿A qué te dedicas?
—Pues he dejado el trabajo hace poco y ahora me dedico a mis proyectos.
Ni a Elena ni a Aníbal se les pasó la silenciosa negación de cabeza del padre de Julia.
—Eres emprendedora entonces —aclaró Elena.
—Bueno... podría decirse. Cuando me dejan —indicó la chica con una ligera inclinación de cabeza hacia Aníbal.
Elena miró a una y otro alternativamente y sonrió para sí. Abrió la boca para hablar...
—Hemos estado en el pueblo —interrumpió Aníbal rápidamente, que se imaginaba por dónde iba a ir su tía.
—¿En Valdemanco? —Elena frunció el ceño extrañada.
—Sí —Julia tomó el relevo—, buscando a Sara. —Miró a Aníbal— ¿No se lo has contado?
El chico se encogió de hombros.
—No he tenido tiempo.
—¿Cómo que buscando a Sara? —preguntó Elena a su sobrino—. Esto me lo tenéis que contar bien. Hola Mari Carmen —dio dos besos a la madre de Julia—, Manuel, Ángel —luego al padre y al hermano—. Muchas gracias por venir. —Volvió a dirigirse a Julia y Aníbal—. Os invito ahora mismo a tomar un café.

Cuando el cortejo fúnebre abandonó el tanatorio a la mañana siguiente, Aníbal apenas había dormido media hora sentado en un incómodo sofá de la sala, después de repetirles a su tía y al inescrutable silencio en el que se había convertido su madre una y otra vez la historia de cómo Julia y él habían encontrado la finca.

Frente a la puerta de la nave lateral de la catedral de la Almudena se encontraban un centenar de reporteros, cámaras de televisión y curiosos atraídos por el morbo del final de la historia de la desaparición de Sara Guerrero, además de algunos familiares y amigos esperando para formar una piña alrededor de la familia cercana y evitar que les hicieran preguntas indiscretas. Aníbal se fijó especialmente en una de esas personas, algo apartada e intentando pasar desapercibida. Era el inspector Montemayor, embozado en una bufanda y gorro para que no le reconocieran. En cuanto cruzaron la mirada, el agente asintió lentamente en señal de apoyo.

La misa fue larga y emotiva, aunque Aníbal tuvo la sensación de estar interpretando un papel «poniendo buena cara mientras un señor que no conozco me cuenta lo que dijo un hombre hace 2.000 años de cómo tengo que sobrellevar la muerte de mi hermana». Cuando hubo terminado se sintió aliviado.

Al ver cómo cuatro obreros dejaban caer la lápida sobre la sepultura, Aníbal comprendió que no podía cambiar nada de lo que había ocurrido, únicamente afrontarlo, y pudo sentir una brisa de paz antes del susurro de culpa que le recordó que estaban ahí porque él había dejado sola a su hermana cuando más le necesitaba.

Volvió a llorar, esta vez acompañado por su familia.

Capítulo 12

“El cuerpo de Sara”

A primera hora del día 20 de octubre, el inspector Montemayor esperaba en la sala de interrogatorios a que llegase Antonio, dueño de la finca El Alcázar. Tras la conversación telefónica el hombre se había asegurado de mandarle una enorme cantidad de documentos que acreditaban que todo el mes de la desaparición de Sara se encontraba realizando su trabajo en Düsseldorf.

Como no era un sospechoso, Alejandro podría haber elegido cualquier sala de reuniones para la conversación pero, entre que no le habían gustado las maneras del hombre en la llamada y que había tenido una de esas noches en las que si no lloraba Patri o César era porque estaban llorando los dos, quería que el hombre se sintiera intimidado y que la cosa fuera rápida. Como habría dicho su mujer: “no tenía el chichi *pa’* farolillos”.

Inés no iba a entrar a la reunión, se quedó buscando información sobre el supuesto inquilino, organizando los informes antiguos y montando lo que ella llamaba una “hoja de ruta” para tener claro por dónde avanzar.

A Alejandro se le cerraron los ojos mientras repasaba mentalmente las preguntas que pensaba hacerle y se quedó traspuesto. Despertó de sopetón unos minutos más tarde con el sonido de la puerta de la sala abriéndose. Un agente barbilampiño indicó al hombre que pasara y cerró al marcharse. El inspector se levantó rápidamente.

Antonio tendría unos cincuenta años, llevaba un chaleco sin mangas sobre una camisa bastante cara, el pelo excesivamente engominado hacia atrás y le precedía el potente olor de una colonia parecida a su trato: seca y desagradable. Escrutó la sala con una mirada de saber más que nadie y aceptó a regañadientes la mano que le ofrecía el agente.

—Mi cuñado es abogado y me ha dicho que no me pueden interrogar como sospechoso después de haberos dado una coartada tan sólida —manifestó sin presentarse siquiera.

El agente reprimió un bufido. «Pues empezamos bien», pensó.

—Nadie le va a interrogar como sospechoso. —La mueca de desprecio que se dibujó en la cara de Antonio mientras miraba en derredor como diciendo “para no ir a interrogarme, esto se parece mucho a una sala de interrogatorios” colmó la paciencia de Alejandro. Y todavía no habían cruzado ni tres frases—. Ahora, siéntese.

El hombre le hizo caso. Alejandro abrió su portátil preparado para tomar notas de todo lo que se dijera en la habitación.

—Usted es el dueño de la finca El Alcázar, ¿es correcto?

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Lo puede mirar en sus archivos. —Alejandro le clavó fijamente la mirada hasta que continuó—. 2005.

—La tuvo usted alquilada a un tal Moisés Olmedo Pérez, ¿verdad?

—Correcto.

—¿Cuánto tiempo?

—Desde mayo de 2016. —Antonio había hecho sus deberes.

—¿Hasta?

—Hasta nada. Sigue allí.

Alejandro mantuvo el semblante serio bajo la espesa barba, aunque le sorprendió la respuesta. Apuntó el dato.

—Voy a necesitar ver el contrato —solicitó el inspector.

Antonio sacó pecho y se encaramó sobre la mesa.

—No puedes exigirme el contrato, eso es ilegal sin una orden.

El agente sonrió, había sido fácil encontrar el modo de amilanarle.

—A ver, Antonio. Lo primero: me tratas de usted. Lo segundo: si no tienes el contrato, vale; yo solo quiero hablar de Moisés pero, si sigues poniéndote así, igual sí que me importa. ¿Entiendes?

Antonio le miró extrañado.

—¿Me estás amenazando? —preguntó con violencia—. Quiero tu número de placa. Ahora mismo.

Alejandro la sacó del bolsillo, la plantó encima de la mesa y se la acercó con la mano, sonriendo de medio lado.

—Apunta el número, es del agente responsable de la investigación del cadáver que ha aparecido en tu jardín. —Se levantó de sopetón, apoyando una mano sobre la mesa y encarándose a Antonio, que se echó para atrás en la silla inconscientemente. Le ofreció la otra mano para que la estrechara—. Alejandro Montemayor, encantado de conocerle. ¿Quieres que volvamos a empezar de buenas?, ¿o prefieres que te interrogue como a un sospechoso? Sal si te apetece, y llama a tu cuñado a ver qué opina de que no tengas contrato de alquiler para las fechas en las que fue asesinada y enterrada una adolescente en tu finca.

El hombre, por fin, agachó la cabeza y le estrechó sumisamente la mano.

—Muy bien. —Alejandro tomó su gesto como una respuesta y volvió a sentarse—. ¿Cómo le paga?

Antonio tragó saliva y se mantuvo en silencio.

—Le paga en b, ¿no? —inquirió el inspector.

El hombre asintió.

—¿Cuánto y cómo? —continuó indagando.

—Me envía un sobre con 1.000€ todos los meses —admitió el interpelado.

—¿Cuál es el remitente?

El hombre le miró sorprendido.

—La dirección de la finca, claro.

El agente apuntó la información y decidió pasar al siguiente punto.

—¿Cómo es?

—No lo sé, nunca le he visto.

—¿Nunca ha visto a su inquilino?

—No. Nada más comprar la finca tuve que irme a trabajar a Alemania. Al año o así se me metieron ocupas. No sabe usted lo que me costó sacarlos. Moisés me llamó un día y me dijo que quería alquilármela, así que le dije que cambiara la cerradura y me mandara una copia de la llave con la primera mensualidad.

—¿Cómo consiguió su teléfono?

—Supongo que vería alguno de los anuncios que puse por la zona.

—¿De dónde era?

—Ni idea.

—¿Español?

—Sí, español sí.

—¿Tenía acento?

—No que yo recuerde.

Alejandro terminó de teclear y le observó por encima de la pantalla del portátil.

—¿Ve? Así mucho mejor.

Antonio no se atrevió a responderle de palabra, aunque volvió a sacar pecho y se cruzó de brazos.

—¿Sabe desde cuándo lleva sin vivir allí? —preguntó el inspector.

—Ni lo sé, ni me importa mientras pague.

—¿Cuántas estancias tenía el sótano la última vez que visitó el edificio?

—Una. ¿Por qué?

Alejandro volvió a mirarle completamente serio.

—¿A quién le compró la casa? —continuó sin prestar ninguna atención a su pregunta.

—A un militar anciano, no recuerdo cómo se llamaba.

—¿Por qué la compró?

El hombre se encogió de hombros.

—Pensé que sería buena inversión. Estaba tirada de precio, había muerto alguien allí. Pero eso ya debería saberlo, ¿verdad?

El agente se volvió a levantar de sopetón, lo que hizo que el hombre se asustara de nuevo. Entonces le ofreció la mano.

—Eso es todo, gracias por venir.

Antes de cruzar la puerta, Antonio se giró en el umbral.

—¿Cuándo me van a desprecintar la finca? —Preguntó con voz queda.

Aunque las maneras no habían sido las mejores, Alejandro sabía que había cooperado a su modo y, como ya habían sacado casi todas las muestras y fotografías que necesitaban de su parcela, no había razón para no hacerle un favor.

—A lo largo de la semana que viene lo tiene abierto, pero no lo habite en un tiempo por si tenemos que volver.

El inspector se dejó caer en su silla al lado de Inés. Había cambiado el puesto con el compañero de ella mientras investigaran juntos el caso. Reposó la cabeza con los ojos cerrados sobre la mesa.

—¿Has sacado algo en claro? —preguntó Inés todavía absorta en la pantalla de su ordenador.

—La verdad es que no ha ido mal. El tío es un gilipollas pero, en cuanto le he puesto punto en boca, se ha portado.

El agente abrió el portátil para enseñar a su compañera el fichero que había estado rellenando y le relató la conversación.

—¿Tú qué has sacado? —preguntó el inspector juntando la silla para ver qué había en la pantalla.

—¿De Moisés? Es un nombre falso, lo he comprobado. Pero ha llegado esto. —Cogió un sobre de la parte superior de la enorme pila de documentos que había a un lado de su mesa y se lo entregó a Alejandro—. Es el informe preliminar del forense.

El inspector lo abrió. Una simple página contenía la única información que habían pedido al especialista que analizara de primeras.

—Mierda —masculló.

—¿Qué pasa?

El agente le entregó el documento.

—El cadáver es de Sara. Lleva dos años muerta. —Se levantó pesadamente—. Voy a llamar a la madre.

La agente leyó la hoja de un vistazo.

—Intenta que nos de un par de días más —pidió a su compañera—, a ver qué podemos sacar del cuerpo.

—¿Qué pasó en esa casa? —Alejandro, todavía vestido de negro tras el funeral de Sara, estaba sentado frente al comisario por primera vez desde el interrogatorio.

El superior se reclinó en su asiento y suspiró.

—Hace muchos años de eso —respondió con la mirada perdida en el ciprés que se sacudía bajo la lluvia al otro lado de la ventana—. Una mujer se voló el pecho con una recortada. Se llamaba María... ¿García? ¿López? —negó con la cabeza—. Ya no me acuerdo, era un apellido común. La encontró su marido con un disparo en horizontal a la altura del esternón. Se inclinó sobre la mesa en la que estaba el arma y se le disparó al ir a levantarla.

El inspector frunció el ceño.

—Un poco raro, ¿no?

Morales se encogió de hombros.

—Las armas de otros tiempos. Era una escopeta de la guerra civil que llevaban años sin cuidar.

Alejandro mantuvo el silencio con la mirada fija en su superior, que jugueteó con las manos.

—Qué quieres que te diga —concedió por fin—. Estábamos entre eso y que fuera un suicidio... por lo visto la mujer estaba un poco *pallá*, pero el forense dijo que esa no era manera de suicidarse, así que nos decantamos por el accidente.

—¿De quién era el arma? —continuó el inspector.

—Del marido, de quién iba a ser... en esa época cada militar tenía dos o tres en casa. —Alejandro enarcó una ceja—. Sé lo que estás pensando —continuó el comisario—. No fue él. Estaba fuera cuando pasó. Dio testimonio el hijo, que iba con él.

—Aún así, me gustaría ver el informe.

—Claro, estará por el archivo. Pero aparte de las declaraciones del padre, el hijo y las notas del forense, son todo chismorreos e información sin cotejar. Ya sabes, los informes de otros tiempos.

Alejandro ya había estado buscando el fichero en aquel sótano húmedo, mal iluminado y repleto de cajas y cajas sin ningún orden ni marca distintiva. También entendió a la perfección lo que había querido decir su superior realmente: “Claro, no lo vas a encontrar. Pero aunque lo encontraras, no va a haber nada que te valga”. Aún así, bajó al sótano a seguir removiendo años de incidentes a medio resolver.

—¿Sabemos algo nuevo de la casa? —Inés se apoyó en el marco de la puerta observando las estanterías que plagaban el archivo. Bajo el brazo llevaba un abultado sobre marrón.

El inspector, sentado en el suelo, arremangado y con la corbata negra medio suelta, guardó una torre de papeles desgastados en una caja, la cerró, la alejó con el pie, y cogió otra.

—Morales dice que fue un accidente con una escopeta, yo creo que fue suicidio o incluso asesinato. —Abrió la caja y lanzó la tapa de cartón a un lado. Miró el paquete que llevaba su compañera y lo señaló con la cabeza— ¿Qué es?

—Ha llegado el informe completo del forense.

El agente se levantó rápidamente, se abalanzó a abrir el sobre y sujetó el extenso documento frente a ambos mientras lo leían en un completo silencio.

—Joder —el inspector miró a su compañera—. Laceraciones con arma blanca en los costados y los pechos. Quemaduras con cera en los pezones y la vagina, y con colillas en la nuca... —siguió leyendo— ¿Le sacaron un canino? —preguntó repugnado.

Inés cerró los ojos y negó con expresión grave.

—Y heridas en las muñecas y tobillos, el pelo arrancado a mechones, restos de semen... pero muerte por asfixia.

—Así que la torturaron y la violaron —sentenció el inspector esperando que Inés le ofreciera una explicación menos triste y más plausible de lo que tenían delante.

Ella se masajeó el puente de la nariz con el índice y el pulgar por debajo de las gafas.

—Eso parece.

Alejandro golpeó una estantería con tanta fuerza que dos cajas se cayeron y desparramaron su contenido por el suelo. Maldijo entre dientes, respiró y se recompuso.

—Voy a pedir al laboratorio que me miren si la muestra de semen podría ser de Ángel Herrera, tú ve a hablar con el forense, que te explique cada punto y cada coma de ese documento. Luego quedamos aquí a ver si conseguimos encontrar el informe del caso de la finca El Alcázar.

Inés asintió y se marchó. Alejandro recogió lentamente los papeles del suelo y volvió a colocar las cajas en su lugar. Se dejó caer contra la pared y la golpeó con la parte trasera de la cabeza un par de veces.

Esa misma mañana había estado rodeado de toda la gente que lloraba la pérdida de Sara; esa gente que le miraba con la esperanza de que ofreciera respuesta a todas sus preguntas... la que esperaba que hiciese absolutamente todo lo que estuviese en su mano para encontrar al hombre que había torturado, violado y asesinado a Sara.

Capítulo 13

“30 de octubre de 2018”

—Nadie piensa que esté bien y nadie quiere pensar que lo esté. —Aníbal y su tía Elena tomaban un café en la cocina del piso de la madre de éste, disfrutando de un momento de cordura entre visita y visita. Miriam se había vuelto a acostar después de pasar una hora sonriendo, bromeando y sacando aperitivos a no sé qué tíos de un primo. Aparentar normalidad era casi lo único que levantaba a su madre de la cama y le alejaba de la botella.

—Ya, pero no quiere verlo. —Aníbal volcó una pequeña cantidad de azúcar en su bebida—. Es vergonzoso, no es una adulta funcional. —Levantó la mirada hacia su tía—. Menos mal que estás viniendo a ayudarme. Gracias.

Elena sonrió y desestimó su agradecimiento con un gesto de la mano.

—Ha pasado por mucho. Primero lo de tu padre, luego la desaparición de Sara... y ahora esto.

—Yo también —afirmó Aníbal con tristeza—, y no me hincho a ginebra y a *Prozacs*.

—No es lo mismo —le contradijo su tía—. Eran su marido y su hija, la familia que había construido. Tú tienes que superar tu pasado y construir tu futuro. Ella tiene que luchar por un futuro nuevo. A partir de cierta edad, es más fácil darlo todo por perdido.

Aníbal resopló y clavó la vista en el líquido humeante de su taza.

—Yo también lo he perdido todo —susurró.

—Todo, todo... no. —Elena sonrió socarrona—. Tienes algo con Julia, ¿verdad?

—¿Qué? —preguntó Aníbal sonrojándose rápidamente—. No, qué va...

—Ah —su tía se encogió de hombros—, pues me dio la sensación de que estabais juntos.

—¿Qué dices? ¿Por qué?

—No sé, me lo pareció en el velatorio. Lo que tengo claro es que le gustas.

—¡Qué va! —exclamó Aníbal sonrojándose cada vez más—. Si somos amigos de toda la vida.

—Bueno, ella te gusta a ti, ¿verdad?

El chico se quedó sin habla y su tía rió escandalosamente, luego abrió muchos los ojos y fingió sorpresa.

—¿Pero cómo puede ser? Si sois amigos de toda la vida. —Le puso la mano en el hombro—. No seas tonto, mira por ti. Yo me quedo con Miriam y me encargo de que vuelva al psicólogo. Tú vete al pueblo, dedícate a beber cervezas con Julia, a ver series y dar vueltas con la moto y ya, cuando os hayáis aburrido de besaros, pues vuelves, que aquí no te espera nada.

Aníbal se lo planteó unos segundos. Aunque los últimos días hubieran sido cuando más presente había tenido la falta de Sara, también habían sido los que más había disfrutado desde su desaparición.

Asintió muy serio.

—Tienes toda la razón del mundo. Gracias por encargarte de mi madre.

—No hay por qué darlas. Es tu madre, pero antes fue mi hermana —comentó Elena cariñosamente.

Esa misma tarde Aníbal depositó otra margarita morada en el florero más sencillo de todos los que había sobre la lápida de Sara: el suyo. Con esa, ya contaba siete flores idénticas, una por cada día que su hermana llevaba enterrada.

—No voy a olvidarme de ti, te lo prometo. —Aníbal apoyó la mano sobre el frío mármol de la sepultura. Un potente trueno resonó a través del cementerio de San Isidro. El chico levantó la cabeza, y una pesada gota de agua gélida le cayó en la mejilla y le recorrió la cara lentamente hasta el cuello—. Solo me voy a ir unos días... quiero estar bien, no me lo tengas en cuenta —continuó sentándose sobre la tumba.

Aníbal sabía que su vida había empezado a moverse de nuevo cuando volvió a buscar a Sara y, aunque ya supiera dónde estaba, necesitaba saber qué le había pasado y quién se lo había hecho, pero sobre todo necesitaba volver a esos días agrídulces con Julia en Valdemanco y a sentir que lo que hacía tenía un por qué. Había decidido seguir el consejo de su tía a medias; iba a volver al pueblo, pero de momento no pensaba escribir a Julia, quería estar solo en Valdemanco sin preocuparse por su madre, visitas u organizar funerales. Quería llorar a su hermana en soledad.

Le cayeron dos gotas más; luego una tercera, y luego se desató un torrente otoñal antes de que pudiera ponerse la capucha.

—Tengo que seguir adelante, retomar mi vida... —Aníbal acarició la piedra húmeda—. Pero siempre estarás conmigo. —Dejó caer los hombros y jugueteó con las manos bajo el manto de agua.

Sabía que el primer paso que tenía que dar era salir del bucle que le había creado la culpa merecida forzando pensamientos más resolutivos: «no puedo cambiar lo que hice pero sí mi manera de sobrellevarlo», «tengo que volver a vivir mi vida», «ya no puedo salvar a Sara»...

Se puso los auriculares que llevaba conectados al teléfono y pulsó el *play* en su móvil para reproducir *Renacimiento* por enésima vez, esperando volver a sentir que todo estaba bien y que él podría sobrepasar esa pena.

Entró el sol por la ventana

Y me dio en la cara, haciendo que me despertara,

Soñaba que flotaba en tu vientre, mamá,

Que volvía a nacer, que me creaba,

Que recobraba las ganas de vivir,

Que la vida aún tenía mil regalos para mí...

Se puso en pie frente al agujero tapiado en el que descansaban por fin los restos de su hermana.

—Te echo mucho de menos —susurró secándose la última lágrima que le quedaba ese día—, pero no puedo quedarme contigo.

Capítulo 14

“4”

El peso de las bolsas de la compra tensaba la piel que unía los puntos recién suturados en el brazo de Diana como si fuese un globo. Pequeñas motitas de sangre mancharon la gasa que la enfermera de urgencias había usado para cubrir la herida con mimo. Diana le había dicho que se había cortado sacando un vaso del lavaplatos; “hay que tener cuidado con esas cosas y mirar antes de meter la mano” había comentado la mujer mientras realizaba un metódico vendaje.

Al llegar al portal de su recién alquilado apartamento en Vallecas, soltó las bolsas frente a los buzones. Aunque acabase de mudarse y todavía no hubiera puesto el nombre en el de su piso, sabía que podía haber correspondencia esperándola.

Tenía razón.

Extrajo un sobre marrón sin remitente en el que únicamente ponía “Diana”. Sin apellidos, sin dirección, sin sello: alguien lo había puesto allí directamente. Se lo guardó en el bolsillo y subió rápidamente las escaleras, entró en casa, cerró los dos pestillos y lanzó las bolsas a la cocina.

Dejó el sobre en la mesa de café y se sentó en el sofá mirándolo fijamente. Al cabo de medio minuto encendió su ordenador portátil y empezó a escribir *mitube* en la barra del navegador. El primer *link* que predijo el buscador ya era el del sonido de un metrónomo de 60 pulsaciones por minuto.

Tic... tac, tac, tac...

Miró de manera inconsciente a la estantería manchada de rojo mal limpiado desde la que la cámara web le vigilaba silenciosamente. Se armó de valor y, con uno de los *tic*, tiró de la solapa. Un primer papel cayó nada más abrirla. Era una nota escrita a mano que decía: “Quinta prueba”. El segundo era un billete de Air Europa directo al aeropuerto Orly de París a nombre de una tal Charlotte Morin. El vuelo salía en poco menos de cuatro horas. Lo tercero que encontró en el interior era el pasaporte de la chica, pero habían cambiado su foto por una de Diana retocada para que pareciera de fotomatón. Apenas tuvo tiempo de plantearse qué le podría haberle pasado a la chica.

Dándose toda la prisa que pudo llenó el macuto con lo primero que pilló. Bajó corriendo y se metió en el metro.

El vuelo salió puntual de la T4 y en unas dos horas aterrizó en un París soleado.

Sin saber muy bien qué esperar, Diana siguió a la marea de gente a través del *finger* hasta la recogida de equipaje. Se echó su macuto al hombro y cruzó las puertas de salida. Un hombre trajeado la esperaba con un cartel a nombre de Charlotte Morin. Se acercó sonriendo.

—Etês-vous Charlotte?

—Eeeh... Oui, oui —respondió Diana intentando aparentar que hablaba el idioma.

—J'aibesoïn que tu me donnes ton téléphone. —El hombre extendió la mano.

—Pardon?

—I... —al hombre le costaba encontrar las palabras en inglés— need... you... telephone —indicó señalándose la palma de la mano.

—¡Aaah! Oui, oui..., of course. —Escribió un último *whatsapp* de despedida al contacto que había añadido más recientemente: “ya he llegado”, y entregó el aparato al hombre.

De camino al aparcamiento, el chófer quitó la tarjeta SIM del teléfono, que arrojó a una

basura diferente a la que tiró el resto del aparato. Diana se sintió como un caballo con anteojeras, ahora solo podía caminar hacia delante.

Una vez en el coche la ayudó a introducir la mochila en el maletero y sujetó la puerta para que subiera.

Ya acomodada en la parte trasera, Diana se fijó en que las ventanillas tenían cortinas opacas. El hombre se sentó en el asiento del conductor y cerró los pestillos, se giró y le ofreció una botella de agua que ella aceptó, pero de la que no bebió. El chófer sonrió y subió un cristal completamente negro que los separaría durante el viaje.

Capítulo 15

“31 de octubre y 1 de noviembre de 2018”

Aníbal se quitó los guantes de jardinería y se secó el sudor con el dorso de la mano.

Esa mañana había llegado al pueblo, pero no había tenido muy claro qué hacer, así que se decidió por una cuestión práctica: limpiar la capa de suciedad de dos años que cubría cada rincón del domicilio. Como no había encontrado utensilios de limpieza, empezó por el jardín. Recogió hojas y pinaza, pasó el cortacésped por la parte delantera hasta que el manto verde quedó uniforme, podó los setos que crecían descontrolados a lo largo de la verja y comenzó a quitar las malas hierbas.

Resopló, se volvió a poner los guantes, introdujo una docena de hierbajos recién arrancados en una bolsa de basura y, aunque estaba cansado y dolorido, tiró del tallo de otro enorme cardo. De la tierra agarrada a las raíces asomaba un pequeño anillo de plástico. Aníbal lo limpió cariñosamente y lo sujetó con el pulgar y el índice para observarlo. Entonces recordó haber llegado al chalet una noche el verano que su hermana cumplió los doce años. Ella estaba sentada en el columpio, inmóvil, con la mirada fija en las manos. Cuando él se acercó, ella guardó algo rápidamente en el bolsillo.

—¿Qué es eso?

—Nada.

—Nada, no. —Recordó sentarse en el suelo frente a ella—. Cuéntamelo, anda.

Sara sacó el anillo del bolsillo y se lo enseñó.

—Me lo ha regalado un chico.

—Uuuh. Sara tiene novio —canturreó—, Sara tiene novio.

—Calla, anda —respondió ella con una mueca entre el enfado y la vergüenza—. No es mi novio.

—¿Quién te lo ha dado?

La niña se quedó en silencio mientras se ruborizaba.

—Eso es que le conozco —siguió Aníbal—. Bueno, no tienes que decírmelo si no quieres.

Sara alzó la vista hasta encontrarse con la de su hermano.

—Ángel.

—¡Qué galán! —Aníbal estiró la mano para que ella le pusiera el anillo en la palma y lo observó detenidamente—. Es muy bonito... y parece plástico del bueno, por lo menos le habrá costado euro y medio.

—No sé —respondió ella meciéndose lentamente en el columpio.

Él se lo devolvió.

—¿Qué te pasa?

—Estoy triste.

—¿Por qué? —Se levantó y la abrazó.

—Creo que no era para mí. Creo que lo ha comprado para otra chica y le ha dicho que no.

—Eso está muy feo...

Ella cerró el puño alrededor de la baratija y la lanzó.

—¿A ti te gusta?

Sara miró a Aníbal.

—Un poco.
—Ángel no, el anillo.
—¡Ah! Sí, el anillo sí.
—Pues entonces pónelo. A veces un anillo es un anillo, y punto. Él puede creer que significa algo pero eres tú la única que sabe por qué lo lleva. ¿Te gusta? Pues te lo pones y que piensen lo que quieran.
Sara sonrió.
—¿Por eso llevas esa camiseta tan fea? —Se burló la niña, aún habiéndosela regalado ella misma.
—Es que a veces una camiseta no es solo una camiseta. —La abrazó más fuerte.
—¿Me ayudas a buscarlo?
—Claro, vamos.
Usaron linternas para buscar durante un buen rato, pero no lo encontraron. A la mañana siguiente lo intentaron de nuevo con el mismo resultado.

Aníbal se secó una lágrima con el dorso de los guantes manchados de tierra. Se los quitó, desató el cordón de una de sus zapatillas, lo pasó por el interior del anillo y se lo colgó al cuello.

—¿Cómo está tu hermano? —Aníbal, arrebujado en una manta en el viejo sillón de su madre del lado de la ventana, había decidido llamar a Julia después de pasar la noche entera dándole vueltas a cómo sería Moisés y a qué se dedicaría. Tenía casi tantas ganas de que ella pudiera ayudarlo de nuevo como de que volviera con él al pueblo.

—Mejor, gracias —repondió Julia al otro lado del aparato—. Han retrasado el juicio y es posible que acaben suspendiéndolo porque no han encontrado ninguna prueba que ubique a Ángel en la finca.

—Me alegro —contestó Aníbal con voz triste.

—¿Tú cómo estás?

—Bien. Estuve unos días mal, pero hablé con mi tía y me quedé más tranquilo.

—Ah, ¿sí? ¿Qué te dijo?

Aníbal agradeció que Julia no pudiera ver cómo se sonrojaba.

—En general, que pasara un poco de los demás y que me preocupara por mí mismo un tiempo.

—Es un buen consejo, quizá deberías seguirlo —sentenció ella.

—Ya lo estoy haciendo. Me he vuelto al pueblo, y no sé si ha sido buena idea... aquí tengo demasiados recuerdos.

—¿Para qué has vuelto? —preguntó la chica— ¿Querías alejarte de tu madre?

—En parte, sí.

—¿Y en otra parte?

—En otra parte —Aníbal inhaló pesadamente para armarse de valor—, los días que pasamos en el pueblo, para mí, han sido los mejores de los últimos años.

Al chico se le dispararon los nervios durante el largo silencio que guardó Julia. Pensó en decirle que igual le había entendido mal, que habían sido los mejores porque por fin había tenido un objetivo... pero él sabía que eso sería mentirle y no pensaba hacerlo.

—Para mí también —respondió ella con su voz más dulce.

Aníbal no se lo podía creer.

—¿De verdad?

—¡Claro! —contestó Julia entusiasmada—. Desarrollamos una aplicación, seguimos la pista de un asesino..., si hasta resolvimos un acertijo. Además, me sirvió para dejar un trabajo que me absorbía la vida. No me malinterpretes, siento muchísimo que haya acabado como ha acabado, de verdad, pero disfruté como cuando éramos pequeños. —Se calló lo siguiente que pensaba decir, «estaba deseando que me volvieras a llamar».

A Aníbal se le escapó una sonrisa de esas enormes que no se pueden controlar. Se levantó de un salto y se paseó rápidamente por la habitación rascándose la nuca.

—Pues... no sé si te apetecerá, pero he estado pensando en Moisés y necesito tu ayuda.

—Claro, dime.

—Si iba poca gente a la casa y él no salía... ¿De qué vivía?

Julia no respondió, Aníbal casi podía verla jugueteando con el anillo de coco, la punta de la coleta o mordisqueándose el aro del labio.

—Puede que hiciera algo en internet —contestó la chica por fin.

—Eso me imagino, pero no tengo ni idea de cómo saberlo. ¿Podrías mirar de alguna manera qué páginas visitó desde la casa?

—Hmmm —murmuró pensativa—, quizá podría hacer algo si tuviera acceso al *router*, pero no prometo nada. ¿Te acuerdas de si estaba en la casa?

Aníbal sintió un escalofrío solo con recordar la finca.

—No, y tampoco sé si me atrevo a entrar.

—No te preocupes, yo me encargo. ¿Puedes recogerme en una hora?

Un par de horas más tarde aparcaron la moto en la acera de la finca El Álcazar. Aníbal se paró en seco frente a la entrada, ya sin el precinto policial. Aunque había estado dentro, tuvo la sensación de que era la primera vez que la veía. «Aquí asesinaron a mi hermana por mi culpa», pensó.

—¿Estás bien? —Julia, dentro del jardín, se giró hacia él.

—No... Si hubiera sido buen hermano, Sara nunca habría cruzado esta puerta.

—Vale ya de autocompadecerte. El único responsable de la muerte de tu hermana es su asesino, nadie más.

Aníbal la miró muy serio y asintió.

—Tienes razón. —Dio un paso más, pero se imaginó a un hombre llevando a su hermana borracha e indefensa a la fuerza a través de los hierbajos. No pudo cruzar el umbral. Julia se acercó y le abrazó.

—¿Quieres que vaya yo?

—Sí, por favor.

Ella se adentró en la parcela en dirección al edificio. Recorriendo el sendero de piedra que llevaba hacia él, se fijó en un aparato olvidado bajo un árbol. Era un *router* antiguo. Salió para enseñárselo a Aníbal.

—Sí que has tardado poco.

—Es que estaba ahí tirado.

Él lo inspeccionó.

—¿Funcionará? Parece que está oxidado.

Julia se encogió de hombros.

—Habrá que probar.

La chica miró la etiqueta en la parte posterior del aparato, buscó en su teléfono el número de atención al cliente de la empresa y lo marcó. Durante la llamada tuvo que dar el número de teléfono que Aníbal tenía guardado como “Moisés El Alcázar”, la dirección de la finca, el nombre completo de Moisés y hacerse pasar por su mujer para que el superior de la teleoperadora accediera a dar de alta la línea y cambiar los datos de notificación y la cuenta bancaria.

—¿Ves? Mentir funciona también —comentó Julia al colgar la llamada.

—Sí, no lo dudo. —Aníbal le chocó la mano—. ¿Qué te ha dicho?

—Que entre mañana y pasado lo tenemos. ¿Nos vamos de aquí?

—Por favor —Aníbal echó una última mirada rápida a la parcela antes de volver a ponerse el casco.

De vuelta en el piso de los padres de Julia abrieron dos cervezas y Aníbal empezó a cocer pasta mientras Julia buscaba en internet la manera de recuperar el historial de navegación de un *router*.

—¡Es súper fácil! —gritó ella desde el salón para asegurarse de que él la escuchaba por encima del sonido del agua hirviendo y la campana extractora.

—¿Puedes verlo? —preguntó él también alzando la voz.

—¡Aquí no! —Julia se encaminó a la cocina— Necesito estar conectada a la línea —continuó apoyándose en el marco de la puerta—, pero teniendo el *router* vamos a poder ver las *IPs* que se visitaron; si sigue el historial, claro. —La chica dio un sorbo de su bebida—. Tendremos que volver cuando la línea esté activa.

Aníbal se secó las manos con un trapo.

—No tengo ninguna gana de volver. —Echó el pimiento que acaba de cortar en una sartén caliente y extrajo una cebolla de una malla.

—¿Estás mejor? —preguntó ella acercándose al chico.

—Sí. No sé muy bien qué me ha pasado.

—Pues qué va a ser, un golpe de realidad —comentó ella acariciándole el codo—. Te habrás imaginado lo que ha podido pasar ahí dentro y no puedes ni pisar la casa.

—Me he imaginado muchas cosas.

—Bueno pues déjalo ya, que solo vas a conseguir amargarte más y no podemos saber nada a ciencia cierta.

—Tienes razón. Gracias.

—No seas tonto, deja de dármelas ya. —Le besó cariñosamente la mejilla—. Creo que vas a tener que entrar ahí quieras o no.

—Ya lo sé —susurró Aníbal negando con la cabeza.

—Va a ser lo mejor para ti; un poco de terapia implosiva.

—¿De qué? —El chico removió la pasta y salteó las verduras.

—Inundación. Psicología barata, vamos. ¿Que tienes miedo a nadar? Pues te tiras a la piscina. ¿Miedo a las alturas? Te pasas la tarde en un rascacielos. Si te causa ansiedad lo que simboliza la finca...

—Pues me meto hasta la cocina, ¿no? —Él le dedicó una sonrisa triste.

—Exactamente.

—¿Lo has hecho alguna vez?

—¿Yo? Yo no tengo miedo a nada —Julia chasqueó la lengua.

—Vale, entonces no te importará hacer terapia de esa con unas cuantas arañas —bromeó

Aníbal con la mirada todavía triste.

Julia sonrió.

—No me dan miedo, me dan asco. Es muy distinto.

—Recuerdo un par de gritos tuyos por arañas que sonaban muy a miedo. —Aníbal removió el contenido de la sartén y se giró hacia Julia—. Si yo consigo entrar en la casa, tú te enfrentas a las arañas. ¿Trato hecho? —Le ofreció la mano.

Julia jugueteó con su coleta.

—Trato hecho. —La agarró y la agitó.

Capítulo 16

“3”

La última de las cuatro palabras que habían aparecido en el chat todavía retumbaba en los oídos de Diana: “dolor”. La primera vez había leído la frase en silencio. La segunda en voz alta: “Cuarta prueba: inflígete dolor”.

Llevaba un rato reflexionando a oscuras con la luz blanquecina de la pantalla iluminándole la cara. Su interlocutor no había escrito “daño”, había escrito “dolor”. Para ella la diferencia de significado estaba muy clara. Lo que empezaba a no tener tan claro era si quería cruzar esa línea. Levantó la vista hacia la *webcam* de la impoluta estantería y trató de no parecer demasiado agresiva. Aunque fuera un aparato, notó cómo le aguantaba la mirada hasta que, como un perro domado, agachó de nuevo la cabeza hacia el portátil.

Buscó en internet “sonido de metrónomo 60 ppm” y reprodujo el primer vídeo que le apareció.

Tic... tac, tac, tac...

En uno de los *tic* se levantó como una marioneta accionada por los hilos de un titiritero antes de comenzar una función y, sumida en un extraño trance, se dirigió hacia la cocina en busca de un cuchillo cebollero. Volvió al salón y se arrodilló frente a la cámara. Se arremangó el brazo izquierdo y, temblando, posó la punta del cuchillo entre el cúbito y el radio a mitad del antebrazo.

Tic...

Respiró hondo.

tac...

Controló el pulso como mejor pudo.

tac...

Empezó a exhalar apretando los labios.

tac...

Esperó el momento adecuado.

Tic...

Clavó la punta del cuchillo con fuerza y sin pensar, así que entró en diagonal y frenó cuando chocó contra el hueso. Lo sacó tan rápido que se le resbaló y voló contra la pared dejando tras de sí una fina pincelada roja que convertía la estantería y el muro sobre el que se apoyaba en la obra de arte de algún artístucho que intentara volver a manosear la alegoría de la pureza perdida: rojo sobre blanco.

Diana maldijo a voz en grito, se cubrió el antebrazo con la bufanda y corrió al baño a por una toalla para cortar la hemorragia. Tuvo que rebuscar en la caja de “cosas del baño” hasta que encontró una de manos que se ató con ayuda de los dientes. Se sentó en el váter y respiró hasta tranquilizarse. De fondo seguía sonando el metrónomo que tanto significaba ahora para ella. Antes de volver al salón se lavó las manos, el brazo y la cara.

Un nuevo mensaje la esperaba en el chat:

“Dame tu dirección.”

Diana se permitió mirar fijamente a la cámara y sonreír. Había pasado la prueba.

Capítulo 17

“2 y mañana del 3 de noviembre de 2018”

—Piensa que solo es una casa. —La voz de Julia sonó distante para Aníbal que, paralizado frente a la entrada de la finca, se sentía como si se encontrara a solas con el edificio en el interior de una burbuja que distorsionara la realidad del exterior.

Por fin parpadeó y volvió su atención hacia ella.

—Una casa en la que asesinaron a mi hermana.

—Sí, pero una casa. —Julia palmeó una de las rocas del muro—. Son ladrillos y cemento, nada más. Además, no fue en el jardín, ¿no? —preguntó cogiéndole la mano—. Así que esta puerta la puedes cruzar. —Tiró ligeramente de él y, después de resistirse ligeramente, Aníbal cedió y atravesó el quicio—. ¿Ves? no ha pasado nada.

Cruzaron el jardín y subieron los escalones del porche hasta la entrada principal, donde volvieron a detenerse.

—Necesitamos encontrar la toma de red. —Julia sacó un cable de su mochila y lo conectó al viejo router. La operadora de la empresa telefónica les había indicado que la línea debería de llevar activa desde primera hora de la mañana—. ¿Me acompañas?

Aníbal estaba petrificado con la mirada fija en el interior del chalet.

—Vamos a probar una cosa —comentó Julia colocándose frente a él—. Cierra los ojos. —Él obedeció—. Ahora inspira y cuenta hasta tres. —Aníbal llenó los pulmones con una profunda bocanada de aire otoñal—. Uno... —contó Julia—, dos... y tres. Eso es, ahora suéltalo lentamente.

Un brochazo de paz recorrió lentamente la frente de Aníbal y la tranquilidad, gota a gota, fue deslizándose hacia su pecho donde ralentizó el ritmo de su corazón.

Julia le acarició suavemente la palma de la mano hasta que sus dedos se encontraron y le guio al interior.

—Tranquilo, no abras los ojos. Es solo un salón. Sofás y una mesa, nada más.

Aníbal caminaba arrastrando los pies, dejándose llevar y calmar por el tacto y la voz de Julia. No quería pensar en las escaleras que conducían al sótano, en la habitación a la que llegaban, en la puerta tras la estantería..., ni en la sala oscura. Aníbal se giró y vomitó. Ella le acarició la espalda.

—Ánimo, que no son más que paredes. ¿En cuántas casas has estado sin vomitar? —Estaban rodeando el salón mientras Julia buscaba la toma de internet—. En la mía no, desde luego, ¿te acuerdas de mi dieciocho cumpleaños?

Aníbal recordó vívidamente la noche.

—Calla, que eso es peor —dijo aún con los ojos cerrados y media sonrisa—. Vaya vergüenza.

—Vergüenza la que pasé yo bajando a la mañana siguiente a limpiar la terraza del vecino. —Julia se agachó para inspeccionar un conector.

—¿Lo has encontrado?

—No, es la antena de televisión.

—Date prisa, por favor.

Julia siguió recordando historias mientras recorrían las habitaciones para entretener a Aníbal, que se concentraba en contener el aliento y las arcadas.

Encontraron la entrada del cable de internet en una de las habitaciones de la planta baja. Julia conectó el router a la pared y a su portátil. Siguió los pasos que había leído la noche anterior y, en unos quince minutos que continuó distraendo a Aníbal con naderías, ya tenía un listado de datos en la pantalla. Se los descargó a un fichero sin casi fijarse en ellos, desconectó el aparato, lo guardó en la mochila y se marcharon a toda prisa.

Esta vez Aníbal no cerró los ojos al pasar frente a la escalera que bajaba; se paró y escupió el poco sabor a vómito que le quedaba en la boca.

—Prácticamente todas las *IPs* que visitó son de *Mitube*. —Julia removía el café que le había preparado Aníbal de vuelta en casa de sus padres.

—¿Y qué veía? —preguntó él acercándose desde la cocina.

—No sé, aquí solo veo los enlaces... pero no es lo que veía —ella giró el portátil y le señaló unas direcciones web del portal de vídeos—, es lo que subía.

Aníbal la miró con el ceño fruncido.

—¿Tenía un canal?

—Eso parece. Vamos a ver qué tipo de contenido creaba.

Julia clicó en un primer enlace que les llevó a un vídeo para reducir el estrés. Sobre una música suave e imágenes de prados verdes se escuchaba la voz de un hombre durante unos veinte minutos infundiendo un estado de relajación en su oyente con frases como “eres una hoja flotando en el aire, deja que el viento te mezca”.

Julia copió y pegó la siguiente dirección.

El nuevo vídeo mostraba una grabación de olas tranquilas rompiendo en una playa desierta mientras la misma voz de hombre transportaba al espectador a una colchoneta en medio del océano “sin preocupaciones ni problemas, dejándote llevar por las corrientes”.

Pasaron el resto de la tarde y parte de la noche revisando vídeos similares pero con diferentes temáticas hasta que por fin encontraron uno que les llamó la atención. En la pantalla podía verse una espiral blanca y negra girando, y la misma voz masculina incitaba al espectador a descansar y dormir durante los veinte primeros minutos. Luego pasaba a introducir mensajes más inquietantes como “estás tan relajado que no puedes moverte” o “solamente cuando escuchas mi voz puedes descansar de verdad”. Con la última frase Aníbal sintió un escalofrío.

—Esto se pone feo —comentó el chico irguiéndose en la silla y frotándose los ojos para espabilarse.

Siguieron escuchando hasta que Julia, que llevaba un rato distraída, pulsó el *pause* y señaló la pantalla con un aspaviento.

—¿Has visto la fecha de subida? —preguntó casi levantándose de la silla—. 23 de agosto de 2016.

Aníbal se incorporó con los ojos desorbitados.

—El día después de que desapareciera Sara.

—Por eso subió el tono de los vídeos.

Él fijó su atención en otro dato.

—¡¿37.000 visualizaciones?! —preguntó incrédulo.

—No es mucho —desestimó ella—, aunque igual para este tipo de vídeos sí.

—¿Podría vivir de esto?

Julia se encogió de hombros y reflexionó la respuesta antes de contestar.

—No creo que sean suficientes —respondió al fin—. Vamos a ver el canal.

El nombre del usuario era MOP, su foto de perfil era una espiral y no tenía descripción.

—¿130.000 suscriptores? —volvió a sorprenderse Aníbal—. Es increíble.

—No es tanto. Vamos a ver el último vídeo. —Julia buscó en el portal—. Es de antes de ayer.

El título era “Tu crisálida de seda”. Tenía la misma espiral de fondo y, tras una introducción dedicada a la relajación y a instar a dormir al oyente, le decía que ahora era un gusano inmóvil en una crisálida de seda, que únicamente su voz podía liberarle y que cuando saliera sería una persona distinta que tendría que beber de su néctar continuamente. Escucharon la hora y 40 minutos de duración completos.

—¿La gente se cree esto? —preguntó Aníbal torciendo el gesto.

Julia señaló el número de visitas.

—Al menos hay 1.200 que sí.

—Son pocos, ¿no?

—Bueno, teniendo en cuenta que lleva dos días subido no está mal. —Julia navegó en la página—. Hay comentarios, mira. “Nanina 32 —leyó en alto—: en vez de esta mierda dedíquese a otra cosa, me aburrí al primer minuto”.

—Parece que no todo el mundo se lo cree.

—Menos mal. “Sergarlo 95 —continuó leyendo la chica—: soy un hombre nuevo”. “Ana García 2255: ¿alguien sabe dónde encontrar más néctar?”.

La chica paró en seco.

—Mira —indicó con el índice casi tocando la pantalla—, le ha respondido el propio MOP con un *link*.

Clicaron en el enlace y se abrió una página de fondo oscuro en la que únicamente había vídeos, con sus fechas de subida, duración y etiquetas. Todos tenían como imagen de vista previa la misma espiral blanca y negra. El último era de tres días antes y tenía por título “Arrástrate como el gusano que eres”.

—Mira los *tags*... —señaló Aníbal boquiabierto—. Obediencia, automutilación, placer a través del dolor... —se volvió hacia Julia— ¿Qué cojones es esto?

—No lo sé, pero si no lo hemos visto en los enlaces del *router* es que no quería que lo relacionaran con él. Debió de usar una VPN para camuflar su *IP* —murmuró pensativa.

—¿Qué? —preguntó Aníbal desconcertado.

Julia sonrió con cariño.

—Que fingió estar conectándose desde otro sitio para que no pudieran relacionarle con esta página. —Colocó el cursor sobre el símbolo de *play* de uno de los vídeos—. ¿Le doy?

Aníbal negó con la cabeza y se recostó en la silla. Aunque llevasen horas sentados se sentía exhausto.

—No —respondió estirándose—. No tengo fuerzas para más depravaciones. ¿Te importa que me vaya ya a casa y lo dejemos por hoy?

—Me parece bien —respondió ella cerrando la tapa de su ordenador—, así nos ahorramos las pesadillas de esta noche.

A Aníbal le despertó el sonido de una notificación de *WhatsApp*.

~Julia

Has visto el día que hace? Comemos en la plaza?

Se levantó de la cama, subió la persiana y observó un sol radiante que bañaba la parte trasera del jardín del chalet de su madre. Los árboles y arbustos se mecían por el viento así que imaginó que el día no sería tan cálido como parecía, pero comer con Julia bajo un cielo así de despejado a primeros de noviembre era algo que no estaba dispuesto a dejar pasar.

~Aníbal

Vale. Quedamos en media hora o así?

En el tiempo que tardó en ducharse, ella le respondió con un simple “Ok”; en lo que tardó en vestirse y conducir hasta el centro del pueblo, ella ya había llegado y le estaba esperando sentada en una silla de metal, con las gafas de sol puestas y leyendo en su *e-book* de cara al sol, como si así pudiera atesorar más calor para el invierno.

—Pareces una lagartija. —Aníbal se sentó a su lado y llamó al camarero con un gesto, que se acercó raudo y les tomó la comanda—. ¿Qué lees? —preguntó señalando el aparato que Julia había depositado sobre la mesa una vez volvieron a estar solos.

—El arte de la guerra —respondió ella recostándose en la silla, estirando los brazos y encarando de nuevo al sol. Cerró los ojos para no deslumbrarse—. Últimamente me ha dado por leer clásicos.

Aníbal no sabía mucho de clásicos ni de lectura en general, así que decidió preguntar sobre cuestiones más prácticas.

—¿Qué tal has dormido?

—Bien, aunque muy poco.

—¿Y eso?

—Ayer vi unos cuantos vídeos de MOP.

Aníbal se giró completamente hacia ella, que seguía dándole el perfil.

—¿Por qué?

Julia se encogió de hombros.

—Me costaba dormir y pensé que tú lo pasarías mal si los vieras —respondió de medio lado casi sin moverse un milímetro, con los ojos todavía cerrados.

—Gracias, pero tendrías que haberme esperado.

—No, creeme —Julia desestimó su comentario con un gesto de la mano—. Mejor si te los puedes ahorrar.

—¿Cómo eran?

—Los vi a trozos. Como los de relajación, pero si los escribiera, dirigiera y narrara Charles Manson.

Aníbal se estremeció.

—¿Qué se veía?

—Todo el rato la espiral. Al menos en los trozos que puse. —Julia por fin se giró hacia él, que se vio reflejado en sus gafas de sol—. Era la misma voz diciendo cosas con el sonido de un metrónomo de fondo.

—Cosas como...

—Cosas como que te echas cera ardiendo en un pezón mientras le das las gracias —dijo recolocando su silla para encararle—, que te arrodilles y pegues la frente al suelo cuando le escuchas o que te pongas un cinturón al cuello y lo vayas cerrando.

—Joder...

—Pero eso no me pareció lo peor... —Ella le miró muy seria a través de las gafas espejadas. Aníbal tragó saliva y asintió despacio para que ella continuara—. Los efectos de sonido parecían muy... reales.

—¿Reales?

—Todo el rato había como un zumbido fuerte pero, a veces, se oían golpes, gemidos de dolor..., cosas así.

Aníbal se volvió a imaginar a Sara con la cabeza metida en la máscara.

—¿Gente intentado hablar con la boca cubierta? —preguntó apretando fuertemente los puños.

Julia entendió perfectamente a qué se refería, pero no quiso mentirle. Le puso la mano sobre el codo y asintió.

—Lo siento.

Él negó con la cabeza.

—No te preocupes. ¿Crees que los grababa él?

—Sí, creo que por eso había un trípode en la sala oscura. Es más, creo que graba vídeos, aunque solo ponga el audio.

—¿Graba? ¿en presente?

Julia asintió.

—Debe de haber unos treinta vídeos y ya viste que el último era de hace tres días, no tiene pinta de que vaya a menos.

—Tienes razón. ¿Miraste de cuándo era el primero?

Ella acarició ligeramente el antebrazo de Aníbal.

—Lo siento mucho...

Él apretó aún más el puño derecho hasta dejarse la marca de las uñas en la palma.

—Poco después de que desapareciera Sara, ¿verdad?

Julia asintió.

—Tres días.

—¿Lo viste?

—No me atreví.

—¿Cómo se llamaba?

—¿Seguro que quieres saberlo?

—A estas alturas ya casi prefiero saberlo todo —afirmó Aníbal con tanta seguridad que se sorprendió a sí mismo.

—De acuerdo —concedió Julia—, se llamaba “Pruébame, verás cómo lo que necesitas es más”.

Aníbal resopló con fuerza y se escurrió en la silla hasta que quedó con la nuca apoyada en el respaldo. Se llevó la mano al colgante y acarició el anillo de plástico con la mirada perdida en el azul del cielo.

—Qué cabrón —masculló entre dientes—. Es lo que estaba escrito en el sótano.

—Sí —respondió Julia agradeciendo con la cabeza las cañas de cerveza que les servía el camarero en ese momento.

Aníbal observó el lento deslizarse de una solitaria nube cruzando el firmamento. Se volvió a colocar en la silla y se giró hacia Julia con la mirada resuelta.

—Tenemos que volver a hablar con el inspector Montemayor.

Capítulo 18

“Tres son un patrón”

~Cecilia

Tienes un regalo en el correo. Dos pueden ser coincidencia pero tres son un patrón.

No era la primera vez que Cecilia escribía un *WhatsApp* de trabajo a Alejandro a eso de las tres de la madrugada, pero sí la primera que el inspector lo leía al momento.

César se había desvelado, así que él había ido a tranquilizarle y a volver a dormirle antes de que Patricia también se despertase. Estaba sentado en una cómoda silla entre las dos camas de los niños, leyendo en silencio por enésima vez su viejo libro de mitología grecorromana mientras hacía tiempo para ver si alguno volvía a levantarse.

Cerró el libro y se lo colocó en el regazo.

Abrió el correo en el móvil, que únicamente contenía dos enlaces.

El primero era una noticia del periódico portugués *Diário de Notícias*.

“Estela Palmeiro —leyó, esforzándose por interpretar la traducción automática del navegador—, de 16 años de edad, desapareció ayer en el pueblo de Codesseiro sobre las cuatro de la madrugada, tras haber pasado la noche disfrutando de las fiestas con sus amigos y familiares”.

El agente dejó de leer y se fijó en la fecha de la noticia. Era del día 23 de agosto de 2017.

Sin cerrarla, clicó en el otro enlace que le había enviado Cecilia. Esta vez la noticia era de otro diario lusitano, el *Correio da Manhã*.

“Adolescente desaparecida en Viana do Castelo. Mariña Moreno, de 17 años de edad, desapareció en Póvoa de Lanhoso, un pequeño pueblo de no más de 300 habitantes, la madrugada del 22 de agosto al finalizar la celebración de las fiestas patronales”.

La noticia era de ese mismo año, el 2018.

La cabeza de Alejandro empezó a funcionar a mil por hora. Sara había sido secuestrada el día 22 de agosto de 2016 en las mismas condiciones. Las tres desapariciones tenían que estar relacionadas.

Apagó la luz, salió en silencio de la habitación y, todavía en el pequeño rellano que separaba el cuarto de sus hijos del suyo, respondió a su antigua compañera.

~Alejandro

Muchas gracias, me pongo con ello ahora mismo.

¿Crees que la Europol me podría hacer llegar los informes de los casos?

Si no puede, igual alguna excompañera bien colocada en el cuerpo podría leerlos y comentarme qué se sabe...

¿Hay alguna otra investigación abierta de desapariciones de estas características?

Inmediatamente después se preparó un café y se sentó frente a su ordenador a descargar toda la información que pudiera relacionada con las noticias. Ambas desapariciones habían tenido gran difusión en Portugal, e incluso algún periódico alarmista intentaba relacionarlas. Sobre las cinco de la mañana escribió un correo a Inés, en el que le incluía todo lo que había encontrado hasta el momento. A primera hora de la mañana, antes de salir hacia la comisaría, Cecilia ya le había respondido:

~Cecilia

Creo que sí podré hacértelos llegar.

No, ninguna otra, busqué a conciencia.

Cuando llegó a su puesto de trabajo, su compañera le esperaba en una sala de reuniones que había reservado nada más llegar para hablar sobre la información que Alejandro le había mandado.

—Esto es lo que he sacado en claro de momento. —Alejandro se apoyó sobre un mapa político de la Península Ibérica. Frente a él, Inés se atusaba la espesa trenza rojiza mientras volcaba toda su atención en su compañero—. Las tres desapariciones se produjeron el mismo día del mes, con víctimas del mismo perfil y un año exacto de diferencia entre ellas. —Inés asintió para indicarle que continuara—. La primera es Sara Guerrero, de 17 años, fue secuestrada el día 22 de agosto de 2016 a unos 60 km de Madrid. —Arrancó una chincheta de un corcho que descansaba sobre la pared y la clavó en el mapa, en la localización aproximada de Miraflores de la Sierra—. La segunda, Estela Palmeiro, de 16 años, desapareció el día 22 de agosto de 2017 en Codesseiro, un pueblo a unos 19 km de la ciudad de Guarda. —Repitió la acción. La segunda chincheta quedó clavada en el lado oeste de la frontera entre España y Portugal, más o menos a la altura de Madrid—. La tercera, Mariña Moreno, de 17 también, desapareció a unos 20 km de la ciudad de Braga, en Póvoa de Lanhoso. —Clavó una tercera chincheta en el pico nororiental de la región del mapa que representaba Portugal, justo al sur de la provincia de Pontevedra—. Los tres pueblos estaban en fiestas. La última vez que fueron vistas las tres chicas fue justo antes de volverse a casa. Creo que es sólido suponer que están relacionadas. —Su compañera volvió a asentir—. De acuerdo. Cecilia me ha dicho que va a intentar conseguir los informes de los casos. Aún así, voy a escribir a las comisarías de Guarda y Braga, a ver si los mandan de buena gana. ¿Te parece bien hacer un escrito formal que mandar a la Europol, para no dejar tirada a Ceci?

—Claro, yo me encargo.

—Bien. —Alejandro colgó el mapa en el corcho y escribió “Caso Guerrero” en un papel que pegó en la parte exterior de la puerta—. Ya tenemos espacio de trabajo. ¿Algo más?

—Sí, la secretaria me ha dado esto para nosotros. —Inés agitó un sobre en el aire—. Son los resultados de la comparación de las muestras de semen de la víctima y el ADN de Ángel Herrera.

El inspector abrió el sobre y leyó ávidamente. Era negativo. Respiró tranquilo.

—Es no coincidente. —Hizo un cilindro con los papeles y se lo guardó en el bolsillo—. Ve trayéndote los ordenadores y los teléfonos, yo voy a hablar con Morales.

El comisario aceptó por fin anular el caso contra Ángel. Alejandro llevaba días intentándolo y conformándose con que lo hubiera aplazado, pero una vez Morales tuvo los resultados del

análisis en sus manos y sabía a ciencia cierta que no había nada que relacionase a Ángel con esa casa, no le quedó más remedio que recular. No le puso de muy buen humor, así que al inspector le costó todavía más que su superior le consintiera su siguiente petición: la sala de trabajo para el caso.

Alejandro llamó al padre de Julia y Ángel para darle la noticia. Luego se encaminó al cuarto que les habían cedido y extendió sobre la mesa las fotos del sótano de la finca El Alcázar y el informe completo del forense.

—Vamos a olvidarnos de eso —señaló hacia el mapa— hasta que tengamos la documentación de los casos de Portugal. Ahora vamos a centrarnos en qué pasó en este sótano —sentenció golpeando con el dedo índice una foto de la sala tapiada—. Cuéntame todo lo que hablaste con el forense.

Inés se encaramó en la mesa y cogió una primera fotografía que mostraba la máscara de látex negro en el baúl.

—En el interior de la máscara había restos de saliva de Sara —comenzó levantando la instantánea—. La tuvo puesta. Tiene orificios para la nariz, así que no le produjo la muerte. —Entonces cogió la imagen de los grilletes—. La forma de las laceraciones de los costados indican que se produjeron con los brazos de la víctima por encima de la cabeza, mientras aún se encontraba con vida. La opción más plausible es que la encadenasen aquí. Bajo ellos se encontraron restos de sangre pero no de saliva, puede ser porque haya pasado demasiado tiempo, o porque llevara la máscara puesta en el momento. Las de los pechos son distintas, aunque presuntamente se realizaron con la misma arma blanca; un cuchillo grande. En éstas los brazos también estaban en alto, pero no sobre la cabeza.

Alejandro buscó la foto del aspa de madera.

—Se las hicieron aquí entonces —indicó agitando la fotografía.

—Eso parece, sí. De nuevo, no hay restos de saliva bajo ella, aunque sí de sangre. Menos que donde los grilletes.

—¿Cuánto habría tardado en morir desangrada?

—Con las heridas que tenía quizá una hora u hora y media.

—Entonces estuvo más tiempo en la sala, supongo.

—Sí, aunque no podemos afirmarlo. Las quemaduras de los pezones y la vagina se las hicieron con cera, también mientras estaba con vida, así que imagino que estuvo cierto tiempo antes de recibir los cortes y fue asfixiada sin llegar a desangrarse.

—¿Y la mancha negra?

—Sangre de Sara. El forense cree que fue allí donde la asfixiaron.

—¿Se sabe algo el semen?

—Aparte de que no es de Ángel, nada. No tenemos registro.

—¿Huellas?

—Solo de Sara. Parece que el sujeto llevaba guantes, porque no limpió muy a conciencia.

—¿Y en el resto de la casa?

—En la primera sala del sótano, cientos. Pero son muy antiguas, deben de ser de los ocupas anteriores. Ya las he mandado para que las analicen. El resto de la casa está limpia, aparte de algunas recientes de Julia y Aníbal.

Alejandro tomó aire.

—Pobre chica... por el trípode me imagino que lo estaría grabando.

—Sí, yo también.

Riiiiiiiing, sonó el teléfono. Alejandro presionó el botón del manos libres.

—¿Sí?

—Inspector Montemayor —era la voz de la secretaria de comisaría—, Aníbal Guerrero y Julia Herrera están aquí y quieren verle.

El agente y su compañera cruzaron una mirada de desconcierto.

—De acuerdo. —El inspector recogió de mala manera las fotos y papeles diseminados sobre la mesa—. Dígales que ahora mismo bajo a recibirles.

Capítulo 19

“Tarde y noche del 3 de noviembre de 2018”

Julia y Aníbal siguieron a Alejandro por los pasillos de la comisaría hasta llegar a la sala de reuniones con el chapucero cartel que decía “Caso Guerrero”. Una vez dentro, se presentaron a Inés y se sentaron de espaldas al corcho del que colgaba el mapa, que Julia no pudo evitar ojear.

El inspector dedicó una enorme sonrisa a Julia.

—¿Has hablado con tu padre?

Ella le miró con el ceño fruncido.

—No. ¿Qué ha pasado?

—El comisario ha anulado el juicio contra Ángel —respondió el agente—. Está libre de sospecha.

Julia soltó una carcajada de alegría, se levantó y abrazó al inspector por encima de la mesa, luego fue a hacer lo mismo con Inés, que le estrechó rápidamente la mano. La chica se giró hacia Aníbal y también le abrazó fuertemente.

—Gracias por todo —susurró.

Aníbal le respondió con un cariñoso beso en la mejilla. Alejandro carraspeó.

—Decidnos. —El inspector abrió la pantalla de su portátil para tomar notas.

Aníbal tomó la palabra.

—Hemos encontrado una página web con vídeos que creemos que se subían desde la casa. Bueno, la ha encontrado Julia.

Ambos agentes la miraron. La chica jugueteó con la coleta, todavía sonriendo pletórica.

—Fue idea suya en realidad —indicó hacia Aníbal con un gesto de la cabeza—. Se le ocurrió que Moisés podría estar ganándose la vida a través de internet.

Alejandro se inclinó sobre la mesa.

—¿Cómo sabéis lo de Moisés? —preguntó interesado.

—Con el *cratasto* —continuó Aníbal—. Conseguimos hablar con el dueño.

—Catastro —le corrigió Inés como por acto reflejo.

Los jóvenes relataron todos los pasos que habían seguido hasta encontrar la dirección web en la que podían verse los vídeos de la espiral de MOP, sin olvidar el detalle de que el primero había sido subido tres días después de la desaparición de Sara.

—¿La teleoperadora os dijo que Moisés pagaba la mensualidad desde una cuenta bancaria? —preguntó Inés.

—Sí, eso dijo —corroboró Julia.

—De acuerdo —aceptó la agente anotando el dato.

Alejandro se levantó y les ofreció la mano.

—Muchas gracias por avisarnos, vamos a ver qué encontramos pero, chicos, tenéis que dejar de hacer esto. Podéis acabar entorpeciendo la investigación. Ya hemos tenido problemas por encontrar huellas vuestras en la casa.

Julia se giró hacia Aníbal, que se miraba las manos.

—Lo sé —dijo casi murmurando—. Lo siento. Pero no puedo parar... ahora no. —El chico levantó la mirada hacia Alejandro; una mirada de resolución y pena—. Necesito saber qué le pasó a mi hermana... ¿Vosotros sabéis algo?

El inspector resopló, recogió la mano que les había tendido y cruzó una mirada con su

compañera, que negó con la cabeza.

—Por Dios, Inés. Es un chaval... necesita saberlo.

La agente se dirigió de nuevo a los jóvenes.

—¿Os importaría esperar fuera un momento, por favor?

Julia y Aníbal salieron de la sala y cerraron la puerta. Durante los cinco minutos que estuvieron en el pasillo pudieron escuchar las voces de los agentes discutiendo, aunque no entendieron lo que decían. La puerta se abrió y volvieron al interior.

—Hemos acordado contaros solo una cosa —aseguró el inspector—. No nos preguntéis nada más, ¿queda claro? —Los jóvenes asintieron—. La causa de la muerte de Sara fue falta de aire en los pulmones.

Aníbal creía que estaba preparado para lo peor, que podría afrontar cualquier información que le diera el agente. Pero esa no la entendió.

—¿La asfixiaron? —preguntó descolocado.

—Sí —afirmó Alejandro—, lo siento muchísimo.

—Y entonces... —continuó con el ceño fruncido— ¿la mancha que había en el suelo no era sangre?

Los agentes guardaron dos silencios; el de Inés fue resuelto, el de Alejandro obligado. Aníbal entendió la respuesta a la perfección.

—¡Era sangre! —Aníbal golpeó la mesa con el puño y reprimió el llanto. Miró de nuevo al inspector—. Me cago en todo. ¿La torturaron?

Esta vez ambos silencios fueron compasivos. Julia abrazó a Aníbal de medio lado para ayudarlo a contenerse. Él apretó la mandíbula, cerró los ojos, soltó dos sollozos y una única lágrima. Entonces le tendió la mano a Inés y luego a Alejandro.

—Muchas gracias por contármelo, sé que no deberíais hacerlo.

—Vosotros tampoco deberíais hacer lo que estáis haciendo —respondió Alejandro arrancando un pequeño trozo de papel de un folio cercano, apuntó algo en él, y se lo entregó a Aníbal—. Este es mi número personal, para lo que necesitéis. Pero, por favor, dejadnos hacer nuestro trabajo.

—Gracias, Alejandro —respondió el chico guardandoselo.

—Por favor, llamadme Álex.

—La torturaron, Julia. —Aníbal por fin hablaba después de haber pedido a Julia que le dejase un rato solo para poder llorar tranquilo—. A saber cuánto sufrió.

Cogió la cerveza que la chica le ofrecía y se hundió en el sofá del salón de la casa del pueblo de los padres de Julia.

Ella acababa de colgar una llamada con su hermano para felicitarle y ver cómo estaba. Se sentó al lado de Aníbal y le cogió la mano. Se alegró de que no hubiera dicho algo como “por mi culpa”.

—Ahora no pienses en eso, que tenemos cosas que hacer —comentó intentando captar su atención y alejarle del estado de tristeza al que sabía que se precipitaba. Aníbal la miró extrañado—. ¿No te has fijado en el mapa que tenían colgado?

—¿El de España?

Julia le soltó la mano y siguió hablando rápidamente.

—No era de España, era de la Península Ibérica.

—¿Y qué?

—Que en la puerta de la sala ponía “Caso Guerrero”, y estaban allí todas sus cosas. —Por la

mirada de Aníbal, Julia intuyó que seguía sin entender—. En esa sala no creo que entre nadie que no sean ellos, así que ese mapa tiene que ser importante. ¿Te fijaste dónde estaban las chinchetas?

—No, ¿por qué?

—Una estaba al norte de Madrid y dos en Portugal, cerca de la frontera.

—¿Qué crees que pueden significar? —preguntó Aníbal. Julia había conseguido despertarle la curiosidad.

—No sé exactamente —la chica, pensativa, jugueteaba con su anillo de coco—, pero se me ocurren cuatro opciones. Que la chincheta de Madrid represente dónde desapareció tu hermana, dónde la encontraron, la ubicación de la casa o la localización de la comisaría, aunque eso no tendría mucho sentido.

—Podría ser. ¿Y las de Portugal?

—No lo sé, pero dudo que signifiquen algo distinto. Vamos a buscar a ver qué encontramos —la chica colocó su ordenador sobre la mesa y lo inició.

—Igual no deberíamos, Julia. Creo que ya la hemos *liado* bastante.

—¿Liado? —preguntó ella con el ceño fruncido—. Nosotros hemos encontrado la finca y la web de los vídeos. ¿Y qué si hemos dejado un par de huellas? No sabíamos dónde estábamos. —Aníbal seguía recostado en el sofá, con la mirada triste clavada en la lata aún sin abrir—. Aunque si quieres parar, paramos.

Él negó lentamente con la cabeza. Todavía sentía el silencio que habían guardado los agentes al preguntarles si Sara había sido torturada.

Recordó la máscara y volvió a imaginarse a su hermana con ella puesta. Esta vez también se imaginó a un hombre agarrándole el cuello y lo que tuvo que sentir al no poder ver ni respirar. Apretó los dientes, cogió aire y lo expulsó lentamente.

—No, no quiero parar. Quiero seguir y encontrar a ese cabrón —miró a Julia a los ojos—. Quiero que me mire a la cara y me diga por qué cojones mi hermana murió asfixiada y torturada —se le quebró la voz, que rápidamente se convirtió en llanto—. Quiero saber quién coño era él para decidir que Sara tenía que irse ya. Quiero que me devuelva los años que me ha quitado con ella.

Aníbal dejó caer los hombros y la cabeza, derrotado y sumido en un llanto suave.

—Quiero estar con mi hermana.

Julia le abrazó hasta que se tranquilizó. Él la separó cariñosamente y le miró a los ojos.

—Muchísimas gracias por preocuparte tanto por mí.

Aunque la luz de la habitación era tenue, Julia se fijó en que los ojos enrojecidos de Aníbal estaban tan verdes como cuando les daba directamente el sol. La pupila completamente negra, fijada en ella. Comprendió que era el hombre más fiel y honesto que conocía y que nunca volvería a fallar a un ser querido. Necesitó que la abrazara. Necesitó sentir esa seguridad de que a ella tampoco iba a fallarle. Le miró a los labios. Necesitó sentirle.

Julia le besó.

Aníbal se sorprendió, aunque había pensado en ese momento cientos de veces a lo largo de toda su vida. La estrechó en un abrazo con la fuerza de casi tres años sin abrazar a nadie de corazón, con la fuerza de saber que era ella quien más le había ayudado en los momentos difíciles... de saber que era la persona que más se preocupaba por él.

Atrajo la cintura de ella firmemente a la suya.

La besó con la fuerza de llevar deseándolo una vida entera.

Capítulo 20

“Pruébame, verás cómo lo que necesitas es más”

—¿Has visto esta bazofia? —Alejandro sostenía en la mano los documentos que habían llegado desde la Europol a primera hora de la mañana.

—No, ¿qué es? —Inés entró en la sala del caso con dos cafés y se sentó en su puesto.

—Los informes de desaparición de las chicas portuguesas.

La agente entregó una de las bebidas a su compañero.

—¿Algo interesante?

—Tienen menos de lo que teníamos de Sara. Al menos sabemos dónde estaba ella cuando desapareció. Los he copiado y pegado en el traductor por si no había entendido bien algo del inglés, pero me he quedado igual. El de Estela Palmeiro son dos páginas que dicen poco más que desapareció, cito textualmente, “a eso de las tres”, y que su vivienda estaba a 10 km de Codesseiro. Con Mariña Moreno se han esforzado un poco más, al menos indican las fuentes. El grupo de amigos se separó sobre las 3:45 en Póvoa de Lanhoso, y todos la vieron alejarse. Ambas estaban borrachas y no se ha encontrado el móvil de ninguna. He tenido que mirar yo qué día de la semana fueron. Martes y miércoles.

—Los dos pueblos estaban en fiestas cuando desaparecieron, ¿verdad? —preguntó Inés vaciando el contenido de un sobre de azúcar moreno en su vaso.

—Sí —afirmó el inspector.

—Pues por lo menos tenemos una manera de operar del sujeto. Parece que espera a que una chica borracha se separe del grupo antes de quitarle el móvil y secuestrarla. ¿Crees que lo hará por la fuerza?

El agente reflexionó soplando su bebida.

—Visto lo que le hizo después a Sara —respondió por fin—, no creo que se ande con rodeos.

—Igual sí —le contradijo Inés—. Muchas chicas llevan el móvil preparado para llamar cuando se quedan solas. Si va por las malas, tendríamos una última llamada.

—Podría ser. ¿Cómo crees que consigue que dejen el teléfono?

—Eso no lo sé —la agente apuntó “¿Cómo atrae a las víctimas?” en un *post-it* que pegó en el tablón junto al mapa.

—¿Has hablado con la teleoperadora? —preguntó el inspector.

—Sí, el comisario me ha extendido una orden y he conseguido el número de cuenta bancaria.

—¿Y?

—Nuestro gozo en un pozo —Inés sacó un papel doblado del bolsillo y se lo entregó a Alejandro.

El agente se fijó en las dos primeras letras del IBAN de la cuenta: “HU”.

—¿HU? ¿De dónde es esta cuenta?

—Hungría —respondió rápidamente su compañera—. Vamos a tener difícil el acceso.

—¿Has hablado con el comisario?

—Sí, pero me ha dicho que la relación con el caso es demasiado débil como para meternos en una orden internacional con un banco. Va a pedir que se investigue, pero no lo ve muy claro.

—Esperemos que haya suerte. Necesitamos saber a qué se dedica. —Alejandro escribió “¿Trabajo?” en una nueva nota que colocó en el corcho. Se volvió a sentar y giró su portátil sobre la mesa para que ambos pudieran observar la pantalla. En ella se mostraba la página de

vídeos que habían encontrado Julia y Aníbal—. Vamos a ver si esto está relacionado con las desapariciones.

Los agentes pasaron el día visualizando algunos vídeos de la web a trozos y tomando notas sobre momentos en los que la voz decía frases que les llamaban la atención o en los que se escuchaban sonidos preocupantes.

—Está claro que es una página para depravados sexuales —Alejandro se desperezó y se atusó la poblada barba—, pero no tiene por qué tener ninguna relación con las desapariciones.

—El primer vídeo es de tres días después de que desapareciera Sara y se llama como la frase que había en el sótano. —Inés le dedicó una mirada inquisitiva por encima de las gafas—. Yo le dedicaría algo más de tiempo.

—De acuerdo —el inspector se encogió de hombros—, ¿qué quieres hacer ahora?

—Pues, como hemos supuesto que las desapariciones en Portugal están relacionadas con la de Sara, ¿y si miramos si hay algún vídeo en esas fechas?

El agente asintió.

—Me parece buen plan. —Buscó en la página “2017” y clicó el *enter* hasta que llegó a un vídeo subido el 25 de agosto de 2017—. “Ritual de miseria” —leyó el título en alto—. Es de tres días después de que desapareciera Estela.

—Busca ahora de agosto de 2018.

Un vídeo había sido subido el día 25 de agosto de 2018. Se llamaba “Te voy a oír gritar”.

—Tres días después de que desapareciera Mariña —aclaró Alejandro—. Dos pueden ser coincidencia —citó a Cecilia— pero tres son un patrón.

La tarde estaba cayendo rápidamente, y Marta ya había llamado un par de veces al inspector para recordarle que tenía “una cena que preparar y un par de demonios a los que bañar” además de que “te echamos de menos”, así que decidieron dejarlo hasta el día siguiente. Inés escribió en un trozo de papel “Relación vídeos-desapariciones” y lo clavó en el corcho con una chincheta antes de salir de la comisaría.

El día 31 de octubre Alejandro llegó al trabajo tarde, cansado y ojeroso. Había pasado la noche escuchando otra vez los audios de los primeros vídeos mientras daba de cenar, ponía a dormir y cambiaba a los mellizos repetidas veces a lo largo de la noche.

—Tienes una pinta horrible —Inés tampoco parecía muy descansada.

—Es mi disfraz de *Halloween* —bromeó él—, voy de padre con insomnio que lleva diez horas escuchando depravaciones en sus cascos.

—¿Estuviste con los vídeos?

—Sí. —Alejandro se dejó caer en la silla—. Y creo que he encontrado algo. Mira. —Extendió sobre la mesa un papel que había doblado en cuatro en el que se veían los títulos de los primeros vídeos y al lado un par de anotaciones sobre cada uno—. Todos empiezan más o menos igual, relajando al oyente hasta que en cierto punto dice que ya no se puede mover, pero generalmente acaban distinto. Este primero, “Pruébame, verás cómo lo que necesitas es más”, acaba dejando llegar al clímax sexual al que lo escuche cuando quiera. Al final del segundo —el agente señaló el título que decía “El primer día de tu nueva vida”—, exige un mes entero de castidad. El tercero se llama “A mis pies”, y se lo pasa prácticamente entero repitiendo que él es quien está al mando. En el cuarto —señaló el título “Demuéstrame lo que eres capaz de hacer”—, manda al que lo escuche hacer ciertas cosas antes de poder alcanzar el clímax.

Inés se masajeó el puente de la nariz con el pulgar y el índice bajo la montura de las gafas.

—¿Qué tipo de cosas?

—En este creo que era echarse cera caliente. —Alejandro quitó importancia al contenido con un gesto de la mano—. Pero eso es lo de menos, lo interesante viene en el siguiente. —Giró el papel para que Inés lo leyera fácilmente y golpeó con el dedo sobre el texto reiteradamente—. Se llama “Obedece a tu amo”, en este vuelve a dejar al que lo escucha acabar cuando quiera. Luego vienen otros tres en los que pide castidad, se pone al mando, exige que el oyente le obedezca y, el noveno, “Dedicado a cómo te follo”, que deja otra vez libertad al final. —Su compañera le miraba sorprendida a través de las gafas—. No me ha dado tiempo a escuchar más, pero me juego una mano a que van a seguir el mismo ciclo de cuatro.

Inés se levantó de sopetón de la silla.

—¿Has mirado de qué tipo son los de agosto del 2017 y del 2018?

—No se me ha ocurrido.

—Vamos a ver.

Entraron en la página y fueron apuntando cada nombre de vídeo con una indicación al lado en función del tipo del que fuera: “libre”, “castidad”, “autoridad” u “obediencia”. Tanto el de agosto de 2017, “Ritual de miseria” como el de agosto de 2018, “Te voy a oír gritar”, eran del mismo tipo que el primero.

Inés se ajustó las gafas y apoyó ambas manos sobre la mesa, con una mirada completamente resuelta.

—Yo anoche también estuve mirando la página.

—¿Notaste algo?

—Sí —la agente navegó al inicio de la página web hasta llegar al vídeo del 25 de agosto de 2016—. Y creo que te va a gustar. —Señaló la fecha de subida del primer vídeo—. Primero, de tipo “libre”, se subió el 25 de agosto de 2016 a las 20:38. —Con la rueda del ratón, navegó por la página mientras indicaba a Alejandro los momentos de subida de los siguientes vídeos—. El segundo es del 18 de septiembre a las 14:37, el tercero del 20 de octubre a las 17:46, el cuarto del 22 de noviembre a las 10:14. Pero mira el quinto, el siguiente de tipo “libre” —la agente paró el movimiento de la pantalla y señaló con el dedo— 25 de diciembre a las 20:38.

Alejandro empezó a acariciarse la barba.

—¿Esto pasa con todos? —preguntó. Su compañera le miró a los ojos y asintió lentamente dos veces—. ¿Cada vídeo de tipo “libre” se subió un día 25 a las 20:38?

—Sí. Todos ellos. A las 20:38 justas.

Alejandro se apresuró a abrir un cajón y rebuscar entre las fotos de la casa, hasta que encontró las tres que quería enseñar a Inés. Mostraban tres relojes de agujas distintos marcando casi las 8:40.

—Pensaba que habría sido alguien que se había colado.

Inés estudió las imágenes concienzudamente.

—No parece. Este tío tiene algo con las 20:38 —la agente escribió un nuevo *post-it* que decía simplemente “¿20:38?” y lo pegó junto a los otros tres. Se quedó frente al corcho con los brazos en jarras—. Se nos acumulan las preguntas.

—Sí. —El agente escribió en un trozo de papel “25 del mes” y lo clavó con una chincheta—. Y más que nos falta por saber. ¿Por dónde empezamos?

Inés reflexionó paseándose frente al corcho. Arrancó la nota que acaba de colgar Alejandro y la sujetó entre dos dedos.

—Por aquí. Ya hemos relacionado los tres vídeos subidos un 25 de agosto con tres víctimas. Está claro que esa fecha es importante para él.

Cogió un bolígrafo y se sentó frente al papel con los títulos de los vídeos. Copió de la página web las fechas y horas de subida de cada uno al lado del tipo que habían asignado y, en una nueva columna a la derecha de la fecha en la línea correspondiente al vídeo del 25 de agosto de 2016, escribió “Sara Guerrero – Miraflores de la Sierra – Madrid”. Luego, en el de agosto de 2017, escribió “Estela Palmeiro – Codesseiro – Guarda”. Para finalizar marcó el del mismo mes del año 2018 con “Mariña Moreno – Póvoa de Lanhoso – Braga”.

Se lo mostró a Alejandro, que los subrayó en amarillo fosforito.

—Vale, ahora tenemos que ver qué pudo pasar con estos —Inés redondeó los que habían sido subidos un 25 a las 20:38 que no estuvieran subrayados: el de diciembre de 2016, el de abril de 2017, el de diciembre de 2017 y el de abril de 2018—. ¿Por qué son especiales?

Alejandro pensaba haciéndose pequeños rizos en la barba con los dedos.

—¿Crees que pudo secuestrar a alguien también en esas fechas? —preguntó sin levantar si quiera la vista del papel.

—No. Lo sabríamos. Los casos de adolescentes son muy sonados.

El inspector levantó la mirada hacia su compañera.

—No he dicho adolescentes.

—¿Cómo?

—Si graba en vídeo a las víctimas y para la página web solamente usa el audio... ¿Qué necesidad hay de que sean chicas jóvenes? Sus desapariciones son mucho más mediáticas y se investigan más profundamente. Si tú hicieras estos vídeos... ¿Qué tipo de víctima seleccionarías?

Inés reflexionó unos instantes.

—Gente que no tenga a nadie. Sin techo, probablemente.

Alejandro asintió.

—Yo también.

—No te precipites —contestó ella dedicándole una mirada severa—. ¿Por qué iba a haber secuestrado a alguien?

—No lo sé, es una suposición.

—¿Y por qué no a jóvenes en otros países? Hubo dos en Portugal, la cuenta es Húngara...

—Le pregunté a Cecilia. Me dijo que no había más desapariciones de esas características.

La búsqueda en el archivo para desapariciones denunciadas en diciembre de 2016 que seguían abiertas no fue especialmente complicada. Sólo había dos. Ambas eran mujeres sin techo. Una la había reportado un vecino de un bloque de Barcelona el día 3, porque llevaba días sin ver a la anciana que dormía habitualmente en el cajero de enfrente. Alejandro e Inés la deshecharon porque supusieron que la desaparición se habría realizado a finales del mes de diciembre.

La segunda que encontraron había sido reportada el día 25 de diciembre por el sacerdote de Casasola, un pueblo a 15.5 km de Ávila. Irina Buzyak, una mujer ucraniana de 45 años que habitualmente pedía en la parroquia y dormía en las cercanías. El clérigo se decidió a denunciar su desaparición después de que la mujer no acudiera a la cena ni a la comida benéficas que daba en el templo los días 24 y 25.

—¿Podría ser esta? —Inés alcanzó el folio para apuntar el nombre con el bolígrafo.

—Encaja, pero apúntalo a lápiz. Estamos suponiendo demasiado.

La agente escribió al lado del vídeo del 25 de diciembre de 2016 titulado “Obedece a tu amo” el nombre y lugar de desaparición de la mujer: “Irina Buzyak – Casasola – Ávila”. El agente se levantó y clavó una chincheta sobre la ubicación aproximada del pueblo en el mapa de la

península.

Realizaron una nueva búsqueda para abril de 2017 y, de nuevo, encontraron una desaparición abierta reportada alrededor del día 25. Era una mujer que vivía sola en Parada de Arriba a unos 15 km de Salamanca. La desaparición fue denunciada por el hombre que llevaba el pan todas las mañanas al pueblo por llevar días sin verla. La mujer se llamaba Leonor García, de 72 años, sin familia.

De nuevo, apuntaron los datos en el folio y colocaron otra chincheta en la ubicación. Ambos se quedaron en pie frente al mapa.

—Parece casi un camino —indicó la agente señalando consecutivamente con el dedo las provincias de Madrid, Ávila, Salamanca y, finalmente, Guarda, la primera provincia portuguesa que colindaba con Salamanca.

—Lo parece, sí —concedió el inspector—. Pero no nos emocionemos. Estamos cogiendo las cosas con pinzas. Vamos a desconectar un poco mañana y volvemos el viernes a ver qué encontramos.

Capítulo 21

“El camino”

Cuando Alejandro llegó a la sala de trabajo, se encontró a Inés en pie frente al corcho de la investigación, completamente concentrada.

—Buenos días.

La agente se sobresaltó al oír la voz de su compañero.

—Vaya susto. Buenos días.

Alejandro se fijó entonces en el mapa. Inés había colocado un par de chinchetas más en la zona que representaba Portugal. El inspector dejó lentamente el fajo de papeles que llevaba sobre la mesa y se acercó a la agente con la mirada clavada en el plano.

Las zonas que representaban las provincias lusitanas de Viseu y Vila Real estaban marcadas, así que la línea que habían advertido el miércoles anterior y que unía la provincia de Madrid con la de Guarda, ahora continuaba hasta la última chincheta que antes estaba aislada cerca de la frontera noroeste de Portugal, en Braga.

Alejandro miró a Inés con la boca abierta.

—No he podido resistirme —se justificó ella—. He venido pronto y me he puesto a buscar en la base europea de desapariciones a ver si había alguna abierta en Portugal para diciembre de 2017 y abril de 2018 —indicó el mapa con un gesto de la mano—. Adivina lo que he encontrado.

Alejandro se apoyó en el borde de la mesa, con la mirada todavía fija en el nuevo camino que unía la ubicación en la que había desaparecido Sara con la de Mariña, la adolescente desaparecida el 22 de agosto de 2018.

—Has encontrado mujeres sin allegados que fueron reportadas desaparecidas en pueblos cercanos a la capital un día cercano al 25 del mes. —El inspector también había estado reflexionando sobre el tema en su día libre.

—Sí. —Su compañera le entregó un primer informe—. La que desapareció en Viseu se llama Renata Almeida, de 42 años. Vivía en Torredeita, un pueblo a 12 km de la ciudad de Viseu. — Señaló la nueva chincheta que había colocado en la zona colindante con Guarda—. Reportaron su desaparición el 23 de diciembre de 2017. —Inés le entregó un segundo informe—. Izabel Delgado tenía 59 años. Desapareció en Sabrosa, que está a 21 km de Vila Real —señaló la siguiente chincheta, que marcaba la provincia que se encontraba entre Viseu y Braga, en la que desapareció Mariña—, el día 24 de abril de este año.

—¿Cómo de fiable crees que es esto?

—No hay ni un solo caso más abierto en toda Europa esos meses que se parezcan a los de Ávila y Salamanca.

—Eso no quiere decir que hayamos usado una base sólida sobre la que razonar.

—Lo sé. Pero míralo bien —Inés extendió sobre la mesa los 7 informes de desapariciones cronológicamente, desde el de Sara hasta el de Mariña y, al lado, colocó la hoja de los títulos de los vídeos, en los que ahora había realizado dos nuevas anotaciones a lápiz; junto al vídeo del 25 de diciembre de 2017 a las 20:38, titulado “Desmoronándote”, había escrito “Renata Alemida – Torredeita – Viseu” y, a la derecha del título “Tu fuente de autodestrucción”, el vídeo del 25 de abril de 2018 subido a las 20:38, “Izabel Delgado – Sabrosa – Vila Real”—. ¿No te parece que aquí hay algo?

Alejandro se mesó la barba, se paseó releiendo los informes de desaparición uno por uno.

Finalmente, cogió la hoja y la clavó en el corcho junto al mapa. Se separó y lo observó durante un rato.

—Sí. Aquí hay algo.

—Eso creo yo. ¿Qué hacemos?

—Tenemos que poner todo esto bonito para presentárselo al comisario. Si conseguimos que nos dé luz verde, nos metemos en un jardín muy gordo. También hay que pensar qué le vamos a pedir exactamente y hacer una tormenta de ideas de cosas que nos pueda preguntar.

Al final del día ya tenían preparada una hoja de *Excel* que recopilaba la información de los vídeos y las víctimas, habían numerado los documentos, las fotos de la casa y el mapa, y tenían un *PowerPoint* explicativo que presentar a su superior.

—Ahora lo difícil. —Cuando los últimos rayos del atardecer dejaron de colarse por el estrecho ventanuco de la sala, Alejandro guardó todos los ficheros en un *pen-drive*—. ¿Qué le vamos a pedir?

Inés se colocó junto al corcho y recorrió la línea de chinchetas con el lápiz. Cuando llegó a la última, marcó con una equis cada una de las provincias colindantes. Primero Porto, después Viana do Castelo y, finalmente, Orense.

—Suponemos que sobre el 21 o 22 de diciembre va a secuestrar a una mujer en una de estas zonas pero, ¿en cuál?

Alejandro se levantó con un bolígrafo en la mano e inscribió en un círculo la marca que Inés había realizado en Orense.

—Si tuviera que apostar, diría que vuelve a España. Ya leí noticias que intentaban relacionar las desapariciones de Estela Palmeiro y de Mariña Moreno.

—Pero aquí acabamos de encontrar el cuerpo de Sara. ¿Crees que se arriesgará a volver con la investigación reabierta?

—No, tienes razón. —El agente se sentó y reflexionó tamborileando con el bolígrafo en el borde de la mesa—. Podríamos intentar forzarle.

—¿Cómo?

—Salimos en televisión y hacemos ver que estamos perdidos. Decimos que creemos que Sara murió de sobredosis y que se había colado en la finca con algún camello de la zona. Que piense que buscamos temas de drogas.

Inés se quitó la goma que sujetaba la punta de su espesa trenza rojiza con la mirada clavada en el bolígrafo del inspector. Jugueteó con ella y se volvió a colocar.

—Podría funcionar, sí —respondió al fin—. Entonces supongamos que el sujeto vuelve a Orense... ¿Y ahora, qué?

—¿Cuántos pueblos hay en un radio de 25 km de Orense ciudad?

Inés realizó una rápida búsqueda en *Maps*.

—Más de los que nos gustaría. Hay que afinar el tiro como sea. —La agente rellenó dos nuevos post-its que pegar en el corcho, en los que escribió “¿Cómo elige dónde?” y “¿Cómo se mueve?”.

A media tarde del miércoles siguiente Alejandro e Inés todavía estaban revisando documentos y mapas. Habían empezado valorando que el sujeto se moviese en camión y se dedicara al reparto, que tuviera una furgoneta habilitada para el *camping* o que viviera cada cuatro meses en un lugar

distinto. La última opción era la que más plausible les resultaba, porque el sujeto necesitaría un lugar donde grabar a las víctimas y con buena conexión para subir los vídeos a internet, pero no querían descartar otras opciones.

Alejandro cerró la última transcripción de la última declaración sobre la desaparición de Sara que le quedaba por leer. Ya no había nada más que repasar.

—No se me ocurre nada con lo que tenemos —el agente se levantó, arrancó la nota que decía “¿Cómo elige dónde?” y se la mostró a su compañera—. ¿Cómo coño elige dónde secuestrar?

—No lo sé. Igual es con algo que no tenemos —lanzó la afirmación al aire sin pensar, concentrada como estaba en uno de los siete mapas de las provincias, en los que habían marcado la capital y el pueblo de la desaparición.

—¿Y qué no tenemos? —murmuró el agente para sí mismo.

Después de un rato masajeándose la barba, se sentó junto a su compañera y apartó de mala manera los planos que ella estaba revisando. Inés le miró a través del cristal de las gafas para quejarse, pero la resolución en la mirada de su compañero evitó que lo hiciera.

—Necesito que me sigas en este razonamiento y me digas si tiene sentido —indicó él—. ¿Sabes qué no tenemos? Lo mismo que no teníamos antes de que Aníbal y Julia se pusieran a investigar: el vídeo del perro —Alejandro se levantó y empezó a caminar por la habitación—. El tío tiene perro. No puede vivir en cualquier sitio. Tiene que ser un *camping*, o alguna casa en la que acepten mascotas. Tenemos que llamar a todos los *cámpings* de las zonas de las desapariciones y preguntar si hubo algún Moisés viviendo allí con un pitbull en las fechas de los incidentes.

—No tiene por qué ser Moisés.

—¿Cómo?

—Ya dio un nombre falso a su casero, ¿por qué no iba a utilizar otros distintos en donde se aloje?

—Tienes razón. Vamos a ponernos con ello.

Llamaron a todos los *campings* cercanos a las ciudades en las que había habido alguna desaparición. La mayoría de ellos no estaban abiertos en temporada baja y, el único que encontraron que sí que lo estaba, no había acogido a ningún campista que tuviera un pitbull en las fechas de la desaparición.

—Esto solo nos deja la opción del alquiler de la casa —el agente tachó la palabra “*Camping*” que habían escrito en el post-it “¿Cómo se mueve?”—. Si tuvieras que buscar una casa distinta cada cuatro meses. ¿Cómo lo harías?

Inés se encogió de hombros.

—Con algún portal web. Idealiza, VuelaCnD... algo de eso.

—Y yo. —Alejandro escribió la palabra “vivienda” en la misma nota—. Y esperemos que el sujeto también. —Volvió a pegar el *post-it* en el corcho y se encaramó sobre la mesa frente a su compañera—. Eso es lo que vamos a pedirle al comisario, que nos consiga acceso a las bases de datos de Idealiza, VuelaCnD, y cualquier aplicación con la que el sujeto pueda buscar y alquilar casas.

Inés resopló.

—Sabes que nos va a decir que no. Una cosa es conseguir que acepte que todas estas desapariciones están relacionadas con los vídeos —señaló el mapa que colgaba lleno de marcas de lápiz y chinchetas—, que ya va a ser difícil, pero que nos consiga una orden judicial basada en que creemos que el sujeto alquila casas, va a ser imposible.

Alejandro asintió varias veces.

—Pero tenemos que intentarlo. Si no —una sonrisa se atisbó entre el espeso pelo castaño que le cubría la parte inferior de la cara—, se me ocurre la persona perfecta para conseguir las por otros métodos.

Capítulo 22

“2”

En cuanto hubo decorado el salón, Diana empezó a desordenarlo y ensuciarlo, no quería que pareciese un catálogo de Ikea. El baño, la habitación y la cocina daban exactamente igual, así que dejó las cajas sin desembalar. La segunda prioridad era el internet. Como no iba a tener fibra hasta unos días más tarde, insertó en el portátil el *pen-drive* que le permitiría conectarse. Abrió la *webcam* y, con un cable alargador de USB, la colocó en la balda media de la impoluta estantería nueva.

Encendió el ordenador, buscó en el historial del navegador y entró en la sala de *chat* privada que se le había proporcionado para pasar las pruebas. Clicó en el botón que mostraba una cámara con ondas alrededor y al instante pudo verse en una resolución sorprendentemente alta.

No hubo respuesta.

Decidió desempaquetar las cajas de la cocina acercándose de vez en cuando, pero seguía sin recibir ningún mensaje.

Se sentó en el sofá pensando qué se esperaba de ella. Su interlocutor, “Anónimo”, aparecía en línea. De repente se le ocurrió. Tenía que demostrar que ahora vivía para él.

Escribió: “Necesito más”, y se arrodilló frente a la cámara.

Al cabo de unos minutos, una notificación del chat hizo que volviera frente a la pantalla. El mensaje decía “Tercera prueba:” acompañado de un enlace a un vídeo. Lo clicó y se abrió una ventana en negro. Diana se arrodilló frente a la pantalla, sabía que la estaba viendo.

Tic... tac, tac, tac...

Apareció una espiral blanca que giró durante unas cuantas oscilaciones del metrónomo. Luego, esa voz que tanto conocía comenzó a dar indicaciones:

—En cada *tic*, inhalas por la nariz. En los *tacs*, exhalas por la boca. Inhala...—*tic*—, exhala —*tac*— uno, —*tac*— dos, —*tac*— tres. Sigue así, ahora el metrónomo controla tu respiración. Vuelca tu atención en el centro de la espiral, deja que el resto se vuelva borroso. —Durante un par de minutos Diana luchó contra la sensación de relajación que crecía en su interior pero, poco a poco, el sonido periódico, la respiración pesada y el giro lento de la espiral empezaron a sumirla en un sopor cálido—. Bien, ahora la espiral controla tu vista. Voy a empezar a controlar tu cuerpo y después, tu mente.

Un escalofrío de miedo sacudió a Diana cuando intentó imaginarse qué tendría que hacer esta vez. Quiso chillar, pero se controló. Ya poco importaba, su pensamiento racional se apagaba lentamente.

Capítulo 23

“8 y 20 de noviembre de 2018”

Aníbal se despertó sobre las 11 de la mañana del 8 de noviembre todavía abrazado a Julia. Llevaban casi una semana viviendo juntos en la casa del pueblo de los padres de ella, dedicando más tiempo a seguir el consejo que le había dado su tía de disfrutar del tiempo juntos que a investigar los vídeos. Al igual que Alejandro e Inés, habían visto todos los vídeos y encontrado la relación de grupos de cuatro. También advirtieron la repetición de subida el día 25 de mes a las 20:38 del primero de cada ciclo y, gracias a la atención que puso Julia en el mapa de la comisaría, hasta habían encontrado las noticias de las desapariciones de Estela Palmeiro y Mariña Moreno.

Se quedó un rato observando a Julia dormir con la firme intención de recordar cada detalle de ese momento. Inspiró. El pelo le olía a su champú de coco. Sonrió y volvió a besarle la cabeza. Ella se despertó también sonriendo.

—Buenos días —le susurró Aníbal.

—Buenos días. —Julia se estiró.

—¿Cómo has dormido?

—Nunca había dormido así.

—Ni yo. —Aníbal la besó en los labios—. ¿Sabes? Llevaba años preguntándome cómo sería.

—¿Cómo sería qué? —Julia se giró para mirarle.

—Esto, despertarme a tu lado. Bueno —el chico se sonrojó y desestimó su propio comentario agitando la mano—, no todo el rato, pero me lo he imaginado varias veces.

—Yo también.

—¿Sí?

—Sí, sobre todo cuando pasábamos más tiempo juntos.

—Pensaba que me veías como a un primo.

—Y yo que tú me veías como una prima.

—No me lo puedo creer. —Aníbal se giró para mirarla a ella también—. Seguro que en la adolescencia se me notó alguna vez.

—Seguro, porque los chicos no sois muy discretos a los dieciséis, pero yo no me di cuenta. Aunque aquel año que fuimos a ver las Perseidas pensaba que me ibas a besar.

—¿El que subimos solos al monte a verlas?

—Sí.

—¿Te habrías besado conmigo esa noche?

Julia soltó una sonora carcajada.

—¿De verdad creías que no? ¡Si nos fuimos solos a ver estrellas fugaces!

—Pues tenía muchísimas ganas... ¿Y en San Juan?

—¿El de la hoguera en el campo del *Cuco*?

—Sí.

—Hombre, claro. Ahí a la que se le notó fue a mí, que te hice subir conmigo al peñasco para ver las hogueras del pueblo, ¿te acuerdas?

—Como para no, estaba hecho un flan. Pensaba que había sido yo quien propuso subir.

Julia sonrió y le dio una cariñosa palmada en el pecho.

—Pues no, llevaba planeándolo dos días.

—¿Y por qué no te lanzaste?
—Pensaba que no querías.
Él la abrazó y le besó en la cabeza.
—Somos idiotas.
Ella levantó la cara y le besó los labios.
—Un poco sí.
Aníbal le acarició desde la oreja hasta la barbilla con el dorso de los dedos.
—Muchas gracias otra vez, por todo.
—Déjalo ya, pesado. —Ella le besó la mejilla.
—No puedo. Siempre estás pendiente de no hacerme daño, de alegrarme si estoy triste, de ayudarme...
—Bueno —ella le dio otra palmada cariñosa en el pecho—, es que tú solo no sabes.
Él sonrió.
—Tienes razón.
Julia buscó su camiseta con la mirada.
—¿Quieres autocompadecerte un rato más o seguimos buscando a MOP?
—¿Ahora?
Él le acarició el pelo, luego el brazo hasta el codo y el costado hasta la cadera.
—Ahora estás demasiado guapa para eso.
La envolvió con la mano, la atrajo hacia sí y la besó con la misma intensidad que la primera vez.

Julia entró en el salón después de ducharse, envuelta en una toalla y con el pelo todavía mojado. Aníbal estaba sentado en el sofá, mirando obnubilado el telediario de mediodía. Sin despegar la vista del televisor, indicó a Julia que se sentara a su lado.

—Tienes que ver esto.

Julia se quedó de pie secándose el pelo con la toalla.

En la pantalla se podía ver al inspector Montemayor frente a un atril plagado de micrófonos. En la parte inferior de la imagen, un titular decía “Últimas noticias sobre el caso Guerrero” y el subtítulo “El inspector al cargo de la investigación ha declarado a primera hora de la mañana”.

—Sara Guerrero —oyeron decir a Alejandro a través del aparato— desapareció la madrugada del 22 de agosto de 2016 y su cadáver fue desenterrado en una finca deshabitada cercana al pueblo de Canencia el pasado 18 de octubre. Después de haber realizado las pruebas pertinentes, hemos concluido que la causa de la muerte fue asfixia y que podría haber sido causada por un alto consumo de sustancias estupefacientes. Tenemos abierta una línea de investigación centrada en la búsqueda de distribuidores de estupefacientes que actuaran en la zona durante el verano de la desaparición y conocieran de la existencia de la finca. Sintiéndolo mucho, no habrá preguntas.

La imagen cambió al presentador del noticiario, que empezó a comentar las declaraciones del inspector.

—¿Por qué dice eso? —Aníbal se giró hacia Julia con una mueca entre la incomprensión y el enfado.

—No tengo ni idea. Es posible que no hayan encontrado la relación entre los vídeos y las desapariciones de las chicas portuguesas. ¿Crees que deberíamos llamarle?

Aníbal asintió.

—Mi hermana no se drogaba, y no tiene por qué pensarlo toda España. —Se incorporó a alcanzar el teléfono, que empezó a vibrar en ese mismo instante. El chico ojeó la pantalla y se la

mostró a Julia—. Me está llamando él a mí.

—Cógeselo.

Aníbal pulsó el botón verde del aparato.

—¿Sí?

—Hola Aníbal, soy Álex. ¿Has visto las declaraciones?

—Sí, ¿a qué viene eso?

—Lo siento, tenía que hacerlo. Espero poder contarte en algún momento el por qué. ¿Estás con Julia?

—Sí.

—Ponme con ella por favor.

Aníbal tapó la parte inferior de su móvil y lo acercó hacia la chica.

—Quiere hablar contigo —le comentó extrañado.

Ella, sorprendida, cogió el aparato y se lo colocó en la oreja.

—¿Sí?

—Hola Julia, soy Álex. Necesito saber si eres capaz de conseguir bases de datos de empresas privadas.

—¿Cómo? —Julia empezó a pasear por la habitación.

—Tienes que entender que lo que voy a contarte es completamente confidencial y extraoficial. ¿Lo tienes claro?

—Sí, aunque... ¿a Aníbal puedo contárselo?

—De acuerdo —concedió el inspector a regañadientes—, pero a nadie más. Tenemos razones para pensar que el sujeto está alquilando una casa diferente cada cuatro meses. Desgraciadamente, el comisario considera que no son razones de suficiente peso como para emitir una orden para que los portales de alquileres nos entreguen sus bases de datos, ni siquiera para poner a trabajar a un informático del cuerpo en sacar información de ellos.

—Lo entiendo, claro. Los datos de las web son privados, aunque pudieseis sacar algo de ellos, no tendrían ninguna validez legal.

—Exactamente, pero puede haber información relevante para el caso. Ahí es donde entras tú, si estás dispuesta a ayudarnos. Entiendo que no habéis dejado de investigar por vuestra cuenta, ¿no? —Julia guardó silencio—. Me lo tomo como un sí. Prefería no tener que pedírtelo, pero conoces el caso y puedes fijarte en detalles que a cualquier otro informático se le pasarían. ¿Crees que podrías mandarme cierta información de portales como Idealiza o VuelaCnD?

Julia empezó a jugar con un mechón de pelo húmedo.

—Depende de lo que necesites. Tendría que saber qué estamos buscando.

Aníbal levantó los hombros y las manos en un gesto interrogativo, Julia hizo un par de círculos en horizontal con el índice para indicarle que luego le contaba.

Alejandro le relató la información que creía necesaria que supiera la chica: los nombres y fechas de cada ciudad en la que creían que podría haber estado el sujeto, la necesidad de acomodarse en un lugar que admitiera mascotas, que tuviera un espacio parecido al de la finca El Alcázar en el que grabar un vídeo y el radio de aproximadamente 20 km en el que suponían que operaba.

—Entonces —una vez hubo terminado de apuntar todo lo que le dictaba el inspector, Julia retomó la conversación—, ¿creéis que el caso de Sara está relacionado con las desapariciones de las chicas portuguesas?

El agente guardó un par de segundos de silencio.

—¿Cómo habéis...? Bueno, da igual. Prefiero no decirte nada que no sea estrictamente

necesario para la búsqueda que tienes que hacer. Apunta mi número por si tienes cualquier duda.

—De acuerdo.

—Muchas gracias, Julia.

—Para eso estamos.

La chica colgó la llamada, le devolvió el aparato a Aníbal y le relató lo que el inspector le había pedido. Luego fue a vestirse y volvió al salón.

—Entonces —comentó Aníbal frente a la hoja que había apuntado ella con la información que le había dictado el agente en la llamada—, tenemos una lista de ciudades y fechas y hay que buscar... ¿Qué?

—Dónde pudo estar viviendo MOP.

—Sí, pero... ¿Qué buscamos exactamente? ¿Pisos, casas, hoteles...?

Julia se sentó frente a su ordenador.

—No, hoteles no. MOP tiene perro, ¿recuerdas? Y creen que graba vídeos nuevos allí.

Aníbal se dirigió a la cocina a preparar un par de cafés.

—Mira —discurrió Julia en voz alta para que él pudiera oírla—, en la lista que nos han dado están las ciudades cerca de las que desaparecieron las adolescentes portuguesas, con las fechas en las que las denunciaron. ¿Crees que puede haber otras desapariciones en el resto de ciudades?

—¿No te lo ha dicho Álex? —preguntó él sobre el tintineo de tazas.

—No ha querido darme más información de la necesaria. Si creen que ha podido hacer algo parecido a lo que hizo en Canencia —Julia evitó deliberadamente nombrar a Sara—, la casa tiene que estar apartada. Pero... ¿crees que vive allí los cuatro meses?

Aníbal llenó el filtro de la cafetera italiana, la cerró y la colocó en el fuego.

—Mínimo estará allí los días que graba el vídeo —respondió él.

—Tienes razón, vamos a centrarnos en la semana del 22 de cada uno de estos meses —murmuró Julia para sí—. Si fueras a alquilar un chalet apartado —continuó alzando de nuevo la voz— unos cinco días... ¿Qué portal usarías?

—Hombre —respondió él volviendo al salón—, VuelaCnD.

—Yo también. —La chica tecleó en el navegador la dirección web—. Solo tenemos que buscar casas apartadas, que estén a unos 20 km de la ciudad que estuviera ocupadas en las fechas de las desapariciones. Fácil. —En cuanto cargó la página principal del portal, Julia se dio cuenta de que iba a ser más complicado. Chasqueó la lengua.

—¿Qué pasa?

—Que no podemos poner fechas pasadas, solo de ahora en adelante.

—Pues pon la semana que viene y así vemos qué casas hay.

—No... Así solo me saldrían las que no estén reservadas.

Aníbal se sentó a su lado.

—Podemos buscar para la semana que viene, las apuntamos, luego la siguiente, apuntamos las que no estuvieran y así hasta que se repitan todas.

—Vale, ¿y luego cómo identificamos en cuál se quedó?

—No sé, ¿no puedes entrar en sus sistema y ver las reservas?

—Ojalá —respondió Julia con la mirada fija en la pantalla—, pero yo no sé mucho de ciberseguridad y dudo que sea fácil romper la de un portal así de grande. No, tenemos que conformarnos con lo que podamos sacar de la página.

—Pues... ¿llamando a los propietarios a preguntar? —preguntó Aníbal sin mucha seguridad.

Julia negó con la cabeza.

—No hay teléfonos en VuelaCnD, habría que contactarles por *chat* uno a uno, y reservando

todas las casas, igual ni responden y nos podemos dejar un dineral —empezó a mordisquearse el aro del labio—. No, no. Lo estamos enfocando al revés. De la web solo podemos coger las fotos de la casa, la ubicación, la descripción y los comentarios. Vamos a intentar volcar esa información en algún lado, y luego sacamos conclusiones —Julia se levantó y empezó a pasear por el salón—. Voy a hacer un programa para que busque las casas apartadas con jardín que hay libres de semana en semana a partir de ahora hasta dentro de... ¿tres meses? —se preguntó a sí misma—. Sí, tres meses está bien. Siendo en radios de 20 km tampoco deberían de ser tantas. Igual habría que poner un radio de 30, por si acaso —murmuró Julia—. Lo pongo de 30, sí. ¿Y luego? Que vaya cruzando el nombre de la casa rural con los que ya ha analizado para evitar duplicidades. —Se sentó de sopetón en el sofá, dio la vuelta a la hoja de la lista y empezó a realizar un esquema que representaba la lógica de la aplicación que iba a desarrollar—. Tiene que volcar cuatro *outputs* en la base de datos: fotos, ubicación, descripción y comentarios, que serán varias entradas por cada una...

—Yo te ayudaría encantado, porque las bases de datos se me dan genial... —bromeó Aníbal levantándose en cuanto escuchó el siseo de la cafetera— pero creo que mejor voy a ir buscando noticias de desapariciones en las ciudades y fechas que nos ha dicho Alejandro.

Julia le sonrió, le dio un rápido beso en la pierna, y volvió a volcarse en su trabajo.

La lluvia repiqueteaba contra la ventana cuando Julia, el día 20 de noviembre, por fin se estiró frente a su ordenador relajada y orgullosa. Llevaba casi doce días trabajando sin descanso en dos programas que descargarían la información de los portales que le había pedido el inspector. Mientras tanto, Aníbal había encontrado las noticias de las desapariciones de las supuestas víctimas de MOP que no eran adolescentes y hasta había llegado a la conclusión de que se iba moviendo.

—Ya está —Julia emitió un sonoro bostezo.

Aníbal se levantó del sofá. Llevaba días sin saber muy bien cómo ayudar a la chica, así que se había limitado a seguir buscando noticias sobre las desapariciones y organizar todo lo que sabían en ficheros. Le dio un cariñoso beso en la cabeza antes de sentarse a su lado frente a la pantalla.

—¿Ya has sacado la información? —preguntó el chico.

—No —respondió ella negando con la cabeza—. Ya está el programa preparado. ¿Lo activo?

—¡Claro!

Julia ejecutó el algoritmo. Un fichero de *Excel* y varias subcarpetas con los nombres de las ciudades que les había indicado Alejandro se crearon en una carpeta que mantenía abierta. Según corría el tiempo, el tamaño de los archivos crecía.

—Aquí se guardan las fotos de las casas —explicó ella señalando las subcarpetas con nombres de ciudades—. Dentro se crea una carpeta para cada casa, con el nombre que tiene en el portal web que sea. Este fichero —señaló el icono del *Excel*— tiene toda la información de cada casa categorizada por número de huéspedes, si tiene jardín... —Julia estaba extenuada y casi le costaba recordar hasta qué punto había especificado los campos que quería extraer— y cosas así.

—Eres increíble —dijo Aníbal boquiabierto—. De verdad, la mejor *hacker* que conozco.

Julia soltó una carcajada.

—Ni soy *hacker*, ni sería muy difícil... no creo que conozcas a ninguno —le guiñó un ojo.

Al cabo de un rato, el programa mostró un aviso de finalización correcta del proceso en la pantalla.

Julia comprimió los ficheros y los guardó en un *pen-drive* que llevaría al inspector al día

siguiente.

—Ahora viene lo difícil —indicó Julia tras abrir el enorme fichero—. ¿Por dónde empezamos?

—¿Cómo?

—Que por dónde empezamos a buscar nosotros. No estarás pensando quedarnos parados teniendo toda esta información delante, ¿verdad?

—Julia, se va a encargar Alejandro.

—Bueno, sí —respondió abriendo la carpeta de la primera casa— pero ocho ojos ven más que cuatro y ya que no tenemos otra cosa que hacer...

Aníbal sonrió de medio lado. Se le ocurrían varias cosas que le apetecía hacer con ella más que mirar fotos, pero sabía las ganas que tenía ella de seguir buscando, así que colocó una silla a su lado y centró su atención en el ordenador.

—¿Aquí sólo hay casas alejadas de todo? —preguntó.

—No. Pero tampoco podemos hacer esa distinción... ¿Cómo sabemos si está cerca o lejos de un pueblo? Suficientemente difícil me ha sido ponerlas a 30 km de la ciudad...

Aníbal analizó los campos por los que podían filtrar la información. Julia se lo había tomado en serio, podían discriminar viviendas por prácticamente cualquier dato que se pudiera consultar en el portal: si tenía secador, menaje de cocina, lavadora, aire acondicionado, si aceptaba mascotas...

—Yo empezaría por filtrar las que aceptan mascotas —sugirió el chico.

—Tienes razón, ya ni me acordaba —indicó Julia masajeándose las sienes. Aplicó el filtro—. Aunque no creo que le preocupe mucho que acepten o no mascota, si va a hacer en la casa lo que creemos que va a hacer.

—Yo creo que sí —la contradijo Aníbal—. No querrá llamar la atención más de lo necesario.

—Vale, ¿y ahora?

—No lo sé...

Aníbal continuó examinando los campos por los que podrían filtrar la información: valoración, usuario, fecha...

—¿Esta fecha de qué es?

Julia achinó los ojos, cansados después de tantas horas de pantalla.

—Del día que se dejó el comentario, creo.

—¿Y crees que dejaría comentarios?

—Si fuera él, yo no los dejaría. Pero es lo único que tenemos que puede relacionar las casas con los inquilinos.

—Quién sabe —Aníbal se encogió de hombros—, es posible que prefiera dejar comentario para llamar menos la atención. Todo el mundo lo hace.

Buscaron usuarios que hubieran estado en todas las ubicaciones, pero no hubo coincidencias. Luego filtraron cada zona para las fechas entre el día que les había indicado Alejandro y los diez siguientes. Salieron cientos.

—¿Te importa que me eche un rato? —le preguntó Julia imaginándose el trabajo que les esperaba—. Estoy demasiado cansada para leerlos todos.

—Claro, no te preocupes. —Aníbal le dio otro beso en los labios—. Tú descansa, yo me quedo mirando.

Leyó todos los comentarios de Ávila y Salamanca en la hora y media hora que Julia dormitaba en el sofá. Cuando ella despertó, Aníbal ya tenía dos seleccionados que le habían llamado la atención.

—Me ha costado, pero creo que lo tengo. —Le señaló un comentario con el dedo que correspondía a un hogar rural de Ávila, no muy lejos de Casasola—. Había que fijarse en la manera de escribir. Mira este.

Julia leyó en alto.

—“Pasé dos días magníficos. Una casa muy acogedora. Pedro muy amable. Alejada pero bien comunicada. La recomendaría.”

—Y ahora este. —El chico señaló otra celda de la enorme tabla que habían extraído con un comentario referente a un chalet de Parada de Arriba, en Salamanca.

—“Disfruté mucho el fin de semana. El jardín genial para el perro. Me dejaron desayuno. Muy bien establecida para hacer rutas. La recomiendo.”

—¿Qué opinas?

—¿Qué opino de qué? —preguntó Julia girando la cabeza, sin entender muy bien a qué se refería.

—Si te parece que pueden ser de la misma persona —aclaró él.

—Son todo frases cortas y acaban igual, pero no sé si serán de la misma persona. Yo escribiría algo parecido.

—Ya, sí; pero si te fijas, da información parecida en el mismo orden.

Julia volvió a leer los comentarios con la atención puesta en que la primera frase era una valoración general de la estancia, la segunda de algún punto destacable del alojamiento, la tercera de los anfitriones y la cuarta de la localización, además de terminar recomendándola.

—Tienes razón, podría ser la misma persona. Vamos a mirar los nombres de usuario. A ver... —Julia buscó en la tabla—. Martín Ortega Pardo y..., Manuel Óscar Parrondo.

Se miraron.

—Es él —dijo Aníbal. Después dio una fuerte palmada—. ¡*Muchoopírate!* ¡También es MOP!

—Tienes razón —respondió Julia sorprendida—. Voy a buscar en las casas de Portugal usuarios con nombre eme algo, o algo, pe algo. —Configuró un filtro para los usuarios que cumplían el requisito—. Aquí. Marcelo Oliveira Pinheiro. —Buscó el dato asociado en la columna de la fecha—. 27 de agosto de 2017.

—Encaja con la desaparición de Estela Palmeiro en Guarda.

—“Umótimofim de semana —leyó Julia subrayando cada palabra con el dedo—. O chalé é muitoaconchegante. Eles deixaram comida e água. Ótimo para desconectar. Eu recomendo.” —se giró hacia Aníbal—. Es él también, seguro. Mira cómo acaba, “Eu recomendo”, como los otros dos.

Julia copió el texto y lo introdujo en el traductor. Luego, volvió a leer en alto.

—“Un gran fin de semana. El chalet es muy acogedor. Dejaron comida y agua. Genial para desconectar. Lo recomiendo.”

—No hay duda, es la misma persona.

Repitieron la búsqueda para el resto de zonas y, en cada una, encontraron una valoración de similar estructura y escrita por algún usuario con nombre M- O- P-. Una vez identificaron todas las viviendas, empezaron a listar las cualidades de cada una; número de habitaciones, normas, horarios...

Una vez hubo terminado de completar la lista, la analizaron juntos.

Julia señaló varias celdas una por una.

—Todas las casas tienen jardín y están apartadas. A ver las fotos —abrió las carpetas que había creado el programa para cada vivienda y fue pasando las imágenes casa por casa—. Tienen garaje, cobertizo o sótano. —La chica tenía claro qué le interesaba mirar antes incluso de abrir

las fotografías.

—¿Crees que esto será suficiente para Alejandro?

Julia se encogió de hombros mientras creaba un nuevo fichero más ordenado.

—Espero que lo sea. Alguien tiene que parar a este cabrón.

Capítulo 24

“Sobre perfiles y notas”

El ambiente de la sala dedicada al Caso Guerrero en la comisaría de Alcobendas se quedó cargado después de que Aníbal y Julia se marcharan; en parte porque la habitación estaba repleta de cajas que los agentes llevaban días subiendo del archivo para buscar información sobre la finca y porque la ventana no podía abrirse completamente, pero en mayor medida porque habían mantenido una reunión de más de dos horas en la que los jóvenes les explicaron con todo el detalle del que fueron capaces la información que habían encontrado, el proceso que habían seguido para recabarla y las conclusiones que habían sacado. Además, les habían dejado una copia de todos los documentos y direcciones web que habían visitado en un pequeño *pen-drive*.

—Esto es muy gordo —aseveró el inspector a su compañera escrutando en su ordenador un mapa que había preparado Julia con la ubicación exacta de cada casa y el comentario que había dejado el usuario M- O- P- en VuelaCnD, junto con la fecha en la que se había publicado.

—No te emociones todavía —le respondió ella buscando los comentarios en el propio portal web—, tenemos que asegurarnos de que esta información es verídica y de que el razonamiento que han seguido no es descabellado.

Tardaron un par de horas más en comprobar toda la información. Cuando hubieron terminado, ambos estaban convencidos de que podían trabajar con ella.

—Bien. —El inspector se desperezó, se levantó y se colocó frente al corcho—. Creo que es momento de empezar a pensar como el sujeto. Vamos a hacer un primer perfil. Empezamos con el acto criminal en sí. ¿Qué podemos saber de él por la manera en la que trató a la víctima?

Inés buscó las fotos del cuerpo de Sara y del sótano de la casa.

—Es un obseso del control. La tuvo engrilletada y atada al aspa. Le gusta estar en una situación de poder.

Alejandro asintió y se acercó para ver los documentos.

—Encaja —comentó—. Además, la relación que mantiene con la víctima tiene carácter sexual, aunque en menor medida. Presuntamente pasó mucho más tiempo utilizando la cera, haciendo cortes y lo demás que hizo mientras estaba privada de movimiento que en el acto de violación en sí. Para eso tendría que estar completamente desapegado de la víctima, ¿no crees?

—Sí.

—Entonces... ¿Por qué le quitó la máscara?

La agente buscó la fotografía del objeto que indicaba su compañero.

—Para que le mirase a los ojos no sería, tiene orificios. Es posible que quisiera verle la cara... o que se la quitara después, en un acto de remordimiento.

—¿A tí te parece un sujeto capaz de sentir remordimientos? —preguntó el inspector—. Parece que pasó largo rato torturándola, no fue un acto en caliente del que se pudiera sentir culpable después. Se dejó llevar, sí, pero no creo que desarrolle apego emocional hacia la víctima. —Alejandro apuntó “¿Quitar máscara?” en un pedazo de papel que colgó del corcho.

—Es meticuloso —continuó su compañera revisando el informe—. Llevaba guantes y limpió a conciencia los pisos que usó de la casa. No creo que esté mandando ningún mensaje, pero tampoco le importa especialmente que se encuentre a la víctima. No se preocupó demasiado en limpiar la sala del sótano.

—Pero sigue pagando el alquiler —puntualizó Alejandro.

—Tienes razón —concedió Inés—. Debió de imaginarse que si llegábamos a la casa, descubriríamos el cuerpo de Sara independientemente de cómo estuviera el sótano. Es inteligente e intenta evitar que le encontremos.

—Es decir, que tendría sentido que se fuera moviendo entre distintas provincias y cambiando el perfil de víctima, e incluso tendría sentido que cambiara de país para realizar los crímenes que sabe que van a ser más mediáticos.

Inés reflexionó unos segundos.

—No me parece descabellado, pero... ¿Cómo podría vivir cada cuatro meses en un lugar distinto? —la agente se acercó al corcho y arrancó el *post-it* que decía “¿Trabajo?” y lo colocó sobre la mesa.

El inspector miró a su compañera a los ojos.

—Qué bien nos vendría la información de la cuenta húngara —deseó el agente.

—Pero todavía queda para eso... ¿Cómo crees que gana al menos 1.500€ al mes?

—¿Con los vídeos del blog?

Inés negó.

—No podemos asignárselos. Vamos a volver a lo que tenemos seguro. —La agente golpeó repetidas veces los documentos esparcidos sobre la mesa con el índice.

Alejandro se inclinó sobre la mesa y volvió a repasar los papeles.

—La voz de esos vídeos es la misma que la de los de relajación de *Mitube*, que se subieron desde la casa —razonó el inspector—. Creo que podemos pensar que también son suyos. Además, el trípode indica que podría haber grabado lo de Sara en vídeo. Pero tienes razón, no debemos asignárselos. Lo que está claro es que tiene conocimientos informáticos y audiovisuales, aunque sea solo fijándonos en la edición de los vídeos que parece que subió a *Mitube*.

—Aún así —puntualizó Inés—, no es posible que viva únicamente de eso. Tanto los del blog como los de *Mitube* son contenido gratuito. Podrá sacar algo por los anuncios, pero no tiene tráfico suficiente para vivir de ello.

—Teniendo manejo de internet —continuó Alejandro—, no creo que sea difícil vivir en lugares distintos.

—Sí pero, otra vez, no podemos suponer nada. —La agente volvió a colocar la nota en el corcho—. Vamos con otra cosa, ¿qué edad puede tener?

Alejandro buscó la transcripción de la conversación de *Flint* entre *Muchoopírate* y Sara.

—Por la manera de expresarse yo diría que tiene cierta madurez. No buscaría a nadie menor de 30 años.

—Yo tampoco. Además, suponiendo que la voz de los vídeos sea la suya, yo diría que está entre 40 y 60.

—Pero hace uso de las nuevas tecnologías y se mantiene actualizado. —El agente levantó la transcripción que tenía en la mano—. Utilizó una aplicación de ligues para contactar con la víctima.

—Tiene sentido —aceptó su compañera—, no debe de ser muy social. Apenas parece que saliera de la casa... hacía la compra a domicilio y ni siquiera se presentó a su propio casero. Por cierto, ¿sabemos si las adolescentes portuguesas tenían *Flint*?

Alejandro se encogió de hombros.

—Bien visto —concedió—, luego escribo un par de correos a las comisarías de allí. Vamos a seguir. ¿Por qué hizo lo que hizo?

La pregunta pasó rápida por la sala, pero el silencio que la siguió se aposentó allí largo rato,

hasta que el rasgueo del bolígrafo de Inés sobre el papel lo espantó. Había escrito una nota que decía “¿Por qué lo hizo?”.

—¿Crees que ya estamos en posición de hacer conjeturas? —Inés terminó de clavar el papelito en el corcho y se colocó frente a él con los brazos en jarras.

—Sí, creo que sí —Alejandro también se levantó y empezó a pasear por la pequeña sala—. Ya hemos acordado que tiene sentido que sea el propietario del blog que tiene los vídeos que coinciden con la fecha de las desapariciones. La voz es la misma que la de los vídeos que se subieron en la casa durante el tiempo que estaba allí. También parece que tenga sentido que se mueva de provincia y cambie el perfil de víctimas. No quiere que le encontremos y es inteligente.

—¿Crees que se cambiaría también el nombre? —le interrumpió Inés.

—Creo que sí —indicó Alejandro después de mesarse la barba en silencio un par de segundos —, ya lo hizo para alquilar la casa de Canencia y parece que es precavido.

—Entonces, si los comentarios que han encontrado Julia y Aníbal están realmente relacionados con el caso, encajaría con nuestro perfil.

—Sí. Hasta encajaría que usase una aplicación para buscar casas —el agente señaló la nota del corcho que decía “¿Cómo se mueve?”—, al igual que usó una aplicación para hablar con Sara.

Inés alcanzó el trozo de papel que decía “¿Cómo elige dónde?”.

—Esa suposición respondería esto. Secuestra cerca de donde encuentra una casa en la que quedarse.

—Tiene sentido, cuanto más se mueva con la víctima, más fácil es que le ocurra algún imprevisto. Espera.

El agente cogió un rotulador permanente y dividió la parte del corcho en la que se encontraban las notas en tres columnas a las que llamó “Por saber”, en la que colgaron la gran mayoría de ellas, “Suposiciones”, en la que colgaron las que decían “¿Cómo elige dónde?” y “¿Cómo se mueve?” y, por último, “Hechos”, en la que únicamente colgaron la que decía “Relación vídeos-desapariciones”.

—Mejor —se sentó frente a su ordenador y entró en la página web de VuelaCnD—, vamos a buscar cuántas casas cumplen las condiciones que nos han dicho los chicos en Orense.

Alejandro buscó como lo habían hecho Aníbal y Julia, usando fechas más alejadas, hasta encontrar cuatro que estaban entre unos 10 y 30 km de Orense ciudad. Luego aplicó los mismos filtros para el fin de semana del 21 al 23 de diciembre, cuando suponían que se produciría la desaparición allí. Todas estaban ocupadas.

—Creo que tenemos suficiente como para volver a reunirnos con Morales —afirmó Alejandro levantándose de la silla—. Necesitamos una orden para hablar con los cuatro dueños de las cuatro casas de Orense, o con el propio portal, para saber cuál de ellas ha alquilado un tal M-O-P- el fin de semana anterior al 25 de diciembre.

—Sabes lo que nos va a decir el comisario de esto, ¿no? —su compañera le miró a través de las gafas.

Alejandro asintió.

—Por un lado, nos va a echar una bronca de cojones por saltarnos la orden de no investigar por esta vía. Por otro, que no tenemos absolutamente nada sólido sobre lo que basarnos.

Inés le sonrió.

—Eso solo si no le contamos que hemos puesto a una civil a trabajar para el caso durante dos semanas.

Necesitaron reunirse dos veces con su superior para poder avanzar en la dirección en la que querían, aunque no como deseaban. La primera conversación fue como había adelantado Alejandro: una larga reprimenda por desobecer una orden directa y una negativa tajante a la petición de una orden para ponerse en contacto con el portal web de alquiler de viviendas o con los dueños de cualquiera de los cuatro domicilios. Fue relativamente bien, ya que Inés asumió la responsabilidad de haber sido la que encontró la relación de los comentarios y así evitaba sacar a Julia en la conversación.

Para la segunda reunión fueron más preparados; habían enseñado a Cecilia todo lo que tenían por videollamada y la chica se había mostrado de acuerdo con sus conclusiones. Entre los tres, idearon un operativo de vigilancia para las cuatro casas los días en los que esperaban que apareciera Moisés.

Otra videollamada de la chica con el comisario había inclinado la balanza hacia el sí, no porque tuviera razones diferentes para poner el operativo en marcha, sino porque había sabido ver cuáles interesarían a Morales: “Este operativo tiene dos resultados posibles: uno —Cecilia había levantado un dedo que se vio a través de la pantalla que comunicaba Madrid con La Haya—, no encontráis a Moisés y se descarta un planteamiento bastante sólido del comportamiento del sujeto. Dos —levantó el dedo corazón para continuar enumerando—, encontráis a Moisés, os lo lleváis a Madrid y la cosa acaba con laureles para vosotros. En cambio, no hacer el operativo también tiene dos resultados posibles: uno —bajó el segundo dedo que había levantado—, no aparece Moisés y se descarta un planteamiento bastante sólido del comportamiento del sujeto —repitió Cecilia—. Dos —bajó el único dedo que le quedaba en alto—, Moisés aparece y asesina a alguien allí. En ese caso habréis encontrado una relación directa entre cuatro asesinatos de España con otros cuatro de Portugal, así que entramos nosotros y, como ya conocemos el patrón que sigue, montamos en abril exactamente el mismo operativo que te están planteando Alejandro e Inés ahora mismo. Nos lo traemos a La Haya y la cosa acaba con laureles para nosotros”.

Antes de colgar la llamada, el comisario ya había firmado el documento que daba luz verde al operativo.

Capítulo 25

“Operativo Panoptes”

Cuando Inés y Alejandro se apearon del coche el lunes 3 de diciembre cerca de la primera de las casas rurales que habían encontrado, en la Ribera Sacra, cerca de Vilar de Cerredá, todavía tenían el halo dorado del sol poniente clavado en las retinas. El caserón, construido inicialmente en piedra viva pero con la fachada que estaba orientada hacia la carretera remodelada con yeso pintado, se encontraba ubicado en una gran finca vallada e inclinada a favor de la ladera y compartía el terreno con un par de construcciones más, además de un hórreo destartado, un pequeño bosquecillo y una enorme pradera atravesada por un carril de cemento gris que unía la entrada de automóviles con la más alargada de las edificaciones. Desde el cerrillo en que la observaban supusieron que se trataba de un antiguo almacén que ahora hacía las veces de garaje.

Tardaron casi cuarenta minutos en rodear la propiedad dejando unos cincuenta metros de distancia con el cercado y, aunque alcanzaron a ver otras tres edificaciones que colindaban con la única carretera que cruzaba la vertiente, les dio la impresión de que debían de llevar años abandonadas. Una vez de vuelta en el punto inicial acordaron que la vigilancia se llevaría a cabo desde allí mismo, ya que la visibilidad era excelente y el coche no llamaba mucho la atención.

Condujeron unos 30 minutos en dirección sur hasta que llegaron a la siguiente ubicación; una parcela más modesta en pleno pueblo de Tarreirigo rodeada de tupidos setos cuidadosamente podados, a través de los cuales pudieron ver poco más que el patio delantero iluminado por la luz anaranjada del farol que colgaba sobre la puerta principal. En este caso no pudieron circundarla porque el muro exterior lo compartían las propiedades colindantes pero, por las fotos que habían visto en VuelaCnD, sabían que tenía un jardín trasero alargado y un hórreo completamente renovado. Decidieron que el coche del vigilante se aparcaría pasados cuatro chalets calle arriba, donde la mano del hombre se rendía abruptamente a un bosque de pinos y helechos, y las farolas ya no lucían.

A la mañana siguiente repitieron la operación para los alojamientos rurales de Fontefría y Corvelle. Una vez hubieron acordado todas las posiciones, volvieron a Madrid para seguir organizando el operativo de vigilancia que llevaban días preparando.

—Vamos a montar cuatro grupos de vigilancia. —Alejandro explicaba las características generales del plan. Estaban en una sala de reuniones en la que se habían colocado las mesas en forma de “U” para que los trece agentes asistentes y el comisario Morales pudieran verse entre ellos a la vez que el mapa de la provincia de Orense proyectado en una pantalla frente a la que él explicaba.

Aparte de seguir buscando en el archivo y de haber recibido un par de correos electrónicos en los que les afirmaban que las adolescentes portuguesas no usaban aplicaciones de citas, Inés y Alejandro llevaban las dos últimas semanas organizando el operativo de vigilancia a conciencia. Habían seleccionado personalmente a los integrantes del equipo y estructurado un sistema de horarios y rotaciones para no dejar ninguna casa desatendida durante los días que pasarían allí.

—Desplegaremos el operativo el miércoles día 19 de diciembre y mantendremos las posiciones hasta el 25 por la tarde. —Un murmullo de desaprobación recorrió la sala entre los

integrantes del grupo. Nadie quería estar fuera de casa el día de Navidad—. Señores, señores... —continuó el responsable acallando los cuchicheos—, os hemos llamado porque pensamos que podéis estar a la altura y que queréis participar en un caso como este pero, si lo que queréis es estar calentitos en casa comiendo langostinos, ahí tenéis la puerta. —Señaló con la mano hacia la salida de la sala y esperó casi diez segundos escrutando los rostros de los asistentes uno por uno.

Nadie se movió.

—De acuerdo, seguimos entonces. Vigilaremos por parejas: Sierra uno —indicó el nombre del primer coche antes de la pareja que lo ocuparía—, seremos Inés y yo. Sierra dos: Ana y Fernando Núñez. —Señaló a ambos, que levantaron la mirada del papel, se reconocieron, asintieron, y volvieron a tomar notas. Inés y Alejandro habían elegido cada pareja con esmero. Iban a ser muchas horas de espera y los equipos, además de llevarse bien, no deberían perder la concentración. Habían intentado colocar a cada “ojos atentos”, como lo había llamado Inés, con un “boca suelta”, como había indicado Alejandro mofándose entre risas de la descripción de esta—. Tango: Fernando Arias y Martín. Zulu uno: Marina y Lucía, Zulu dos: Patricia y Luis, y Zulu tres: Victoria y Carmen. ¿Todos de acuerdo?

Alejandro e Inés sabían que trabajarían bien juntos, así que no esperaban objeciones. Otro murmullo, esta vez de conformidad, recorrió la mesa.

—De acuerdo. Vamos a vigilar cuatro casas rurales. El procedimiento va a ser el mismo para todos vosotros: os indicaremos el punto de observación que hayamos seleccionado para cada objetivo; os quedaréis allí hasta que Inés o yo os indiquemos lo contrario, o hasta que llegue el relevo. Sierra uno y Sierra dos rotaremos por los puestos haciendo sustituciones de seis horas para que nadie tenga que pasar más de doce en el coche. Los emplazamientos se encuentran en los pueblos de Tarreirigo —indicó señalando el primero de los cuatro círculos marcados en el mapa—, aquí iréis el equipo Tango. —Miró de nuevo a los integrantes, que asintieron—. Fonterfria —movió el dedo hasta el siguiente—, aquí Zulu dos. Vilar de Cereda, Zulu uno y Corvelle, Zulu tres. Tenéis las direcciones exactas en las carpetas que os va a dar Inés. —Esta se levantó con un gran número de ficheros bajo el brazo que fue repartiendo a cada agente. En la portada únicamente se leía “Operativo Panoptes”.

Cuando todos los asistentes terminaron de revisar los documentos, el inspector continuó.

—Buscamos a un varón de entre 40 y 60 años. No conocemos su aspecto físico. Se hace llamar Moisés Olmedo Pérez, aunque podría utilizar otro nombre, y es el único sospechoso del caso Guerrero. Esperamos que aparezca en una de las cuatro casas el día 22, pero podría ser que se demorara o incluso que llegue más pronto. —Guardó silencio antes de presentar la siguiente información; quería asegurarse de que tenía la completa atención del grupo—. Podría ser que lleve a una persona secuestrada. —Los asistentes cruzaron miradas de sorpresa. Una cosa era vigilar y otra evitar un secuestro. Alejandro sabía que ahora ninguno perdería la atención durante el operativo—. Es prioritario mantenerse en el interior de los vehículos pero, si veis u oís algo raro, nos pedís autorización antes de salir, ¿de acuerdo?

Todos asintieron motivados.

La reunión se alargó varias horas más, en las que discutieron los pormenores del plan. El comisario Morales no dejó la sala ni un segundo, evaluando con cara de enfado cada palabra que decían sus subordinados.

El miércoles 19 sobre las ocho de la tarde todos los equipos se encontraban en posición, vestidos

de paisano y en coches sin distintivos característicos.

Alejandro llamó por teléfono a Aníbal para informarle de que iniciaban el Operativo Panoptes. Julia, que escuchaba con el manos libres, soltó una sonora carcajada y felicitó al agente por lo bien escogido que estaba el nombre; este se lo agradeció y le indicó que lo había sacado de su libro de mitología.

A lo largo del viernes 21 las casas de Corvelle y Tarreirigo fueron ocupadas por una pareja joven y una familia con tres hijos respectivamente. Durante los relevos, Alejandro e Inés habían visto poco más que cuatro o cinco furgonetas con apeos de labranza, diez o doce automóviles particulares, un par de taxis en Corvelle y un Car4u en Fontefría.

La madrugada del viernes al sábado les había tocado relevar a Zulú uno en Vilar de Cerrada. La noche había sido larga y, aunque Alejandro no leía mucho habitualmente, había tenido tiempo de releer dos veces el viejo libro de mitos que le gustaba llevar a las vigilancias y tenía desde pequeño.

La pesada niebla matutina del norte no había empezado a disiparse todavía cuando las luces de cruce de una ranchera gris hicieron que Alejandro apagara la pequeña lucecita de lectura, que había cubierto con cuatro o cinco capas de celo translúcido para que no brillara demasiado. Dio un ligero codazo a Inés, que dormitaba en el asiento del copiloto. Alejandro se hundió lo suficiente como para vigilar la calzada por el hueco que había entre el volante y el capó. Inés prácticamente se hizo un obillo a su lado.

Cuando el vehículo estacionó frente a la entrada, el inspector pudo observar la silueta grisácea de un hombre en el asiento del conductor. Sacó un par de fotos con la cámara, aunque de poco servirían; casi no se apreciaba ni la ranchera entre la densa niebla. El portón se abrió y del interior de la finca emergió el anfitrión, llave en mano, para dar la bienvenida a su huésped. Saludó al conductor y le hizo señas para que entrara. El automóvil se introdujo en el complejo y la puerta volvió a cerrarse con un chirrido quejumbroso.

El agente estaba nervioso aunque nunca lo reconocería. Que hubieran descartado dos de las otras casas significaba que era muy posible que Moisés fuera el sujeto que acababa de entrar en la que vigilaban. Se volvió a correr el portón y el viejo Seat del anfitrión partió mientras se despedía. Alejandro quería salir a ver qué pasaba pero, como sabía que sería un error, se conformó con bajar la ventanilla y escuchar lo que pudiera.

Primero oyó una puerta abrirse y cerrarse. Al cabo de unos segundos otra solo abrirse, así que supuso que sería el maletero. Los agentes escucharon murmullos apagados. De repente, un potente chillido agudo bombeó adrenalina por cada una de sus venas y arterias. Miró a su compañera y murmuró un “voy a ir” casi inaudible. Inés gestilucó un “no” con los labios. Alejandro abrió la puerta despacio y caminó rápido. Un llanto siguió al chillido. El inspector aceleró el paso hasta llegar a la verja. Frente a él se encontró a una familia bajando del automóvil. El padre cogía en brazos a una niña recién levantada que abrazaba un peluche. Al otro lado de la ranchera, una mujer embarazada se apoyaba pesadamente en la puerta del copiloto.

Alejandro se quedó bloqueado.

—Buenos días —saludó la mujer con un marcado acento gallego.

—Eh... Sí, buenos días.

El inspector continuó su camino y dio una vuelta a la manzana antes de volver a introducirse en el coche y contarle a su compañera lo que había encontrado.

Todos los equipos de vigilancia volvieron a Madrid ese mismo sábado menos el suyo, que pasaba a vigilar Fontefría y el que anteriormente se encontraba en ese pueblo, que ahora sería su relevo.

La tarde del 25 de diciembre desmontaron el operativo. La última casa no había sido ocupada.

Capítulo 26

“24, 25 y 26 de diciembre de 2018”

Como todos los días desde que había vuelto a la capital, Aníbal dejó una margarita morada en el sencillo florero que había sobre la sepultura de Sara. Julia y él habían vuelto del pueblo a finales de noviembre para pasar las Navidades con sus familias, Julia por presión por parte de sus padres y Aníbal por vergüenza de que su tía siguiera a cargo de su madre.

Limpió la lápida con la manga de la chaqueta y se sentó en el frío mármol para murmurarle a su hermana cómo le iba y cuánto la echaba de menos, sobre todo un día 24 de diciembre como aquel, nublado, triste y en una casa que Aníbal habría preferido que estuviera vacía para no tener que lidiar con el espíritu beodo que caminaba el pasillo arriba y abajo: su madre. La terapia estaba funcionando, al menos ya no mezclaba la bebida con pastillas.

Aníbal suspiró.

—¿Te acuerdas de los días de Nochebuena, cuando ayudábamos a mamá a preparar la tarta de nueces y el guiso de cordero para llevar a casa de la tía Elena? —No esperó respuesta—. Y pensar que discutíamos por cómo cortar las cebollas. —Sonrió triste recordando cocinar con su hermana y su madre en una casa llena de vida. También recordó cómo Sara lloraba toda la tarde porque echaba de menos a su padre y él la consolaba hasta la hora de irse a cenar—. Hasta nos poníamos tristes y pensábamos que éramos unos desgraciados porque no estuviera papá... —Acarició la tumba—. Ojalá pudiera volver a esos días.

Levantó la mirada hacia el camino y vio cómo Ángel se acercaba en su dirección llevando un pomposo ramo de flores. Se paró al verle allí sentado, dudó y siguió caminando hacia él.

—Hola, *bro* —le chocó la mano.

—Hola Ángel —saludó Aníbal desconcertado—. ¿Qué haces aquí?

El hermano de Julia dejó el ramo sobre la fría lápida.

—Esta mañana me he acordado de Sara —comentó quitándose el ondulado flequillo de la frente—. Mi hermana me ha dicho que viniera a verla si estaba triste.

Ángel reparó en el anillo que colgaba sobre el pecho de Aníbal y frunció confundido el ceño.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó señalando la baratija.

Aníbal lo levantó con el cordón.

—Lo encontré en el jardín de la casa de Valdemanco. Se lo regalaste tú, ¿no?

Ángel se sonrojó y se miró las zapatillas.

—Sí, *bro*... —jugueteó con las manos—. Tu hermana me gustaba.

Aníbal se encogió de hombros.

—No tanto como la chica para la que era el anillo.

Él le miró descolocado.

—¿Cómo sabes eso?

—Me lo contó ella.

—Lo siento... no sabía lo que hacía.

—No te preocupes. —Aníbal se levantó y le dio una palmada en el hombro—. A ella le gustó igualmente.

Ángel sollozó y se volvió a colocar el pelo, que ya le había vuelto a cubrir parte del ojo izquierdo.

—Me siento culpable —confesó el adolescente—, ¿sabes?

Aníbal lo sabía mejor que nadie.

—No es culpa tuya ¿qué querías haber hecho? ¿salir a la puerta a ver cómo cogía el coche?
—Aníbal le apretó cariñosamente el hombro—. No podías saberlo... a nadie se le habría ocurrido lo que iba a pasar.

Ángel empezó a arrastrar el pie derecho en el sitio.

—Aún así...

—Aún así, nada. Habla con tu hermana, es muy buena animando. —Aníbal le dedicó otra sonrisa triste—. Te dejo, que justo he quedado con ella para comer. —Volvió a chocarle la mano—. Gracias por venir, a Sara le habría gustado.

La calle Arenal estaba abarrotada a pesar del intenso frío invernal. Era la mañana del 24 de diciembre y Julia y Aníbal paseaban como podían entre la muchedumbre. Desde que estaban en la capital no habían pasado dos días seguidos sin verse.

Se habían encontrado en la plaza de Oriente y caminaban hacia Sol, con la idea de visitar el mercadillo de belenes de la plaza mayor y luego comer en el barrio de las Letras, antes de volver a casa para preparar la cena de Nochebuena.

Al pasar frente a la librería San Ginés, a Aníbal se le ocurrió el regalo perfecto para Julia.

—Espera aquí —le dijo—, que voy a mirar una cosa.

El chico se acercó como pudo entre el gentío hasta la bocacalle en la que se encontraba el establecimiento y preguntó a la librera si tenía algún ejemplar de El arte de la guerra. Ella le entregó una preciosa edición ilustrada casi sin usar. La compró y se guardó la bolsa en el interior del abrigo.

—¿Y eso? —Julia miraba cómo él sujetaba el objeto.

—Ha venido Papá Noel.

La chica rió y le besó en los labios.

—No tenías por qué hacerlo.

—Me ha parecido buena idea.

—¿También te parece una buena idea llevarlo así todo el día? —bromeó la chica refiriéndose a la incómoda postura de Aníbal con el brazo por dentro del abrigo.

—Es mejor esto a que veas lo que es —respondió él.

—Cariño... —comentó ella socarrona— apostar a que es un libro.

Volvieron a Valdemanco el 25 de diciembre a media tarde. Querían estar juntos para ver si MOP subía un nuevo vídeo.

A las 20:30 de la tarde, Julia empezó a actualizar la página web hasta que, a las 20:38, alguien subió el nuevo vídeo. Se llamaba “En castidad hasta que te lo ordene”. Lo vieron entero. Empezaba con un sonido de metrónomo sobre fondo negro: *Tic... tac, tac, tac*, luego aparecía girando la espiral. La primera parte incitaba a relajarse y dormir. Después, durante una hora aproximadamente, ordenaba a los espectadores a mantenerse en castidad bajo pena de un castigo muy doloroso. Les repetía una y otra vez que no iban a tener deseo sexual hasta que él dijera lo contrario, e indicaba que la recompensa, dentro de un mes, merecería la pena. Para terminar, afirmaba que quería ponerles a prueba y que tendrían que verlo tantas veces como fuera necesario hasta no excitarse. En ese momento desaparecía la espiral y se podían ver escenas borrosas en las que se hacía a una adolescente con máscara de látex lo que se iba narrando.

—Quita esto, por dios. —Aníbal no podía evitar imaginarse que la adolescente era Sara.
—¿Crees que será Mariña Moreno? —preguntó Julia cerrando la pestaña.
—No me sorprendería. Pero pinta mal lo de que empieza a sacar trozos de vídeo.
—Bastante mal, sí. —Julia jugueteaba con el anillo de coco que llevaba en la mano derecha
—. ¿No te resulta raro que saque un vídeo así ahora?

—¿Cómo?

—Se supone que tiene que tener material nuevo, ¿por qué les incita a esperar?

El teléfono de Aníbal empezó a vibrar; era una llamada de Alejandro. Aníbal puso el aparato en manos libres.

El inspector estaba volviendo de Galicia. Les contó lo que había ocurrido en el operativo y les dijo que sentía que no hubiera salido como esperaban. Aníbal le agradeció su trabajo y Julia le informó sobre el nuevo vídeo. Se felicitaron las fiestas y colgaron.

Aníbal se levantó en silencio, se encaminó al sofá y se dejó caer pesadamente sobre él, con la cara cubierta por las manos. Julia se sentó a su lado y le acarició la espalda.

—¿Estás bien?

Él negó.

—Le vamos a encontrar, no te preocupes —continuó intentando animarle ella—. Ya estamos cerca.

—¿Cerca? —preguntó él al borde de la rabia— ¿Y si no ha ido a Orense? ¿Y si ni siquiera es él y son todo coincidencias?

—¿De verdad crees eso?

Aníbal se recostó soltando un sonoro bufido.

—Todo esto es una tontería.

Julia le miró lo más seria que Aníbal la había visto en su vida.

—Cállate ya —ordenó la chica—. No vale de nada echar por tierra todo el trabajo que hemos hecho. Tenemos que confiar y punto. —Aníbal se dio cuenta de que Julia enfadada le imponía sobremanera—. ¿Y qué si no apareció cuando lo esperábamos? Eso solo indica que hemos cometido algún fallo en el razonamiento, o que está actuando de manera distinta a otras veces. Sea lo que sea, todo lo que tenemos que hacer es esperar y pensar. ¿De acuerdo? —Aníbal sintió que los ojos negros de Julia le atravesaban y, aunque no le hicieran herida, sí que le dejaron marca.

Aníbal la abrazó cariñosamente.

—Lo siento. He sido un gilipollas —aceptó más por tranquilizarla a ella que creyendo de verdad que toda la búsqueda que habían hecho tenía un sentido.

Julia se apartó y le empujó con el dedo índice en el pecho.

—Disculpa aceptada, pero como vuelvas a dudar de nosotros me vas a ver cabreada de verdad.

—¿Eso no era cabreada de verdad? —Aníbal fingió un escalofrío que sacó una sonrisa a Julia.

—Eso era solo el principio —bromeó ella.

Empezaron a besarse y acabaron acostándose en el sofá.

Sobre las once de la noche ya habían cenado y estaban de vuelta frente al ordenador.

—Va a subir el nivel, eso está claro —Julia dio un sorbo de su cerveza—, de ahí lo de que la recompensa merecerá la pena y los trozos de vídeos. ¿Por qué podría ser?

Aníbal hizo una mueca de desconcierto.

—Estará intentando ganar tiempo.

—Podría ser, sí —Julia empezó a jugar con la coleta—. Álex te dijo que una de las casas se quedó vacía... ¿Te acuerdas de cuál era?

—La de Fontefría, ¿por qué?

—Puede ser que no haya conseguido secuestrar a nadie y por eso no apareció en la casa.

—O ni si quiera era él quien había alquilado la casa, Julia... Estamos dando palos de ciego.

—Bueno —comentó ella encendiendo el portátil—, solo hay una manera de saberlo.

Entró en el portal web de alquiler de domicilios y buscó unos días en los que la casa de Fontefría estaba libre. La reservó para una noche.

“Buenas noches —escribió en el mensaje de la aplicación para el dueño—. Lamento molestarle, me llamo Julia y creo que mi marido está engañándome. Me ha dicho que tenía un viaje de trabajo del 22 al 25, pero yo no me lo creo. He visto su correo electrónico y me parece que reservó su casa. ¿Podría corroborármelo? Quiero asegurarme antes de decirle a él y a esa fulana un par de cosas bien dichas... Muchas gracias de antemano y felices fiestas.”

—¿Solo una manera? —preguntó Aníbal sorprendido.

—Alguna más habrá —concedió ella con una sonrisa pícaro—. Sé que no apruebas mis métodos, pero dudo mucho que funcionase mejor decirle la verdad.

El miércoles 26 de diciembre Aníbal se levantó pronto. Preparó dos tostadas con tomate en rodajas y un café. Buscó una bandeja para llevárselo a Julia a la cama, no sin antes colocar también el regalo que le había comprado en Madrid sobre la misma.

Ella se despertó con el olor del café recién hecho.

—Buenos días, dormilona. Ha venido Papá Noel. Un poco tarde, pero ha venido.

Julia le miró con el ceño fruncido sin entender muy bien por qué la había levantado, hasta que se fijó en la bandeja.

—Gracias cariño, no hacía falta. —Le dio un suave beso en los labios y tomó un bocado de una tostada. Levantó el regalo pobremente envuelto—. ¿Ya puedo abrirlo?

—Sí, espero que te guste.

Ella lo desenvolvió cariñosamente y se sorprendió al ver la portada.

—El arte de la guerra —leyó en alto—. Me encanta. —Sonrió mientras ojeaba las ilustraciones.

—Lee la dedicatoria.

Julia se dirigió a la primera página.

—“Acuérdete de este regalo cuando tengas ganas de echarme otra mirada como la de ayer” —leyó en alto y rió—. Muchas gracias, es precioso.

Un par de horas más tarde recibieron la respuesta del dueño de la casa de Fontefría.

“Buenos días, Julia. Puedes estar tranquila, aquí no vino nadie esos días.”

La chica respondió rápidamente.

“Claro, con el pollo que le monté como para ir... pero la reserva la tenía hecha, ¿no?”

A los pocos minutos, recibieron la contestación.

“Yo tenía una reserva a nombre de Matías Ochoa Pereira, espero que no sea su marido.”

—Matías Ochoa Pereira —releyó Aníbal en alto—. Le habíamos encontrado. —Golpeó la mesa con el puño.

Julia reflexionaba con la mirada perdida.

—¿En qué piensas?

Ella se giró hacia él.

—En el vídeo dijo que la recompensa sería dentro de un mes.

—Sí, ¿y?

—Si no consiguió secuestrar a nadie, puede ser que haya tenido algún imprevisto y no tenga material nuevo. —Julia siguió discurrendo mientras Aníbal asentía—. Entonces, para sacar un vídeo el mes que viene, va a necesitar alquilar una casa en enero. ¿Cómo podríamos hacer para saber a dónde va a ir exactamente?

Aníbal se rascó la barba incipiente.

—Podríamos subir una casa falsa con todas las cualidades que sabemos que le gustan y fingimos que se la alquilamos.

Ella sopesó la idea apretando los labios.

—Eso no podemos hacerlo —rechazó finalmente—, hay que ser el propietario. Además, tardarán en validarla. Pero la idea no es mala. ¿Y si miramos las que hay libres el 22 de enero en Orense y las provincias de al lado que cumplan sus exigencias y reservamos todas menos una? Solo tendría opción de ir a esa...

—Si todavía no tiene casa cogida —concedió Aníbal receloso— y realmente está por aquí, no tendría más remedio que alquilar la que le dejemos. Pero no sé, Julia... Ya nos ha dicho Alejandro varias veces que no hagamos nada por nuestra cuenta y, ¿vamos a intentar guiar a MOP a una casa en concreto?

—Sí —afirmó ella categóricamente—. Se lo contamos y punto.

—No me parece buena idea, han confiado mucho en nosotros como para ahora volver a *liársela*.

La chica se encogió de hombros.

—Hacemos una cosa. Reservamos todas menos una. La que dejemos libre la cogemos nosotros unos días antes —miró el calendario—, la noche del 18 al 19 de enero por ejemplo, y vamos allí a ver cómo es. ¿Que nos parece que vamos por buen camino? pues avisamos a Alejandro e Inés y les damos hasta un mapa de la casa; ¿que no? pues no les decimos nada y hemos pasado una noche juntos en una casa rural.

—Venga... vale —aceptó Aníbal a regañadientes—. Me has ganado con lo de la noche juntos.

Julia buscó viviendas libres para los días del 21 al 25 de enero en un radio de unos 20 kilómetros de Pontevedra, Lugo, Orense, León y Zamora que admitieran mascotas, tuvieran jardín, al menos dos habitaciones y sótano, garaje o cobertizo.

—Hay tres libres —informó a Aníbal—. Dos en los alrededores de León y una en Lugo. ¿Cuál le dejamos?

—¿La de Lugo? —El chico miraba un mapa político de España en su teléfono—. Si en Galicia todavía no ha secuestrado, preferirá no desaprovechar la oportunidad antes de cambiar de Comunidad Autónoma.

—Me parece bien, vamos a reservarlas.

Tuvieron que crear diferentes cuentas en la aplicación pero, finalmente, reservaron las dos casas de León entre los días 20 y 25 de enero y la de Lugo del 18 al 19. Al caer la noche alguien ya había reservado la de Lugo para los días del 22 al 25 de enero.

Capítulo 27

“1”

Diana se miró al espejo y le costó reconocerse; no solo porque se había puesto sus viejas gafas que le hacían ver borroso, sino porque se había cambiado el peinado y hasta se había pintado exageradamente los ojos, los labios y los mofletes. Tenía que gustar a su anónimo interlocutor cuando la viera, aunque para ello tuviera que dejar de ser ella misma; y pronto también cambiaría su hogar.

—¿Merece la pena? —Le preguntó su yo del espejo que todavía dudaba.

—Sí. —Su yo apoyada en el lavabo con las manos manchadas de tinte no lo hacía.

Se limpió con una toalla vieja y volvió a la habitación.

La segunda prueba había sido muy clara: “*stremea* tu vida”. Diana comprendía lo que se buscaba que entendiera con el mensaje al completo así como con cada palabra por separado. El principal problema lo había encontrado en el “*tu*”, su interlocutor no quería que hubiera nadie más: la quería sola para él. Eso significaba que tenía que vivir sola y, como sus deseos debían ser lo primero, le había faltado tiempo para ponerse manos a la obra. Por eso tenía una veintena de llamadas perdidas de agentes inmobiliarios con los que había contactado a través de un portal web para alquilar un piso esa misma semana. Devolvió todas y cada una de ellas hasta que agendó completamente lo que quedaba de mañana y toda la tarde. Solo aceptó citas de aquellos en los que pudiera entrar a vivir al día siguiente.

El primer apartamento que visitó apenas tenía luz, era un segundo sin ascensor que daba a un estrecho patio interior. Olía a humedad y a tristeza pero si pagaba los dos primeros meses en mano, podía quedarse con las llaves y empezar la mudanza en el momento. Perfecto para ella.

Un taxi la llevó a Ikea, donde compró los muebles más baratos que encontró y contrató un servicio de furgonetas para que se los llevaran al piso nuevo, no sin antes pasar por su casa antigua para recoger las cajas que había empaquetado a toda prisa. Por un pequeño extra le dejaron montado el mobiliario del salón. El resto del piso era un vacío de gotelé blanco deslucido.

Lo último que hizo antes de acostarse en un simple colchón sobre el suelo para no conseguir dormir fue comprar la mejor cámara web que encontró en la tienda más cercana.

Capítulo 28

“20:38”

—Por fin ha llegado. —Inés se encaminó hacia la vieja impresora que les habían prestado para que utilizaran en la oficina improvisada.

Después de la decepción que se habían llevado por el resultado del operativo, no se habían atrevido a pedir al comisario que les dejara investigar al inquilino que no se presentó en el pueblo de Fontefría, aunque suponían que podría ser el propio Moisés. Antes de tomarse las vacaciones de Navidad, Morales les había dejado bien claro que a partir de ese momento no le volverían a contradecir una negativa, por muy buenas que les parecieran las pruebas inconsistentes que les proporcionaban dos veinteañeros por una vía no legal.

Los agentes sabían lo que significaba eso: a partir del día 7 de enero que volverían a su puesto, la investigación iba a estancarse otra vez, a no ser que encontraran pruebas innegablemente sólidas, independientemente de que el sujeto hubiera subido un nuevo vídeo mostrando explícitamente a una joven siendo torturada.

Ya era día 17 y el inspector estaba cansado de rebuscar entre viejos papeles del archivo esperando a recibir una información nueva que sabía que corroboraría el planteamiento que tenían desde hacía más de un mes.

—Llegado, ¿qué? —preguntó Alejandro levantando la mirada de una de las mugrientas cajas que había subido del archivo para seguir buscando el informe del viejo caso de la finca El Alcazar.

—Los movimientos de la cuenta bancaria Húngara de Moisés. —La agente esperó hasta que la impresora escupió la última copia para recoger el fajo de papeles—. Son unos cuantos.

Alejandro apartó los ordenadores y todos los documentos que había desperdigados sobre la mesa haciendo hueco para la información que acaban de recibir. Inés colocó el primer papel frente a ellos

—El primer movimiento es de abril del 2016 mira —señaló la línea—, un ingreso en efectivo de 35.000€.

—Tiene sentido. Se mudó a la finca en mayo de 2016. Debió de abrir la cuenta con la idea de usarla para lo que ingresara de internet. Vamos a mirar desde dónde saca el dinero para pagar los alquileres.

Inés buscó entre los siguientes papeles el que contenía los movimientos del mes de agosto de 2016 y los separó en dos montones. El montón de las fechas anteriores lo dejó apartado sobre una mesa de una esquina; el de las posteriores lo colocó a un lado del espacio de trabajo y extrajo la primera hoja, que depositó justo frente a ambos.

—El día 1 de agosto sacó 1.000€ en efectivo de un cajero de Bustarviejo —indicó la agente subrayando en amarillo el movimiento—, debió de ser el último pago que hizo al dueño mientras vivía allí.

Alejandro ojeó por su lado los siguientes movimientos.

—El resto son pequeños pagos —informó el agente—: gasolina, supermercados... ¿Ves algún ingreso?

Inés rebuscó entre varios papeles.

—Sí, pero tampoco son cantidades muy grandes. Casi todos de PayPal y *Mitube*.

—¿Has encontrado desde dónde sacó los siguientes 1.000€ para el alquiler del chalet? —

inquirió el inspector.

—Creo que lo he pasado, espera. —La agente examinó las fechas hasta que llegó a las primeras entradas de septiembre de 2016—. Aquí está. Sacó 1.000€ de un cajero en... —levantó la mirada hacia su compañero— Ávila.

Alejandro asintió en silencio.

—Busca los de octubre, noviembre y diciembre —ordenó—, a ver si son de Ávila también. Yo voy a ver si los de enero, febrero, marzo y abril los sacó en Salamanca.

Inés buscó y subrayó los movimientos mientras su compañero estudiaba los papeles de los meses siguientes.

—Ya están —sentenció la agente cuando hubo marcado los tres—. Todos de Ávila. Y no solo las retiradas de dinero de los cajeros, los gastos también son de Ávila ciudad. Parece que estuvo viviendo allí.

—Lo mismo pasa con Salamanca. Estuvo viviendo allí desde enero hasta abril. —Alejandro colocó los papeles que había estado inspeccionando en un montón y cogió otros diez—. Te apuesto los cafés de una semana a que los siguientes pagos hasta el mes de agosto son en Portugal.

Inés levantó el folio que había quedado sobre la pila.

—Efectivamente —concedió ojeando el papel—. De Guarda. El 2 de agosto sacó 1.000€ de un cajero allí.

—Le podemos ubicar en las provincias de las desapariciones. —Alejandro sonrió bajo la barba, aunque diez días no hubiesen sido muchos, el paripé de esperar a datos fiables para poder seguir investigando una vía que tenían clara se le había hecho eterno—. Por fin tenemos algo que nos respalda para presentar al comisario.

Pasaron las siguientes horas analizando y categorizando la información. Al terminar, tenían un montón de papeles por cada ciudad en la que suponían que había estado Moisés plagado de *post-its* y marcas.

—Está claro que tiene otra cuenta —aseveró el inspector después de no haber encontrado pagos de alquileres de apartamentos ni hoteles.

—Sí —Inés colocó el montón referente a los meses de septiembre a diciembre de 2018 en su lugar—, y además estuvo en Orense las fechas del Operativo Panoptes.

—Lo sabía... —Alejandro se mordió el labio con fuerza— era el inquilino de Fontefría y no apareció.

—¿Por qué crees que no fue? —preguntó Inés recolocándose las gafas.

—No lo sé, pero vamos a tener tiempo de sobra para pensar en ello. —Alejandro recogió los montones uno a uno y se los colocó bajo el brazo—. Voy a hablar con Morales. Quiero ir a Portugal, al pueblo donde desapareció la última chica.

Cuando Alejandro se hubo marchado, Inés volvió a colocar los ordenadores y la caja que estaba revisando el inspector cuando entró sobre la mesa. Con un movimiento automático fruto de los últimos días que llevaban rebuscando en el archivo, empezó a leer los informes que había en el interior.

Una media hora después llegó al último; era una carpeta amarillenta con poco más de una cara escrita a máquina en el interior.

“Accidente con arma de fuego en el pueblo de Canencia”, leyó.

“Agentes al cargo: Alfonso Ruiz y Fernando Morales.

Sucesos: María Rodríguez, mujer de Herminio Segarra y madre de Jose Ramón Segarra ha

fallecido de manera accidental por el disparo de un arma de fuego que está a nombre de su marido. El hombre la encontró muerta al volver de cazar con su hijo.

Testimonios: Abelardo Rodríguez, hermano de la víctima, asegura que ella no estaba en sus cabales, que la había visto hacerse daño y que cree que sería capaz de cometer suicidio.

Autopsia: El doctor Mateo Nieto Reyes realiza la autopsia del cuerpo y toma las anotaciones siguientes:

La causa de la muerte es hemorragia por herida causada por un arma de fuego en la caja torácica. El cuerpo presenta laceraciones superficiales en los costados, múltiples fracturas de huesos mal selladas y mechones de pelo arrancados de raíz. Se supone la fecha y hora de la muerte...”

La puerta se abrió de sopetón y entró Alejandro.

—El comisario nos ha dejado investigar los alrededores de las casas rurales mientras no metamos a VuelaCnD en esto. —Depositó los documentos que llevaba bajo el brazo sobre la mesa—. Prepara las maletas, nos vamos a Portugal.

La cara de Inés debió de sorprenderle, porque al instante se fijó en el fichero que sujetaba entre las manos.

—¿Qué es eso?

—El informe del suceso de la finca El Alcázar. Dicen que la tal María Rodríguez sufrió un accidente, pero todo indica a que se suicidó o fue asesinada el... —volvió a la parte del texto donde lo había dejado y continuó leyendo en alto— “25 de agosto de 1984, entre las 20:35 y las 20:40”.

Alejandro soltó un bufido.

—A las putas 20:38, seguro. —Arrancó las notas del corcho que decían “20:38” y “25 del mes” y las tiró a la basura—. Cambio de planes. Quédate para buscar a cualquiera que pueda darnos información sobre el caso. Necesitamos saber quién estuvo involucrado, cómo era la familia y a dónde fueron cuando vendieron la casa.

Inés asintió y se puso manos a la obra.

—Yo me voy a buscar más adolescentes desaparecidas —murmuró entre dientes saliendo de la sala.

Capítulo 29

“18 de enero de 2019”

Aníbal se estiró y reprimió un bostezo en cuanto paró el coche frente a la casa rural que habían reservado en Lousada, Lugo.

Habían vuelto de Valdemanco a Madrid el día 30 de diciembre para pasar los días desde Noche Vieja hasta el 17 de enero con sus familias. El día 18 a primera hora de la mañana alquilaron un automóvil y viajaron hasta la provincia gallega.

En cuanto notó que paraban completamente, Julia guardó en la mochila el libro que le había regalado Aníbal y que ya se estaba leyendo por tercera vez.

El caserón de Lugo era muy antiguo. Había sido construido con sillares de piedra desiguales y tenía las puertas y contraventanas de gruesa madera desgastada. En el jardín, que únicamente podía diferenciarse del bosque circundante por una alta verja que delimitaba la propiedad, había una farola con los cristales ennegrecidos y un hórreo con el tejado hundido. El dueño les abrió la puerta para coches y les indicó que aparcaran donde quisieran, así que estacionaron frente a las escaleras del porche delantero.

—¿El viaje bien? —preguntó bajando los escalones y ofreciéndoles las llaves.

—Muy bien, gracias —respondió Aníbal desperezándose.

—Me alegro. Aquí tenéis. —El anfitrión entregó al chico un llavero—. Hay leche, pan y agua en la cocina. Si tenéis cualquier problema, escribidme al *WhatsApp*.

—De acuerdo, muchas gracias.

—A vosotros.

El hombre se subió en una furgoneta blanca y se marchó. Aníbal cerró el portón de coches con llave mientras Julia sacaba las bolsas del maletero. Dieron una vuelta por el jardín antes de cruzar la puerta principal. En el vestíbulo, un retrato deteriorado de un anciano trajeado colgaba bajo una bombilla que emitía luz amarillenta y otorgaba a la sala un ambiente desfasado, casi tético.

—Y me daba miedo la finca El Alcázar... —comentó Aníbal mientras observaba la pintura.

Recorrieron la cocina, el salón y las habitaciones de la planta media hasta llegar a una en la que encontraron un retrato de una anciana vestida de negro frente a la cama.

Aníbal abrió un gran armario plagado de fruslerías, que estaba vacío salvo por una docena de mantas en el altillo. Luego se encaminó a los pies de la cama e inspeccionó el cuadro.

—La señora da escalofríos —comentó acercando el dedo para tocar el lienzo.

—¡No lo toques! —le gritó Julia, a lo que Aníbal se paró en seco—. Se llamaba Maruxa Rianxeira —comentó socarrona—. Cuenta la leyenda que un loco la encerró en ese mismo armario y que murió arañando la puerta para intentar salir. En las noches sin luna todavía pueden oírse sus uñas rasgando desde dentro.

Aníbal palpó la madera del interior.

—Pues aquí no hay arañazos —afirmó.

—Es que es solo en las noches sin luna, el resto del tiempo hace sus cosas de fantasma —volvió a bromear Julia paseando frente al retrato.

Subieron al piso superior. Era una enorme habitación de matrimonio abuhardillada, con terraza y baño propios. Estaba decorada al estilo del resto de la casa aunque se encontraba en peores condiciones. El agua se filtraba por el techado así que las vigas estaban hinchadas y el

ambiente enrarecido.

—Casi me da más *mal rollo* esta habitación que la de la fantasma —confesó Julia acercándose a la cama y apoyando la mano sobre la colcha—. Está húmeda. No dormimos aquí ni en broma —sentenció.

—No —aseveró Aníbal, que intentaba cerrar la puerta de PVC que daba acceso a una larga terraza y por la que se colaba el aire gélido de mediados de enero—, aquí por la noche va a hacer un frío tremendo. Esta puerta no cierra.

Bajaron al garaje. Había un estante con herramientas, un par de bicicletas infantiles oxidadas y una cortina que daba a la leñera.

—¿Encendemos la chimenera? —Aníbal recogió unos cuantos troncos secos y les quitó las telarañas con la mano.

—Perfecto, así creamos ambiente para que te cuente lo que les pasó a los dueños de esas bicicletas.

—No, no... —imploró el chico—, que aunque sea de broma me da un miedo tremendo.

Al subir, Aníbal encendió el hogar y Julia se paseó por las habitaciones para probar las camas. La más cómoda era la de la cuarto del cuadro. Avisó a Aníbal, que fue con ella y se tumbó en la cama. Sentía cómo la anciana clavaba su mirada en él a través del tiempo. Con una risita pícaro, Julia se marchó a la cocina

—¿A dónde vas? ¡No me dejes solo con la señora! —bromeó él.

La chica volvió rápidamente con un enorme cuchillo en la mano que introdujo bajo la almohada.

—Ya estamos protegidos, por si esta noche no hay luna.

—Genial, así me quedo más tranquilo. Seguro que un cuchillo cebollero es la mejor arma contra un espíritu.

Julia rió de camino al salón en busca del calor de la hoguera. Aníbal la siguió. Cuando llegó, ella estaba sentada frente al fuego, que chisporroteaba con fuerza.

El resplandor de las llamas se reflejaba en los ojos negros de Julia y hacía brillar el *piercing* que resaltaba sus labios carnosos. Empezó a mordisquearlo en cuanto se dio cuenta de que la respiración de Aníbal, de pie a su lado y mirándola con intensidad, se volvía más rápida. Él observó su figura iluminada por la hoguera, sentada en el suelo frente a él, todavía con la chupa de cuero cerrada y ceñida al cuerpo, los pantalones vaqueros negros ajustados y las Converse desgastadas. Julia se hizo una coleta lentamente. Aníbal le agarró la cara con las dos manos y la atrajo hacia sí con un impulso animal.

Después de hacer el amor frente a la chimenea, Julia jugueteaba con el anillo de plástico barato que Aníbal llevaba al cuello.

—¿Era de tu hermana?

—Sí —respondió Aníbal con la mirada fija en el techo, todavía resoplando por el esfuerzo—, lo encontré en la casa del pueblo después de su funeral. Me pareció bonito llevarlo para recordarla. —Se giró tumbado para encararla—. Se lo regaló Ángel.

—¿Mi hermano? —preguntó ella sorprendida.

Aníbal le contó la historia de la sortija.

Ella le abrazó con fuerza, se separó ligeramente, le desató el cordón del cuello, se quitó el anillo de coco con el que tanto jugueteaba, lo introdujo junto al de Sara y volvió a anudárselo al cuello.

—¿Y esto? —preguntó él desconcertado.

Julia le miró a los ojos y sonrió con cariño.

—No solo hay que recordar a los muertos.

Una lágrima solitaria recorrió la mejilla de Aníbal. Volvieron a abrazarse, y continuaron así hasta quedarse dormidos.

Julia se despertó con el maullido de un gato sobre las dos de la mañana en el sofá. La luz estaba apagada y el fuego prácticamente extinguido, así que el frío ya atenazaba y la manta que les tapaba no calentaba demasiado. Aníbal roncaba plácidamente. Se incorporó para vestirse. En la ventana que había frente a ella la cara de un hombre la observaba fijamente. El chillido de Julia fue suficiente para que el desconocido desapareciera y Aníbal se levantara de un salto.

—¿Qué pasa?

—¡Hay alguien fuera! —respondió ella a voz en grito.

—¿Qué dices?

Aníbal corrió a la ventana y recorrió el jardín con la mirada mientras Julia se vestía a toda prisa. Todo parecía tranquilo, hasta que se fijó en la entrada de peatones.

—La puerta está abierta —susurró.

—¿Le has visto? —preguntó ella atándose una zapatilla de mala manera.

—No, pero puede estar en el jardín.

Aníbal se vistió mientras Julia cerraba las maletas a todo correr. Luego se precipitaron a la entrada principal. Él acercó el ojo a la mirilla.

—¿Ves algo? —preguntó la chica casi temblando.

—La puerta ahora está cerrada —respondió él sin apartar la cara de la puerta.

—¿Qué hacemos?

—Corremos —respondió girándose hacia ella.

Corrieron al coche sin pensar. Aníbal se subió en el asiento del conductor y arrancó mientras Julia se sentaba en el del copiloto.

—¡Dale!

—Voy. —Aníbal aceleró y, al instante, se paró en seco—. La puerta de coches está cerrada. ¿Qué hacemos?

Miraron frenéticamente por las ventanillas y los retrovisores, analizando cada sombra del jardín.

—Voy a abrir. —Julia posó la mano sobre la manilla.

—Ni de broma, voy yo.

Julia miró a Aníbal a los ojos.

—Vale —concedió—, o juntos o nada.

Corrieron hacia la parte delantera del coche buscando figuras en la oscuridad, aunque estaban deslumbrados por los faros del automóvil. Aníbal tiró tan fuerte de la puerta que golpeó contra la verja.

—¡Vamos, vamos!

Volvieron al coche y salieron del chalet a toda velocidad.

A unos veinte metros por el camino de tierra pasaron por delante de un coche negro aparcado en el lateral.

—¿Has visto? —Julia se giró al verlo— ¡Era un Car4u!

—¿Has visto la matrícula? ¿Había alguien dentro?

—Ni idea. Tú conduce, luego pensamos.

Condujeron aproximadamente una hora, hasta que estuvieron suficientemente calmados como

para estacionar en una zona de descanso de la carretera. Se apearon y caminaron alrededor del vehículo.

—¿Dónde estamos? —preguntó Julia escrutando la arboleda que les rodeaba.

Aníbal miró en derredor. Todo estaba oscuro; no se veían luces ni señales.

—No tengo ni idea —declaró.

—Qué susto me he llevado —Julia hizo el gesto de girar sobre su dedo el anillo que ya no tenía.

—Como para no. —Aníbal se acercó hasta donde estaba ella—. ¿Cómo era el hombre?

—Calvo, con barba... estaba sonriendo —un escalofrío le recorrió la columna—. Tenía los ojos muy abiertos.

—Tranquila, no te preocupes. Ya ha pasado. —La abrazó—. Hijo de puta, a saber qué estaba haciendo.

Julia le miró llena de preocupación.

—¿Crees que sería MOP? —Se separó cariñosamente de los brazos de él.

Aníbal le sujetó los hombros y volvió a abrazarla.

—Tranquila, mi amor. Ya no nos puede hacer nada.

Le besó la cabeza. Ella disfrutó de la primera vez que alguien la llamaba “mi amor”.

Se separaron lentamente del abrazo y se apoyaron en el coche, con la mirada fija en la carretera, donde pasaron un largo rato en silencio.

—¿Y si vigila la casa que ha alquilado? —preguntó por fin Julia arrebujándose como pudo en la chaqueta de cuero.

—¿Todo el mes? —preguntó él quitándose el abrigo para ofrecérselo.

—O solo algunos días —continuó ella negando su ofrecimiento con la mano—. Igual estaba vigilando la casa de Orense y vio a alguno de los agentes; por eso no se atrevió a secuestrar esta vez y no apareció.

—Podría ser... —Aníbal reflexionó unos segundos y luego abrió los ojos como platos— ¡Por eso quedó una libre! Es la que iba a usar.

Julia asintió convencida.

—Tenemos que escribir a Alejandro.

—¿Esperamos a mañana? —Aníbal sacó el teléfono y miró la hora—. Son las cuatro de la mañana.

—No, le escribimos ya. Tiene que saber todo esto.

El chico comenzó a teclear.

—¿Nosotros qué hacemos? —le interrumpió Julia.

Aníbal levantó la mirada del teléfono y la luz blanquecina que emitía iluminó su semblante resuelto.

—¿Tú qué quieres hacer?

Julia recordó la sonrisa del hombre y sintió otro escalofrío. Se obligó a razonar fríamente.

—No tiene por qué ser MOP, pero tiene mucho sentido que no hubiera secuestrado el mes anterior si pensaba que la policía podía estar vigilando el domicilio, y la única manera de saberlo es que él lo estuviera vigilando también. —Julia volvió a asentir, sabía que había una pequeña posibilidad de que hubieran dado con él—. Seguimos adelante.

—Así me gusta. —Chocaron las manos y Aníbal terminó de enviar el mensaje.

—Tiene que parecer que somos una pareja normal a la que ha asustado —comentó Julia exhalándose aire cálido en las manos—. Hay que avisar al casero de lo que ha pasado y decirle que no vamos a volver. Es lo que haría cualquiera.

Aníbal reflexionó unos instantes.

—Aunque sea MOP... ¿Y si no va el día 21?

—¿Por qué no iba a ir? —preguntó ella.

El chico se encogió de hombros.

—Igual ahora no se atreve.

—¿Por qué? —insistió Julia—. Nosotros no somos nadie, solo una pareja. Y aunque no sea él, o no vaya, tenemos que intentar algo, es una oportunidad única. Mañana deberíamos de estar atentos a ver si quitan la reserva de la casa del 21 al 25.

—Me parece bien —Aníbal se encamió al asiento del conductor—. Vamos a ver dónde estamos, buscamos un hotel cerca y mañana llamamos al dueño para contarle lo que ha pasado y devolverle las llaves.

—Después de hacernos una copia —puntualizó Julia—. Por si acaso.

Capítulo 30

“Piel nívea”

Bucéfalo bajó de un salto del maletero del coche de Alejandro en Póvoa de Lanhoso, contento de poder correr por la campiña portuguesa después de seis largas horas de viaje. El inspector no le ató de primeras; había aparcado cerca de la casa rural en la que Julia había encontrado el comentario de MOP y, aunque el comisario Morales no les había entregado una orden de registro por el momento, sí que había hablado con las autoridades locales para que les permitiesen investigar el vasto campo yermo que la rodeaba en busca de cualquier pista antes de, con un poco de suerte, conseguir hablar con el dueño por las buenas. Inés le había propuesto que se llevara a Bucéfalo “por lo que pueda pasar”.

El animal paseó sin rumbo durante un rato seguido de cerca por el inspector vestido de paisano. Olfateó, correteó y le llevó algunos palos para que se los lanzara. Fue al ir a recoger uno de esos palos cuando el perro se paró en seco, con la cabeza en alto y el cuerpo completamente rígido. Entonces clavó el hocico en el suelo y empezó a olisquear barriendo el terreno.

—¿Has encontrado algo, chico? —preguntó el inspector a Bucéfalo.

Este, como respuesta, se movió en dirección contraria a la casa siguiendo una línea casi recta que encontraba zigzagueando de un lado y otro sin separar la cabeza de la tierra húmeda hasta que llegó a una zona de arbustos. Allí ladró a pleno pulmón como le habían enseñado durante años, hasta que el agente se le acercó y le acarició para hacerle entender que lo había hecho bien y que el ejercicio había terminado.

Se agachó entre los matorrales y rebuscó. No vio nada, pero aún así decidió ir a por sus utensilios al coche.

Volvió con un tamiz, una brocha, una pala grande y una pequeña de jardinería.

Cavó con intensidad hasta que golpeó algo duro. Se acuclilló, brocha en mano, y limpió los alrededores del último socavón. Poco a poco, fue apartando la oscura tierra húmeda de encima de una piel nívea, casi intacta.

—Es una rodilla —sentenció con un tono de voz que se bamboleaba en un hilo fino entre la pena y la satisfacción.

Alejandro sacó el teléfono y llamó a la comisaría.

—He encontrado un cuerpo —informó a su superior en cuanto le tuvo en línea—. Necesito un equipo forense aquí, un perro en cada una de las ubicaciones de las casas rurales de VuelaCnD y seis órdenes de registro.

Colgó sin esperar respuesta.

Decidió no seguir desenterrando el cadáver para no deteriorarlo. Llamó a Inés para contarle lo que había encontrado y pedirle que contactase con el dueño de la casa de Fontefría, a ver si el DNI del inquilino era M algo, O algo, P algo.

Después se encaminó a la comisaría de Braga, quería entrar en ese domicilio al día siguiente costase lo que costase.

Hacía meses que Alejandro no pasaba una noche de sueño ininterrumpido, así que estaba decidido a disfrutar cada minuto del incómodo catre del hotel-restaurante-tienda-gasolinera, por

eso apagó el teléfono antes de irse a dormir y no respondió a Aníbal hasta la mañana siguiente: “Estamos siguiéndole la pista. No podemos hacer nada por el momento. No hagáis tonterías”, aunque no esperaba que los jóvenes le hicieran mucho caso, como no se lo habían hecho hasta el momento.

Resopló y se levantó descansado y echando de menos a su mujer y sus hijos. Paseó a Bucéfalo, desayunó y condujo a la casa rural, donde la policía portuguesa había citado al dueño a las 9:00 para un registro no exhaustivo. Él llegó a las 8:15.

—Bom día. —El propietario del inmueble le abrió la verja con un café en la mano. No había rastro de la pareja de agentes que habían prometido mandar desde Braga, justo como esperaba—. Minha casa é sua casa. Você quer um café? —preguntó ofreciendo la taza humeante.

—Obrigado —agradeció el inspector aceptando la bebida—. ¿Puedo pasar? —preguntó separando las sílabas y gesticulando con el brazo hacia la puerta para asegurarse de que el dueño le entendía.

—Sim, sim. Sigam-me.

Dejó a Bucéfalo en el coche con las ventanillas bajadas y caminó tras el hombre hasta un salón.

—Que precisa? —preguntó el dueño de la casa ofreciéndole con un gesto que se sentara en el sofá.

—Vengo de Madrid —articuló Alejandro lentamente mientras tomaba asiento—. Soy policía —indicó enseñándole la placa. El hombre asintió severamente para mostrar que entendía la importancia de la situación—. Soy Alejandro Montemayor.

—Pedro Abreu —se presentó tendiéndole la mano para que la estrechara.

—Investigo desapariciones en España. Pienso —se maritileó la sien con un dedo—, que algo pasó aquí —apuntó ambos índices hacia el suelo.

Pedro se sorprendió.

—Aqui? Na minha casa?

—Sí, aquí. ¿Puedo echar un vistazo? —se señaló el ojo y luego hizo un amplio círculo que abarcaba la estancia entera.

—Claro, o que você quiser. —Pedro sonrió complaciente. Era un hombre al que le gustaba ayudar casi más que no tener problemas con inspectores de policía que podían involucrarle en casos de desapariciones—. Eu vou para o jardim.

—De acuerdo —respondió Alejandro levantándose—, gracias.

Pedro cogió unas enormes tijeras de jardinería y salió del domicilio.

Alejandro echó una rápida mirada en derredor; quería inspeccionar el sótano antes de que llegasen los agentes portugueses.

Recorrió la planta baja de la casa sin prestar especial atención a los detalles, hasta que encontró unas escaleras que conducían hacia abajo.

El sótano estaba a medio construir y las paredes eran de ladrillo visto. Una única bombilla colgada de un cable iluminaba una barra de bar y una mesa de ping-pong sobre una tupida alfombra.

Rápidamente tumbó la mesa contra una pared y enrolló la alfombra.

Recorrió el suelo analizando concienzudamente cada muesca que veía, pero no hubo nada que le llamase la atención. Luego inspeccionó las paredes ayudándose de la luz del teléfono, hasta que encontró restos de pintura negra en una de ellas. Se alejó un par de pasos y achinó los ojos. Parecía una pintada a medio quitar. Hizo una fotografía, aunque se anotó mentalmente

preguntarle al dueño por si fue él quien la había limpiado.

Antes de irse, agarró el lado de la alfombra para extenderla de nuevo. En la cara inferior de una de las esquinas encontró una mancha oscura.

La fotografió suponiendo que podría ser sangre.

En ese momento escuchó dos sonidos a la vez; pisadas sobre él y el tono de llamada de su teléfono. Era el número de la comisaría, así que silenció el aparato al ver que Pedro bajaba por la escalera seguido de dos agentes jóvenes con el uniforme de la Guarda Nacional Republicana.

—Buenos días —saludó con acento gallego uno de ellos cuando llegaron abajo—. Lamentamos la tardanza. ¿Necesitas ayuda?

—La verdad es que sí —Alejandro agradeció con un gesto de cabeza la predisposición del compañero, no esperaba recibir amabilidad cuando el mensaje que creía que estaba mandando era “he tenido que venir desde otro país porque sois incapaces de investigar una desaparición vosotros solos”, pero ellos simplemente apreciaban la ayuda de alguien más experimentado—. ¿Podrías preguntarle a Pedro si había algo escrito en esa pared?

El agente tradujo al portugués. Pedro asintió, buscó una foto en su teléfono y se la enseñó a Alejandro. Era una frase casi borrada.

—¿T... v.. a ...r gri...? —preguntó el inspector en voz alta—. ¿Me podría enviar esta foto?

Intercambiaron teléfonos y el dueño le envió el archivo.

—¿Le puedes preguntar cuándo hicieron esta pintada?

El agente gallego no tuvo que traducir, Pedro ya se había imaginado la pregunta y tenía la respuesta preparada.

—Fim de Agosto.

—¿Finales de agosto? —preguntó Alejandro para asegurarse al policía lusitano, que asintió.

La fecha coincidía con la desaparición de Mariña Moreno en Póvoa de Lanhoso.

—¿Me puede enseñar el DNI del inquilino que estuvo esos días, por favor?

Mientras el agente traducía, le sonó una notificación de *WhatsApp*. Alejandro extrajo su teléfono para verla.

~Inés

No te lo vas a creer

A que no te imaginas cómo se llamaba el que tenía alquilada la casa de Fontefría el fin de semana del operativo?

En ese momento, Pedro enfocó su teléfono hacia él. En la pantalla se veía la foto de un DNI. El hombre era delgado, calvo, llevaba una espesa barba morena, gafas y tendría unos 40 o 50 años. El nombre era Miguel Olalla Pacheco.

Al agente le llegó un nuevo mensaje de su compañera.

~Inés

Marco Ortiz Pozos.

Inés llamó al timbre y esperó frente a la puerta desvencijada de un piso de Navalafuente. Esa misma mañana había escrito a Alejandro el nombre del inquilino que tenía reservado el domicilio que no se había ocupado durante el Operativo Panoptes, pero también había conseguido la dirección del último familiar vivo de María Rodríguez: su hermano.

Un anciano consumido por el hambre insaciable del tiempo la recibió en una oscuridad que habría sido total de no ser por la estrecha rendija de luz que se colaba a través de dos pesadas cortinas en un salón al fondo de un largo pasillo.

—Buenos días. —El hombre, con la espalda encorvada y apoyado sobre un mellado bastón, dirigió su mirada hacia ella. Tenía los ojos completamente blancos por las cataratas y el poco pelo canoso que le quedaba le salía de la parte inferior del cuero cabelludo y colgaba, largo y libre, en dirección al suelo—. ¿Quién es? —preguntó aún estando a menos de tres palmos Inés, que vestía el uniforme reglamentario.

—Buenos días —respondió ella antes de nada—. Policía Nacional. ¿Es usted Abelardo Rodríguez?

—Sí, lo soy —el hombre hizo un intento fallido de enderezarse.

—Me llamo Inés Fierros, me gustaría hablar con usted sobre la muerte de María Rodríguez. Tengo entendido que es usted su hermano, ¿es así?

El hombre suspiró con tristeza.

—Sí, lo soy. —La mano con la que sujetaba el bastón empezó a temblar por la edad—. ¿Prefiere hablar dentro?

—De acuerdo.

La agente tuvo que caminar a un paso sorprendentemente rápido para seguir al hombre a través del oscuro corredor hacia el salón. Su mano temblaba, pero el golpe del cayado contra el suelo sonaba como un martillo impactando un yunque.

Se sentó en el duro sillón que le indicó Abelardo con la mano.

—¿Qué quiere saber? —preguntó el hombre después de sentarse frente a ella con mucha dificultad.

—Todo lo que recuerde. Estamos investigando un caso que está relacionado con la finca El Alcázar, y hemos encontrado el informe del accidente que tuvo María.

El hombre negó lentamente.

—No creo que fuera un accidente. Usted no conocía a mi hermana ni a mi cuñado, Herminio. Dios los tenga en su gloria. Eran otros tiempo, pero aún así... —El anciano se recostó pesadamente en su asiento—. Lo de esos dos no era normal.

—¿En qué sentido? —Inés se preparó para anotar cada palabra que saliera de la boca del hombre.

—Ella era muy joven y él era muy mayor. Cuando se casaron, digo. Mi padre no tenía dote y Herminio era hijo único y llevaba toda la vida de guerra en guerra. A los dos les venía bien el enlace, ¿sabe? —La agente asintió, aunque el hombre no lo viera—. Sobre todo a mi hermana, que estaba en estado.

—¿Estaba embarazada?

—Sí, pero solo lo sabían ella y mi madre. En cuanto se casaron, Herminio se fue a Galicia a trabajar para El Caudillo, y dejó a mi hermana en la finca. El niño se crió con ella y... bueno, María no era persona para ser madre. Ahora estaba pletórica, ahora gritaba. Cuando estaba nerviosa se arrancaba el pelo y se arañaba la piel. —El anciano suspiró—. No dejaba a nadie acercarse al niño. Solía ir desaliñado y andrajoso... ni siquiera le llevaba a la escuela. —El anciano se incorporó con dificultad como si fuera a contarle una confidencia—. Cuando le veía

por ahí solo le daba un par de pesetas y le decía que se lo gastara en chocolate, para que ella no se las quitara. —El hombre volvió a reclinarse y tomó aire pesadamente—. Se puede imaginar lo que pasó cuando murió El Generalísimo y Herminio volvió a casa.

—No, ¿qué pasó?

—Pues que se encontró con un hijo que no era suyo y una mujer a la que apenas conocía y que le faltaba un tornillo. Por ahí dicen que zurraba al chaval a base de bien, y yo me lo creo. Tampoco me sorprendería que mi hermana pusiera su parte contra el niño para caer en gracia a Herminio, no sabría decirle —se encogió de hombros apenado—, no volví a verla. Cosas de la vida. Por lo menos empezamos a ver más al chaval... siempre desde lejos, claro. El padre se lo llevaba de caza y a veces vendían piezas a Mari Sol, la carnicera. En esa época es cuando me preocupé por él de verdad. —Abelardo se colocó el bastón sobre las piernas y lo agarró con ambas manos, rotándolas sobre él como si escurriera un trapo—. Estaba muy delgado y solía ir lleno de moretones y calvas... un día le vimos ir a la fuente con la boca ensangrentada y un diente en la mano. Intenté hablar con Herminio, ¿sabe? Pero no aceptaba que se le dijera nada del niño, ni aún viniendo de mí. También quise hablar con María, pero no salía de la casa para nada. Hasta la compra hacía mi cuñado. —El anciano resopló pesadamente—. Pocos años después me vino a contar la Isidora que la policía había ido a la finca de Herminio y que mi hermana se había disparado sin querer. —El hombre se incorporó y miró directamente a Inés, que sintió cómo los ojos del hombre la perforaban a través del denso velo lechoso que curbía sus pupilas—. ¿Se lo creería usted?

Ella sintió un escalofrío.

—No, claro que no.

El anciano volvió a relajarse y se recostó en su asiento.

—Pues yo tampoco, ni nadie del pueblo... solo se lo creyó el inspector ese que quería cerrar todos los casos que pudiese. Y ahí le tiene —hizo ademán de escupir al suelo—, comisario en Alcobendas.

—¿Sabe qué fue de ellos? —preguntó la agente haciendo un esfuerzo por pasar por alto la falta de respeto a su comisario.

—Al morir mi hermana vendieron la finca y se mudaron... a Valdemanco, creo. Ví a Joserra en el funeral de Herminio. Estaba gordo como un ceporro y no dijo una sola palabra. —El hombre cerró los ojos en gesto beato—. Le juro por Dios que sonrió cuando enterraron a su padre.

—¿Sabe dónde está Jose Ramón ahora?

—No —respondió el anciano rápidamente, reflexionó un par de segundos y luego continuó—, pero tengo algo que le puede interesar. —Volvió a apoyar el cayado en el suelo y se levantó volcando todo su peso sobre él—. Se gastó la herencia del padre en poner una tienda de alquiler de películas —continuó recordando mientras caminaba hacia la puerta de la estancia—, pero no le fue bien. Comentaban por el pueblo que tuvo que vender el piso y que vivía allí. —Se paró bajo el marco de la puerta y negó con la cabeza—. El pobre no tenía ni un solo amigo con el que quedarse. —Orientó de nuevo la mirada hacia el lugar donde estaba la agente—. Hace unos años se presentó aquí de sopetón, y me pidió que le guardara unas cajas. —Alzó el bastón sobre la cabeza y golpeó dos veces la puerta de un altillo—. Supongo que, si está usted aquí preguntándome por él, no va a venir a recogerlas.

Inés se levantó con la mirada fija en el altillo.

—¿Recuerda hace cuántos años? —preguntó la agente caminando hacia él.

El anciano se rascó la barbilla.

—Pues no sé hace cuánto, pero me pilló viendo las noticias. Fue la época de lo de Cataluña y el Brexit.

Inés recordó rápido.

—¿2016?

El anciano extendió las temblorosas manos con las palmas hacia arriba, en señal de impotencia.

—No lo sé, hija. No sé ni en qué año estamos.

—¿Podría ser finales de agosto? —preguntó casi a ciegas, esperando que coincidiera con la desaparición de Sara.

Abelardo se encogió de hombros.

—Calor hacía. Joserra se quitó la camiseta subiendo las cajas. Tuve que ponerle un ventilador y todo.

Inés anotó el dato.

—¿No le dijo a dónde iba?

Abelardo negó.

—Dijo que tenía que irse por trabajo, nada más.

La agente se colocó bajo el marco de la puerta, al lado del hombre.

—¿Le importa que revise las cajas?

—Haga lo que quiera con ellas —respondió el anciano volviendo a su sillón.

Inés tuvo que subirse a un taburete para llegar al altillo. El hueco recorría toda la longitud del pasillo y, por lo que pudo observar con ayuda de la linterna, José Ramón lo había ocupado al completo.

Se echó sobre el pecho la primera caja de cartón enmohecido. No pesaba tanto como esperaba. Bajó de la silla y la depositó sobre el suelo. Sopló el polvo que había cubierto las solapas durante años y la abrió.

En el interior había una treintena de cintas de vídeo colocadas en vertical. Inés extrajo la primera y la giró para ver la carátula.

—¿Qué hay? —preguntó Abelardo, que llevaba todo el rato escuchando atentamente.

La agente leyó el título. “Fridas erste Folter mit Elektroden”. La portada mostraba a una joven completamente tensa, desnuda y encadenada a un potro. Tenía los ojos vendados y varios cables pegados al cuerpo.

—Cintas de vídeo —respondió intentando que no se notara cambio alguno en el tono de su voz—. ¿Le importa que me las lleve? Podrían ser importantes para la investigación.

—Por mí como si te las quedas. —El anciano se señaló los ojos blanquecinos con el índice y el corazón de la mano izquierda mientras sonreía—. Tampoco es que vaya a darles uso.

—Gracias —respondió Inés suponiendo que no era la clase de persona que querría usarlas.

Capítulo 31

“22 de enero de 2019”

El mensaje de Alejandro había tranquilizado a Julia y Aníbal pero, efectivamente, no les había disuadido. Habían estado desde el 19 de enero en la habitación de hotel más barata que encontraron en Lugo, pensando en la mejor manera de encontrar una forma de incriminar a MOP, si es que realmente era el siguiente inquilino de la casa rural.

—“Solo cuando conoces cada detalle de la condición del terreno puedes maniobrar y luchar” —había dicho Julia antes de dibujar un plano sorprendentemente detallado del caserón.

—Gracias, Confuncio —había respondido socarrón Aníbal mientras abría una de las cinco cámaras wifi que habían comprado para colocar en el domicilio el día 22 e intentar grabar al inquilino que pasara allí los siguientes días.

La respuesta de Julia fue una sonora carcajada y un beso en la mejilla de él antes de puntualizarle que el escritor de “El arte de la guerra” es Sun Tzu.

El día 22 madrugaron y condujeron al caserón de Lousada. Habían planeado aparcar en el camino, lejos de la casa, y esperar a ver al dueño pasar después de que preparase el domicilio para la visita del nuevo inquilino. Entonces entrarían a poner las cámaras para asegurarse de que no las encontraba y las quitaba.

Vieron su coche de ida hacia el domicilio sobre las cuatro de la tarde y de vuelta sobre las siete y media.

Se apearon del automóvil nada más verlo irse y anduvieron rápido unos treinta minutos hasta que llegaron al recinto. Miraron a través de la verja para asegurarse de que no había nadie y entraron. Julia se movió rápido hacia el hórreo, escondió la primera cámara entre los maderos del techo y se apresuró al edificio principal. Aníbal colocó la de la cocina primero y luego bajó al sótano a poner la segunda. Justo cuando se encontraban cada uno a un lado del pasillo oyeron coches entrando en el jardín. Se quedaron petrificados en el sitio, sin saber qué hacer.

—Perdón otra vez por hacerle venir a recogerme, no me apaño con estos cacharros. —La voz se oía claramente a través de las ventanas abiertas. Era grave y se parecía a la de los vídeos.

—No se preocupe, la mitad de estos caminos no salen en los GPS ¿Le voy enseñando la casa? —Era la voz del dueño, con un marcado acento gallego.

—Sí, vamos. —Se escuchó el potente ladrido de un perro—. Calla, Ulrich.

Aníbal miró a Julia con ojos desorbitados.

—¿Le va a enseñar la casa? —vocalizó ella sin emitir un solo ruido.

Aníbal se encogió de hombros y se revolvió.

—¿Qué hacemos? —susurró él.

Las voces se oían todavía distantes, aunque ya habían entrado en el recibidor.

—Cuelgue el abrigo aquí si quiere —oyeron ofrecer al propietario.

—Gracias —respondió la voz del inquilino.

Julia hizo ademán de hacerse un ovillo.

—Escóndete —vocalizó, y se dirigió con paso extremadamente cauto escaleras arriba. Él, por su parte, se introdujo en la primera habitación que encontró: la del cuadro de la anciana.

Se oyeron pasos adentrándose cada vez más en la casa.

—Este es el salón —informó el dueño—. Ahí tiene la chimenea, hay leña en el sótano.

Julia se arrastró bajo la cama de matrimonio. Aníbal se metió en el armario de la habitación del cuadro y cerró la puerta. Los pasos avanzaron por el pasillo. Ella apenas oía más que dos murmullos, pero Aníbal escuchó alto y claro cómo el propietario mostraba al inquilino la habitación contigua, interior del armario incluido.

Las pisadas sonaron más cerca. Aníbal introdujo las puntas de los dedos en la rendija que dejaban las puertas del mueble en el que estaba escondido y tiró ligeramente hacia sí para cerrarlas completamente. Aunque no consiguió hacerlo, la separación que quedó era suficientemente estrecha como para que no pareciera que estaban abiertas. Luego guardó el silencio más fácil de su vida.

Se encendió la luz. Aníbal apretó los puños con todas sus fuerzas y se preparó para salir corriendo en cualquier momento.

—Esta es la otra habitación —enunció el hombre gallego— pero si no la va a usar, la cierro.

Una sombra pasó por delante del armario hacia la cama.

—¿Y este cuadro? —preguntó la voz que recordaba a Aníbal a la de los vídeos.

—Es de una tía abuela mía —respondió el dueño.

Aníbal pudo escuchar cómo alguien se tumbaba en la cama.

—Es bastante cómoda.

Las voces callaron. Recordó el cuchillo bajo la almohada y contuvo el aire de manera inconsciente. Rezó porque el dueño hubiera cambiado las sábanas aunque ellos no hubieran deshecho la cama.

Volvieron a sonar muelles y pasos. Una sombra cubrió completamente la rendija del armario. Aníbal escuchó cómo el dueño agarraba los pomos de las puertas, a escasos centímetros de su cabeza.

—Ahí hay mantas imagino —comentó el hombre de la voz grave. Aníbal era una goma fina de la que cuelga un gran peso, un gato con el lomo erizado... un gatillo percutido que podía sentir en el estómago lo mismo que se siente el primer instante de una caída libre—. No se preocupe, no voy a usar este cuarto. Puede cerrarlo como el otro.

Aníbal exhaló lentamente el aire que había mantenido en sus pulmones durante medio minuto eterno.

Las sombras volvieron a cruzar frente a la rendija, apagaron la luz y dejaron la habitación. El anfitrión cerró la puerta con llave.

Aníbal sacó el móvil a toda prisa; tenía cinco mensajes de Julia.

~Julia

Dónde estás?

Qué pasa?

Dónde estás?

Estoy debajo de la cama de matrimonio, estoy cagada de miedo

Qué está pasando?

~Aníbal

Me han encerrado en el cuarto del cuadro

Estoy metido en el armario pero han cerrado la puerta con llave

Qué hacemos?

Aníbal escuchó cómo las voces se distanciaban.

—Aquí está la cocina —continuó el anfitrión—. Tiene leche, agua y pan.

—Gracias.

—¿Quiere ver la habitación grande?

—Claro.

Las pisadas se acercaron a la escalera.

~Julia

No sé

~Aníbal

Tranquila, no va a pasar nada

Ahora tápate la boca y guarda el móvil

Van a subir

Julia sintió cómo se le disparaba el pulso. Escuchó a los dos hombres ascender y, al encenderse la luz, pudo ver dos pares de botas embarradas.

—Este es el cuarto de matrimonio —continuó explicando el dueño—. En ese armario hay edredones, por si hace mucho frío, y aquí está la terraza.

Los pasos del inquilino avanzaron hasta el balcón, a los pies de Julia, donde no podía verle. Se hizo el silencio. Julia pensó que iban a oír su respiración, los latidos de su corazón, el roce de su ropa contra el suelo. Pensó en el camino que tendría que hacer corriendo escaleras abajo y los giros que dar hasta la puerta. Luego se perdería en el bosque. Pensó en salir y dar un puñetazo con todas sus fuerzas al inquilino. Pensó en gritar.

—Hoy no hay luna —comentó el visitante con voz pausada.

—Si la hubiera, vería usted el monte. Todo verde.

Las pisadas del inquilino volvieron a avanzar hacia la escalera hasta que Julia pudo verle de nuevo las botas. Apagaron la luz y les escuchó bajar. Al cabo de cinco largos minutos oyeron cómo se abría la puerta del jardín y salía un coche. Luego el sonido de la puerta principal cerrándose de golpe.

El visitante atravesó el vestíbulo emitiendo chasquidos con la lengua al ritmo de un metrónomo.

Chick... chack, chack, chack...

Capítulo 32

“AYUDA!”

El cadáver pálido de la joven Mariña destacaba en la morgue como la luna en un eclipse solar; no debería estar ahí, pero a la vez era su lugar.

Alejandro observaba desde el quicio de la puerta cómo el forense que habían mandado desde Madrid escrutaba el cuerpo y tomaba anotaciones ayudándose de una tablilla sujetapapeles. Sabía que, durante ese 22 de enero, se realizarían otros cinco análisis parecidos en diferentes partes de España y Portugal de los cinco cadáveres cubiertos con máscaras de látex que habían desenterrado en los alrededores de las casas que había encontrado Julia.

—¿Vas a entrar? —El doctor le observó a través de las gafas.

El inspector asintió y se encaminó hacia el cadáver de la chica.

—¿Qué has encontrado? —preguntó evitando una mueca de desagrado.

—Murió asfixiada hace muy poco menos de cinco meses. Tiene quemaduras de cigarrillo en la nuca. —Se dirigió hacia donde descansaba la cabeza—. El pelo fue arrancado a mechones. También tiene cortes profundos en el pecho —indicó el galeno señalando la zona—, probablemente producidos post-mortem por un cuchillo grande. —El médico se encaminó hacia la parte superior del cuerpo y le abrió la boca—. Le falta el canino superior izquierdo.

Alejandro se paseó observando con detenimiento.

—¿Y no superficial?

El médico miró su informe.

—Fue sedada con Rohypnol en una cantidad bastante alta, así que probablemente estuvo inconsciente durante una hora o dos y luego bastante aturdida, espero que hasta que murió.

—¿Cómo llegó la sustancia a su organismo? —preguntó el inspector.

—Probablemente fue ingerida, no tiene marcas de agujas de ninguna clase.

—¿Restos de semen?

El forense cerró los ojos y suspiró antes de continuar.

—Sí, pero no coinciden con nadie que tengamos fichado.

—¿Y coincide con el que hemos encontrado en las otras casas? —inquirió Alejandro.

—Eso sí.

El inspector le estrechó la mano en señal de agradecimiento y se dirigió a la mesa que le habían cedido en la comisaría de Braga.

En la casa, todo lo que habían encontrado eran restos de sangre de la víctima, de semen que tampoco tenía coincidencias y la pintada que, gracias a un estudio más exhaustivo, ahora sabía que decía “Te voy a oír gritar”, el título del vídeo que había subido MOP el día 25 de agosto. También habían encontrado restos de pintadas en las demás casas que podrían ser los títulos de los vídeos que se habían subido un 25 de mes a las 20:38.

Nada más sentarse frente a la pantalla le sonó el teléfono.

—Hola Inés. —Su compañera ya le había informado de la conversación con el anciano y del contenido de las cajas: más de un millar y medio de películas de pornografía gore de diferentes países, entre cintas y DVDs. Ahora investigaba a los inquilinos que habían estado en las casas alquiladas a través de VuelaCnD en las fechas de las muertes—. ¿Qué pasa?

—Mira el correo —respondió ella al otro lado del aparato—. Te he mandado todos los DNIs de los sujetos.

—¿Todos MOP? —preguntó el agente abriendo rápidamente el correo electrónico en el ordenador de sobremesa.

—No he querido mirarlos antes que tú —admitió su compañera.

Alejandro descargó los archivos y fue abriéndolos uno por uno. El primero que clicó fue el que ya había visto en el teléfono del dueño del alojamiento de Viana do Castelo, el hombre de gafas, calvo, delgado y con una poblada barba morena. El segundo que vio fue el que había reservado en Orense durante el operativo Panoptes. Era el mismo hombre. Después abrió el de la casa de Vila Real de abril de 2018. Tenía la barba algo más corta y estaba menos delgado. Siguió abriendo los demás, acercándose cada vez más a la fecha de la muerte de Sara. El sujeto seguía siendo calvo, pero la barba continuaba menguando mientras que él estaba más gordo. Todo ellos tenían por iniciales MOP. En la foto del DNI con el que se alquiló la casa de Ávila, el hombre todavía no se había afeitado la cabeza, ni tenía barba, ni llevaba puestas las gafas. Tenía algo de sobrepeso y era moreno.

Alejandro le reconoció al instante. Apretó los dientes con todas sus fuerzas.

—Sé quién es este hombre —afirmó odiándose para que lo escuchara su compañera al otro lado del teléfono—. Es el puto conductor del Car4u que tenía que recoger a Sara la noche que desapareció. —Se puso en pie rápidamente, descartando el sentimiento de desprecio por sí mismo que notaba crecer en su interior y buscando centrarse en cuestiones más prácticas—. Se llama Ramón Rodríguez. Encárgate de las cuentas bancarias a su nombre, yo voy a hablar con Car4u a ver qué tienen de él. Quiero saber quién es, qué le gusta, qué va a hacer y, sobre todo, dónde está. —Alejandro tomó aire—. Hablé con él... ¡joder! —Golpeó la mesa tan fuerte que se saltó un tornillo de la pata.

—Recibido —respondió someramente su compañera, imaginándose el humor del que estaba Alejandro.

El inspector colgó y llamó inmediatamente a su comisario para ponerle al día y conseguir permiso para hablar con la empresa de transportes, a la que telefoneó a continuación.

—Necesito toda la información que tengan de Ramón Rodríguez, que trabajó para ustedes en la sierra de Madrid en agosto de 2016.

—Un momento —respondió la mujer con la que le habían pasado después de identificarse y explicar el asunto a un teleoperador y varios de sus jefes—, sí.

Mientras la responsable de recursos humanos buscaba en sus archivos, Alejandro continuó indagando.

—Necesito que mire lo primero dónde está trabajando ahora

—Claro, de acuerdo. —El inspector escuchó sonido de teclas presionadas durante más de medio minuto—. A ver... estuvo en Orense desde septiembre y ahora está en... Lugo.

El inspector volvió a golpear la mesa, esta vez con la palma de la mano.

—¿Domicilio? —preguntó sin perder un segundo.

—Rúa Laverca número 14, 3º Izquierda.

El agente lo apuntó rápidamente, colgó tras darle a la teleoperadora su correo electrónico para que le enviara toda la documentación y llamó a Inés.

—Tengo la dirección de su casa —empezó sin rodeos.

—No te va a servir de nada —respondió ella con voz gélida—. He accedido a su cuenta bancaria. Tiene una casa rural alquilada hasta el día 25 en Lousada, un pueblo de Lugo.

El inspector descolgó su largo abrigo del perchero y se encaminó hacia la puerta de la comisaría portuguesa.

—Mándame la ubicación y habla con Morales para que se coordine con la policía gallega. Yo

voy para allá ahora mismo.

Justo antes de deslizar el teléfono en el bolsillo del pantalón, una notificación apareció en mitad de la pantalla. Era un *WhatsApp* de Aníbal con el enlace a una ubicación y una única palabra: “AYUDA!”.

Capítulo 33

“Noche del 22 de enero de 2019”

~Julia

Joder qué está pasando?

Dónde está?

~Aníbal

No oigo nada

Creo que en el salón

He escrito a Alejandro, le he mandado la ubicación

~Julia

No le da tiempo a llegar

Qué hacemos?

~Aníbal

Yo estoy encerrado

Esperamos a ver qué hace y nos vamos en cuanto podamos

~Julia

Cómo vas a salir tú?

~Aníbal

Por la ventana

Crees que puedes saltar desde el balcón?

~Julia

No me va a quedar otra

La luz de la habitación en la que se escondía Julia se encendió de repente. Ella, todavía bajo la cama, dejó caer el móvil del susto, que emitió un ruido sordo. Con esa misma mano se tapó la boca. Podía ver los pies del hombre, ahora con zapatillas de andar por casa azules oscuras con un escudo en un lado. «Por eso no le he oído subir», pensó.

Chick... chack, chack, chack...

En cuanto escuchó los chasquidos que emitía el hombre con la lengua tuvo claro que habían encontrado a MOP. Se mandó callar mentalmente; hasta sus pensamientos le parecían ruidosos.

El hombre rodeó la cama en dirección a la puerta de la terraza hasta que Julia dejó de verle los pies. Gracias a un crujido de muelles y una bajada del somier a la altura de sus gemelos, la chica supo que el sujeto se había sentado sobre la cama. Al cabo de unos segundos todo quedó en silencio. Ella reunió el valor necesario para mirar. Escuchó un nuevo chirriar de muelles; el hombre se había movido. Miró hacia sus pies. Moisés la observaba fijamente con la cara del revés y la sonrisa canina que esbozaría un lobo hambriento al cruzarse por casualidad con un conejo malherido. A Julia se le heló la sangre en las venas. Entonces notó cómo una mano le agarraba fuertemente del tobillo y tiraba de ella hacia fuera.

Julia chilló.

Aníbal lo escuchó.

—Joder —maldijo el chico todavía escondido—, ¡otra vez no!

Salió del armario e intentó abrir la puerta de la habitación con todas sus fuerzas. No lo consiguió.

—¡Corre, Aníbal! —El grito de Julia fue desgarrador.

—¿Aníbal? —En la voz de Moisés podía notarse que estaba disfrutando—. Así que tienes un amigo, ¿eh? ¿¡Me oyes, Aníbal!? —gritó a pleno pulmón— ¡Como llames a la policía le rajo la garganta! ¿Entendido? ¡Tengo ahora mismo un cuchillo sobre su cuello! Su cuello que... —El hombre la olió fuertemente y luego se lo lamió—. ¡Su cuello que huele a coco!

—¡Déjala en paz! —Aníbal marcó el 112 en su teléfono, lo puso en altavoz y lo lanzó sobre la cama—. ¡¿Me oyes?! ¡Déjala en paz!

—¡No te preocupes por ella! Sube despacio y con las manos en alto y no le pasará nada.

—¡No subas Aníbal! —exclamó Julia.

Moisés presionó el filo del cuchillo de caza contra la mandíbula de la chica.

—Cállate la puta boca si no quieres que te raje —le susurró al oído—. Aníbal..., Aníbal... ¡Aaaanda! ¿No serás Aníbal Guerrero, no? Sube un rato y charlamos, que quiero contarte un par de cosas de tu hermana.

—¡Hijo de puta! —gritó Aníbal apretando los puños.

El hombre rió estrepitosamente.

—¡Te voy a dar quince segundos para subir!

Aníbal susurró “Lousada, Lugo” al teléfono y miró a su alrededor.

—¡Quince! —tronó la voz a través del caserón.

Aníbal cerró los ojos, contó hasta tres y exhaló suavemente como le había enseñado Julia. Al abrirlos su mirada se cruzó con la de la anciana del cuadro y se acordó del cuchillo.

Metió la mano debajo de la almohada esperando, esta vez, que el dueño no hubiera cambiado las sábanas. Palpó rápidamente hasta que notó el duro mango de madera.

—¡Catorce!

Sacó el cuchillo y corrió a mirar por la ventana. Daba justo bajo la terraza.

—¿Cómo era lo que dijo Julia de *El arte de la guerra*? —farfulló para sí mismo—. Hay que conocer el terreno o algo así. Piensa, Aníbal...

—¡Trece!

«La puerta de la terraza no cierra», pensó casi con la voz de Julia.

Aníbal supuso que estarían encarando la escalera, de espaldas a la puerta del balcón del cuarto de matrimonio, que no cerraba. La ventana de la habitación en la que se encontraba él estaba justo debajo. Si trepaba desde allí, llegaría a la terraza y pillaría a Moisés desprevenido y por la espalda.

—¡Doce!

—¡Vale, ya subo! —cedió a voz en grito—. ¡Traquila Julia, todo va a salir —pronunció la palabra “salir” más fuerte y con una cadencia diferente al resto de la frase, para ver si ella entendía lo que se proponía— bien!

—¡Tengo que verte! —exclamó el hombre— ¡Once!

Julia supuso que era el momento de distraer a Moisés. Tomó una profunda bocanada de aire dispuesta a soltar toda la verborrea que pudiera.

—Él estaba muy apegado a su hermana —comentó la chica hablando a toda velocidad—, se inventaba historias con sus peluches y cocinaban juntos.

—¿Qué dices? —La pregunta de Moisés se pareció más a un ladrido.

En cuanto Aníbal oyó las voces, se colocó el cuchillo en el cinturón, salió por la ventana y trepó el postigo de madera. Escuchó un sonoro trueno y notó ligeras gotas de lluvia cayendo sobre él.

—No sé qué digo —continuó Julia atropellándose—, estoy nerviosa. La cosa es que yo nunca he tenido esa relación con mi hermano, éramos más bien gente que vivía en la misma casa que...

—Cállate, joder. —El hombre sacó un pañuelo sucio de su bolsillo con la mano izquierda y se lo introdujo a Julia en la boca—. ¡Se está acabando el tiempo! —gritó volviendo la mirada hacia la escalera— ¡Si en cinco segundos no te veo, le rajo el cuello y bajo a por ti después!

Aníbal se encaramó por fin a la barandilla del balcón y echó un vistazo rápido a través del cristal de la puerta.

—¡Cuatro!

Vió la espalda del hombre y el pelo de Julia.

—¡Tres!

Se dejó caer sobre las baldosas de piedra, se levantó y corrió hacia la habitación precedido del sonido de otro potente trueno.

—¡Dos!

Aníbal abrió la puerta de una patada y se abalanzó sobre Moisés, clavándole el cuchillo entre los omoplatos y sacándolo rápidamente. Moisés se giró instintivamente haciendo a Julia un corte profundo en el cuello y lanzándola despedida contra la cama. Aníbal aprovechó la oportunidad para darle una segunda puñalada en el hombro izquierdo con tanta fuerza que le tiró al suelo. El hombre lanzó dos cuchilladas mientras caía; una rozó la oreja de Aníbal, la otra le atravesó la córnea del ojo derecho, luego el iris y el cráneo, hasta introducir unos cuatro centímetros de filo sentenciador y mortal en el interior del cerebro de Aníbal, desgajando en dos su lóbulo frontal.

Un terror visceral le atenazó el estómago a Julia mientras observaba como el ojo izquierdo de Aníbal la buscaba una última vez.

El cuerpo inerte de su novio cayó al suelo a plomo, con el puño del arma de Moisés todavía asomando por su cuenca ocular.

Julia chilló hasta quedarse sin aire y, aunque a partir de entonces el tiempo pasó sorprendentemente lento, después solo recordaría la última mirada que se había quedado

cincelada en el ojo izquierdo sin vida de su novio clavada en la suya: una mirada de terror, de auxilio, de amor, de pena... Una mirada que gritaba “corre”.

Sin pensar, Julia agarró el cuchillo sanguinoliento de la mano del cuerpo sin vida de Aníbal. El hombre se giró hacia ella e intentó pararla con las manos, pero no fue suficientemente rápido. Con la agilidad y la fuerza de una leona, Julia le dio una primera puñalada en el cuello, otra en el esternón y tres, cuatro, cinco cuchilladas más en el estómago con las dos manos, hasta que su chillido se había convertido completamente en llanto de rabia, y dolor, y pena, y los sollozos y el esfuerzo la dejaron sin aire.

Se arrastró hasta el cadáver de Aníbal a través de un charco de sangre suya, y del chico, y de Moisés, y se sentó junto a él. Colocó la ensangrentada cabeza de su amante sobre su muslo y le besó, le acarició el pelo, y lloró hasta que perdió la noción de la realidad.

Capítulo 34

“Master of Puppets”

Alejandro recibió una llamada de Inés cuando conducía a pocos kilómetros de la ubicación que le había enviado Aníbal. La agente había investigado a Jose Ramón Segarra, el hijo de la víctima del accidente de la finca El Alcázar, y había encontrado que el día de la muerte de su padre se cambió el orden de los apellidos para pasar a ser Ramón Rodríguez. Con el dinero de la herencia había comprado un videoclub, que quebró con los años, y empezó a trabajar para Car4u.

El inspector colgó la llamada de mala manera; acababa de entrar en el camino de tierra que llegaba hasta la casa. Estaba encharcado y casi no veía con la cortina de agua que cubría la luna cada instante después de que pasara el limpia parabrisas.

Condujo como pudo unos diez minutos hasta que el navegador del teléfono le indicó que había llegado a su destino. Frenó prácticamente derrapando y corrió hacia la entrada sin siquiera ponerse la capucha.

Se paró frente a la verja y miró al interior. Había un coche negro aparcado en el jardín y la casona tenía un par de luces encendidas, pero no podía ver u oír mucho más en medio de la tormenta.

Saltó la cancela, introdujo la mano en el bolsillo en el que llevaba su arma reglamentaria y corrió hacia la entrada. En ningún momento vio la sombra oscura de unos treinta kilos que corrió hacia él desde una esquina del jardín.

El pitbull le mordió el gemelo con todo el impulso de la carrera. Le tiró al suelo y rodaron juntos, la bestia todavía manteniendo su presa, hasta que el agente consiguió frenarse clavando el codo en el barro.

El animal actuó por instinto y, si en ese momento le soltó la pierna, fue solo porque se impulsó con toda la fuerza de sus patas traseras hacia la cabeza del agente. Alejandro se cubrió la cara con los brazos en un acto reflejo, todavía sin saber qué estaba ocurriendo.

Cuando tuvo clavados 21 afilados dientes en el antebrazo izquierdo, por fin se dio cuenta. El perro fijó su posición sobre él, tensando las patas y apretando la mandíbula.

Alejandro se mordió el labio con fuerza para no gritar.

El animal empezó a emitir ese rugido constante que años de evolución han convertido en un sonido tan amenazador que es capaz de mantener completamente quieta a cualquier presa o amenaza que se encuentre frente a él. Alejandro le pudo ver los ojos, y solo los ojos. La luz de la vieja farola apenas alcanzaba más de un metro de lluvia torrencial, pero las pupilas del animal brillaban con luz propia.

El inspector se quedó congelado. No por miedo, sino porque él también era una amenaza que sentía la potencia del rugido cavernoso y sabía lo que significaría moverse.

—Shhhh... —susurró.

El pitbull apretó la presa. Alejandro se hizo sangre en el labio.

Cogió aire. Un movimiento rápido no parecía la mejor salida, pero no se le ocurrió ninguna otra cosa. Contó hasta tres mentalmente, luego alargó el brazo izquierdo, desgarrándoselo, hacia el cuello del animal. Se giró sobre sí mismo echando su peso sobre el del perro a la vez que con la mano derecha alcanzaba su arma.

En lo que el animal soltaba su agarre del antebrazo para cerrarlo en la mano izquierda del agente, fracturándole casi todos los huesos de la palma, él apuntó el cañón hacia el animal sin

siquiera sacar el arma del bolsillo, y disparó.

Al potente rugido del arma le siguió el aullido de dolor del animal, que se alejó hacia el hórreo a toda la velocidad que pudo con una herida de bala que le había entrado por el muslo de la pata izquierda y le había salido por la parte derecha de la grupa.

Alejandro se levantó con dificultad y se encaminó hacia la entrada arrastrando la pierna derecha y con el brazo izquierdo colgando y goteando sangre que se mezclaba con los enormes goterones de tormenta, sin dejar de mirar a su alrededor por si el animal volvía.

Una vez dentro se limpió el agua de la cara con la manga del abrigo, levantó el brazo del arma apuntando hacia el salón y contuvo el aire para escuchar. No oyó nada aparte del potente repiqueteo de la lluvia contra las ventanas.

Atravesó el salón lentamente escrutando cada esquina. Luego recorrió el pasillo intentando abrir cada puerta, hasta que llegó al pie de la escalera. La luz del piso superior estaba encendida. Se apoyó en el marco y escuchó. Un sollozo suave llegó a su tímpano.

Subió los escalones despacio, arrastrando la pierna derecha. Cuando llegó a la habitación, asomó rápidamente la cara y se volvió a cubrir. Frunció el ceño, intentando comprender la escena.

El cuerpo de Aníbal yacía inerte, con el cuchillo todavía clavado en la cara. A su lado estaba Julia, sentada en posición fetal y balanceándose lentamente sin parpadear.

A sus pies estaba Ramón, completamente ensangrentado y respirando a duras penas.

El agente corrió como pudo hacia Aníbal y le tomó el pulso.

No tenía.

Luego abrazó a Julia.

—¿Estás bien? —le preguntó al oído.

Ella no respondió, siguió meciéndose con la mirada clavada en el ojo izquierdo de Aníbal.

Alejandro se quitó el abrigo y se lo echó por encima a la chica, luego se acercó a Ramón.

También le tomó el pulso, que era muy débil. No se atrevió a girarle para ponerle los grilletas. Se levantó frente a él, valorando si una reanimación cardiopulmonar le ayudaría en algo. El hombre tenía la camiseta hecha jirones, así que Alejandro pudo ver claramente en su pecho un enorme tatuaje de la portada del disco *Master of Puppets*.

El inspector oyó sirenas en la distancia y se sentó al lado de Julia para tranquilizarla, abrazándola de medio lado, hasta que escuchó cómo los coches patrulla paraban frente a la finca. Entonces bajó, dejando a la chica exactamente igual que la había encontrado, para recibir a sus compañeros e informarles de lo que había ocurrido.

Una vez la habitación estuvo llena de sanitarios y policías y el agente hubo relatado los hechos dos veces, por fin pudo encaminarse al exterior apoyándose en un enfermero, donde buscó con la mirada al pitbull, que estaba prácticamente desangrado y encadenado a la farola.

Se dirigieron hacia la ambulancia a través del manto de lluvia para curarle las heridas. Cuando pasaron frente al automóvil de Ramón, el inspector se paró en seco.

—Vamos —le azuzó el sanitario para que continuara.

Alejandro gesticuló con la mano derecha para indicarle que parase.

El coche era negro y tenía la matrícula de color azul. Caminó arrastrando el pie hacia la puerta más cercana e intentó abrirlo, pero no lo consiguió. Con ayuda de la linterna inspeccionó el interior. En el asiento del copiloto había una bolsa de ordenador portátil y en la parte trasera una manta raída y un par de pelotas de tenis sucias.

—Tengo que mirarle los mordiscos —insistió el enfermero.

El inspector negó con la cabeza, se quitó el agua de los ojos y se dirigió hacia el maletero, que también encontró cerrado.

—Si quiere ayudarme —dijo Alejandro levantando la voz para asegurarse de que el sanitario podía oírle por encima del rugido de la tormenta—, vaya al *Seat* azul que hay aparcado ahí delante —señaló hacia la entrada con un gesto de la cabeza—. Tráigame la palanca que hay en el hueco de la rueda de repuesto.

El hombre obedeció a regañadientes.

Alejandro introdujo la punta de la palanca en la rendija que había entre el guardabarros y el maletero y echó todo su peso sobre ella.

¡*Crack!*

La bisagra cedió y el metal se alzó sobre su cabeza, dejando al descubierto un bulto que formaba un viejo edredón. Levantó cuidadosamente un lado con el mango de la linterna para no dejar huellas. Bajo él, encontró un paquete de botellas de agua de 50 cl, guantes, una máscara de látex, una pala, una cámara, un trípode velas, tenazas y cuerda. Le pidió al enfermero que sacara los objetos con las manos cubiertas.

Cuando hubo terminado, levantó la alfombrilla que cubría la rueda de repuesto. Ahí encontró un estuche que contenía un disco duro, una pequeña bolsa con dientes y siete DNIs diferentes. Se colocó la linterna en la boca y pasó los documentos uno a uno con la mano derecha cubierta por la manga del abrigo.

«Moisés Olmedo Pérez —leyó mentalmente en el que tenía la fotografía del hombre que había alquilado la casa en la que encontraron el cadáver de Sara—, Martín Ortega Pardo, Manuel Óscar Parrondo, —el siguiente era un documento portugués— Marcelo Oliveira Pinheiro.»

Pasó hasta el final los que quedaban hasta que llegó a un DNI antiguo.

—Ramón Rodríguez —sentenció en voz alta antes de observar la fotografía del hombre al que había entrevistado por conducir el coche que tenía que haber llevado a Sara a su casa.

Capítulo 35

“Ritual de miseria”

Alejandro no esperó a que le dieran el alta en el Hospital Lucus Augusti, en Lugo. En cuanto tuvo el brazo escayolado desde el codo hasta los nudillos y las heridas de la pierna cosidas y vendadas, llamó a su mujer para contarle lo que había pasado y tranquilizarla. Tardó más de un cuarto de hora en convencerla de que no se pidiera días libres, hiciera las maletas de los mellizos y los dejara en casa de sus suegros. Cuando colgó todavía no tenía claro si iba a hacerle caso o no. Después telefoneó a Inés para que fuera a recogerle y le llevase una muleta.

En lo que tardó en llegar su compañera, él se encaminó a la UCI apoyándose como pudo en el gotero. Allí preguntó por el estado de Ramón Rodríguez.

No había sobrevivido.

Volvió a su habitación, se vistió y se sentó en el borde de la cama a la espera de Inés.

Antes de irse pasaron a ver a Julia, que estaba ingresada en psiquiatría. La chica dormía, pero mantuvieron una larga conversación con sus padres, que les aseguraron que los médicos afirmaban que mejoraba rápidamente y que el corte del cuello no era preocupante. Los agentes, por su parte, tuvieron que responder unas cuantas preguntas sobre qué le había desencadenado el estado de *shock*. La respuesta fue “eso no podemos decírselo” muchas más veces de las que le habría gustado a Alejandro.

Atravesaron la comisaría provincial de Lugo en dirección a la sala que Inés había conseguido para continuar con la investigación, entre las miradas de incredulidad y los cuchicheos de los agentes locales. Alejandro, apoyándose en la muleta, intentaba disimular la cojera y mantener la vista al frente.

Una vez entraron en el cuarto, Inés cerró la puerta tras de sí.

El inspector asintió complacido mirando en derredor. Su compañera había hecho un trabajo excepcional. En la sala estaba el mismo corcho que habían usado en Madrid con las notas en sus lugares, una estantería repleta de archivadores con tarjetas identificativas de los documentos que contenían y tres grandes cajas apiladas en una esquina. Había dividido la enorme mesa en dos partes, una que había dejado despejada y otra en la que había colocado sus ordenadores y una impresora.

—Buen trabajo —reconoció el agente paseándose por la habitación, todavía fingiendo caminar sin dificultad.

Su compañera se acercó a las cajas y abrió la primera de ellas.

—Me habría gustado vaciar todo esto, pero no me ha dado tiempo.

—Suficiente para no llevar aquí ni seis horas —respondió el inspector acercándose a ella—. ¿Qué es? —preguntó asomándose por encima del hombro de su compañera.

—Los efectos personales de Ramón que no están analizando y un regalo que te he traído. —Rebuscó en el interior y sacó una lista de varias páginas escritas a ordenador—. Son los títulos de los 1.342 vídeos de pornografía *gore* de la colección personal de... ¿A que no adivinas quién?

Alejandro sonrió de medio lado y se dejó caer en una silla.

—¿Algo que nos pueda servir? —preguntó reprimiendo una mueca de dolor.

Inés clavó las hojas en el corcho con una chincheta.

—Había trece DVDs codificados —continuó inclinándose de nuevo sobre la caja y cogiendo

un *pen-drive* que entregó a su compañero—. El contenido está aquí, no he tenido tiempo de verlo.

El inspector encendió su ordenador.

—¿Hay algo más urgente? —preguntó a Inés para seguir poniéndose al día de lo que había dejado hecho.

—No. En el laboratorio están haciendo pruebas y he mandado el portátil que encontraste en el coche a Luci Navarro directamente. Supongo que no será fácil entrar.

Alejandro asintió girándose para encarar la pantalla. Otro trabajo bien hecho por parte de su compañera, que había elegido a la que él mismo consideraba la informática más eficiente del cuerpo madrileño de policía.

Inés le acercó una silla para que apoyase la pierna, que Alejandro desechó con un gesto de la mano. Luego acercó una para ella misma y se sentó a su lado.

Dentro del *pen-drive* había un centenar de ficheros nombrados con cadenas numéricas.

El inspector reprodujo el primero.

En baja calidad podía verse un cuartucho de tamaño reducido, en el que las paredes estaban cubiertas con estanterías llenas de cintas de vídeo, de las cuales Inés reconoció algunas, y en el poco suelo que quedaba libre, un pequeño colchón encajonado.

Un hombre gordo aparecía de detrás de la cámara y depositaba una muñeca hinchable sobre el viejo colchón. En cuanto se giraba para marcharse de nuevo, los agentes reconocieron a un joven Ramón, que volvía al poco tiempo con unas tenazas, cuerda y velas.

Ataba en silencio a la muñeca y luego se colocaba en pie frente a ella.

—¿Estás preparada? —preguntaba con voz áspera—. No importa.

Entonces la cogía de la cabeza y la tiraba contra la cama. Se tumbaba encima y le chupaba el cuello. La colocaba boca arriba y simulaba derramar cera de una de las velas sobre sus pechos y la entrepierna. Luego cogía las tenazas y fingía arrancarle un diente.

En este punto se quitaba el pantalón, completamente erecto.

Encendía un cigarro y, masturbándose, acercaba la punta incandescente a la nuca de la muñeca. Luego seguían unos cinco o seis minutos en los que la penetraba asfixiándola hasta llegar al clímax, y acababa escupiéndola. Finalmente se acercaba a una de las estanterías y extraía el mismo cuchillo de caza que había clavado en el cráneo de Aníbal, con el que simulaba cortar el pecho de la muñeca.

Alejandro e Inés se miraron boquiabiertos.

—Ya tenía un ritual hace años —indicó él.

—No me sorprende —respondió Inés— era un hombre fuertemente traumatizado por su niñez, que no tenía allegados y vivía rodeado de una colección tremenda de pornografía dura. — Se giró hacia el ordenador y atrasó el vídeo a un punto del inicio en el que se veía únicamente la sala—. ¿Qué crees que haría todas las noches que vivía allí solo?

El inspector tenía claro lo que creía que hizo, pero reflexionó un par de segundos para dar una respuesta algo más sólida.

—Revivir su infancia de una manera u otra —respondió al fin.

—Justo —coincidió Inés—. Y supongo que, cuando ya había visto suficientes películas, quiso ser él mismo quien las creaba.

Alejandro puso la mano sobre el ratón y clicó dos veces sobre el siguiente vídeo, que empezaba de la misma forma.

—Tiene sentido —indicó volcando su atención en la pantalla—, tenía ideas muy claras de lo que quería hacer.

Visionaron el resto de archivos a lo largo de la tarde. En uno de ellos incluso aparecía una prostituta que, en cuanto notaba cómo el hombre intentaba atarla, le propinaba un rodillazo en la entrepierna, le sacaba la cartera del bolsillo y se marchaba.

Mientras cenaban sendos sándwiches fríos de máquina en el espacio libre de mesa, a Inés le llegó un correo de la informática con un pesado archivo .zip.

En él había 35 archivos de vídeo nombrados con fechas. Por cada fecha había un archivo más pesado y luego cuatro más ligeros. Alejandro reprodujo “22082016”.

El fotograma inicial era un primer plano de la cara de Sara, que balbuceaba con la mirada vidriosa perdida en el suelo. Luego el *zoom* se alejaba lentamente hasta encuadrar a la chica atada al aspa de madera. La frase “Pruébame, verás cómo lo que necesitas es más” podía leerse en la pared derecha de la sala.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó una voz de hombre que podría coincidir con la de los vídeos de la espiral.

A Sara se le bamboleaba la cabeza en el sitio y le caía saliva de la boca.

El hombre salió encapuchado de detrás de la cámara y se acercó a ella. Le agarró del pelo y tiró de él fuertemente para que la adolescente le mirara.

—¿Qué quieres hacer?

Sara empezó a sollozar.

—¿Quieres que te toque? —preguntó el hombre.

La joven negó con la cabeza lentamente, todavía babeando.

—Quieres que te toque —afirmó entonces el sujeto y la miró fijamente a los ojos—. Di que sí.

Sara asintió.

Durante aproximadamente un cuarto de hora el hombre hizo que ella accediera a ciertas exigencias. Después le preguntó si quería que la soltara, y la condujo a los grilletes.

Allí le puso la máscara de latex y la mordaza sin volver a preguntarle. Entonces empezó a hacerle daño. Lo primero que hizo fue encender una vela y derramarle cera en el pezón, luego sacó el mismo cuchillo de caza que los agentes tanto conocían y le hizo profundos cortes en los costados.

La joven apenas gritaba, parecía estar tan drogada que casi no sentía lo que pasaba. Tras otros diez largos minutos en los que le apagaba cigarrillos en la nuca y la insultaba, el sujeto la soltó.

Sara cayó al suelo como un peso muerto.

El hombre se acunclilló a su lado.

—¿Te está gustando? —preguntó.

La cabeza enmascarada de la joven negó lentamente.

—Di que sí.

La adolescente asintió.

El hombre le levantó la mano y le colocó la vela, que la adolescente casi no podía sujetar.

—Ahora te lo vas a hacer tú —ordenó.

El sujeto tuvo que guiarle la mano para conseguir que Sara, en un estado prácticamente comatoso, se quemara y se cortara.

Otro cuarto de hora después el hombre le ató las manos y le quitó la mordaza. Los agentes pudieron escuchar perfectamente un largo gemido quejumbroso de sufrimiento.

El hombre se alejó y volvió con unas tenazas. Abrió la boca de Sara y le extrajo el canino superior izquierdo de un fuerte tirón.

—¿Quién manda ahora, eh? —le preguntó antes de volver a colocarle la mordaza y la máscara.

Entonces se tumbó sobre ella y la violó durante unos doce minutos. En los cuatro últimos, además, le presionaba fuertemente el cuello.

Finalmente el hombre se levantó, escupió sobre el cuerpo de Sara y apagó la cámara.

Inés se quitó las gafas para limpiarse una única lágrima. Alejandro tiró la muleta contra la puerta con toda la fuerza que pudo.

Se quedaron con la mirada clavada en la pantalla apagada durante largo rato.

—Tenemos que ver todos —comentó el inspector con voz triste.

Su compañera negó con la cabeza.

—Inés —prosiguió él colocándole el brazo derecho sobre el hombro—, es nuestro trabajo.

Ella tragó saliva, volvió a limpiarse los ojos, se colocó las gafas y le dedicó una mirada resuelta.

—Tienes razón.

Los vídeos menos pesados eran simplemente cortes de los de las torturas.

Estaban los de todas las víctimas y eran muy parecidos en estructura y contenido, aunque en los siguientes no había aspa ni grilletes; el sujeto utilizaba cuerdas y una silla. Además, cada víctima se encontraba algo menos drogada que la anterior.

Sobre las tres de la madrugada empezaron a ver el último, que correspondía a la adolescente Mariña Moreno.

Cuando se iniciaba la grabación ella ya estaba atada a la silla y ligeramente drogada, aunque en menor medida que Sara.

Alejandro paró el vídeo y señaló una esquina de la pantalla, que estaba en penumbra.

—Mira. ¿No te parece un contorno?

Inés acercó la cara al monitor recolocándose las gafas.

—Podría ser... ¿Una persona sentada? —preguntó dubitativa.

—Creo que sí.

Visionaron el vídeo entero y, en cuanto la joven yació inerte en el suelo después de que el sujeto la asfixiara, la sombra de la esquina se movió saliendo del encuadre.

Alejandro volvió a parar la reproducción.

—Había alguien más —afirmó entre dientes.

—¿Alguien que pagara para verlo? —preguntó Inés con el ceño fruncido.

—No tengo ni idea —respondió el inspector estirando la pierna dolorida.

Entonces, en un impulso, Inés tomó el mando del ordenador como accionada por un resorte y abrió la página web en la que Ramón subía los vídeos.

Había una nueva entrada.

Pulsó el *play* para reproducirlo. La espiral era la misma, la voz diferente. Se giró hacia su compañero.

—Tenemos que llamar a Cecilia.

Capítulo 36

“Intactos”

—Primero lo primero, ¿cómo estás? —preguntó Cecilia cariñosamente a Alejandro.

La chica llegó de la Haya dos días después de recibir la llamada. Ya se había puesto manos a la obra y no llevaba ni tres horas en España.

Desde la Europol, habían asignado la investigación a su equipo por el alcance internacional del caso y la cercanía de la chica con los agentes.

Alejandro, sentado al lado de Inés, se miró el brazo escayolado antes de responder.

—Bien, gracias.

—¿Y Julia?

—Todavía en el hospital, pero mejorando —respondió Inés.

—Perfecto, me alegro. —Cecilia apoyó ambas manos sobre el borde de la mesa—. Ahora ponedme al día de lo que ha pasado hasta ahora, como si yo no supiera nada.

Durante algo más de una hora Alejandro le relató el desarrollo del caso, incluyendo la conversación telefónica que había mantenido con ella en la finca y el correo electrónico que le había mandado con las desapariciones en Portugal.

—De acuerdo. —Cecilia continuaba de pie con su iris verde esmeralda clavado en él. Ella no necesitaba tomar notas—. Ahora las pruebas que habéis encontrado.

Inés asintió y tomó el relevo. Vació la mesa de vasos de café vacíos y documentos desperdigados antes de comenzar.

—Empiezo por el sujeto —indicó cogiendo un taco de fotografías y papeles—. Se llamaba Ramón Rodríguez. —Colocó la foto más reciente sobre la mesa—. Antes Jose Ramón Segarra. —Depositó entonces la más antigua—. Se cambió el orden de los apellidos y prácticamente cambió de vida, ¿cómo no iba a empezar a cambiarse de nombre con lo que pensaba hacer?

Tanto Cecilia como Alejandro asintieron.

—Álex ya te ha contado lo que averiguamos de su vida, esto —prosiguió agitando los papeles restantes— es lo que sabemos por su cuerpo. Su ADN concuerda con las muestras de todas las víctimas —dejó uno de los documentos sobre la mesa—, así que podemos relacionarlo directamente con los asesinatos. Además hemos comprobado que la voz del sujeto de los vídeos de las víctimas coincide con la de los de la espiral y los de Ramón en el videoclub. Por otro lado —levantó cinco fotografías—, en su cuerpo tenía viejas cicatrices de quemaduras en los pezones y testículos —entregó a Cecilia dos de las imágenes—, y de cigarrillo en la nuca —otra fotografía—, igual que las víctimas, y un implante en el canino superior izquierdo que, por la encía, fue arrancado de mala manera hace muchos años —le entregó una última, que Cecilia inspeccionó antes de depositar sobre la mesa—. Suponemos que replicaba en las víctimas las torturas a las que le sometían sus padres, pero hemos encontrado una cicatriz de quemadura en el costado con forma de tres círculos concéntricos que no concuerda —mostró una nueva *polaroid*—. Además, las cuchilladas en los pechos de las víctimas nos llevan a pensar que revivía la muerte de la madre, ya que la herida que recibió ella fue en el mismo sitio y hay indicios para sospechar que su muerte no fue accidental realmente. Parece que el hecho de que la fecha y hora de subida de los vídeos concuerde cuando se declaró la muerte —Cecilia frunció el entrecejo— apoya esta teoría.

Cecilia asintió para indicar a Inés que continuara.

—También tenemos las botellas del maletero. —Se acercó a la esquina en la que estaba el paquete y sacó una—. Están agujereadas por el tapón, ¿lo ves? —preguntó señalando el pequeño orificio a la luz del flexo. Cecilia volvió a asentir—. Han dado positivo para Rohypnol. Suponemos que ofrecía a las víctimas llevarlas a alguna parte, no creemos que las adolescentes desconfiasen de un conductor de Car4u. Luego podría darles el agua y, una vez perdían la consciencia, las llevaba a la casa que tuviera alquilada esos días. Con Sara no —aclaró—, a ella creemos que la metió en el maletero y continuó su ronda con ella allí, por lo que debía de estar casi inconsciente.

—¿Qué más? —preguntó Cecilia todavía en pie frente a los agentes.

—Su portátil —indicó Inés colocando el aparato que había llegado esa misma tarde en el centro de la mesa y girándolo para que Cecilia pudiera ver la pantalla—. Hemos encontrado todos los vídeos que grabó de las víctimas y, aunque no se le ve la cara en ningún momento, un hombre en cada vídeo tiene una complexión que podría coincidir con Ramón en ese momento. Como sabes, en el último vídeo se puede ver la silueta de otro hombre. A cada víctima le hacía pasar por las cuatro fases —dijo la palabra con una mueca de repugnancia—, incluida Sara, que representarían los ciclos de vídeos; primero la deja en una silla y le pide que haga lo que crea que le va a agradar más, es decir, da libertad a la víctima. Luego le ata y le pone una máscara con una mordaza, para que no pueda moverse o hablar. Podría haber usado esta parte para los vídeos de castidad. Después empieza con las torturas y los mensajes autoritarios, primero con la víctima atada y luego suelta. Finalmente acaba forzando a la víctima a masturbarse y a autolesionarse como muestra de obediencia.

La agente paró un momento, se masajeó el puente de la nariz con el índice y el pulgar, y continuó.

—Ya sabes cómo acaban. Las viola y asfixia.

Cecilia le posó la mano sobre el hombro.

—Buen trabajo. ¿Algo más?

—Sí —continuó Inés—, hemos identificado que es el equipo desde el que se subieron los vídeos a la web. Todos menos el de antes de ayer pidiendo paciencia de nuevo, claro. También sabemos que el cuchillo de caza que tenía Ramón concuerda con el que se usó para hacer las laceraciones de las víctimas.

Cecilia se acercó al corcho que habían traído desde Madrid y repasó las notas que había colgadas, todas en la columna que habían nombrado “Hechos”. Señaló la que decía “¿Quitar máscara?”.

—¿Por qué solo le quitó la máscara a Sara?

Alejandro tomó la palabra.

—No lo sabemos, pero suponemos que es porque fue la primera y no debió de gustarle, así que no lo repitió.

Cecilia hizo una mueca, cogió un subrayador amarillo de la mesa, marcó la pregunta y cambió el pedazo de papel a la columna “suposiciones”.

—No me vale. ¿Algo más?

Los agentes negaron con la cabeza.

—Creo que eso es todo —afirmó Alejandro—. De todos modos, Julia Herrera debería de llegar de un momento a otro para contarnos su versión de los hechos.

—Vale —Cecilia se sentó, se hizo un moño con la melena rubia y entrelazó los dedos sobre la mesa—. Habéis hecho un trabajo excepcional, pero os ha faltado una cosa —esperó a que los agentes se inclinaran hacia delante en señal de expectación—, buscar en internet los nombres de

los vídeos. “Pruébame, verás cómo lo que necesitas es más” es parte de la letra de *Master of Puppets*, igual que el resto de nombres de vídeos que subió los días 25. Además, ¿podéis imaginaros cuánto dura la canción?

Alejandro sonrió de medio lado.

—Ocho minutos y 38 segundos —respondió Cecilia a su propia pregunta—. Por eso se sentía tan unido a ella.

El sonido del teléfono interrumpió su razonamiento. Alejandro lo descolgó rápidamente.

—Está aquí Julia Herrera —indicó la recepcionista a través del aparato.

—De acuerdo, gracias. —Colgó—. Chicas, está aquí Julia.

Los tres bajaron a recibirla.

Julia les esperaba sentada con la mirada fija en las rodillas. Llevaba un vendaje que le cubría el cuello pero, cuando levantó la vista, Alejandro percibió que seguía siendo la misma. Se incorporó en cuanto le vio.

—Hola, Álex. —La chica se fijó en la escayola y la muleta—. ¿Estás bien?

«La misma, pero triste», pensó el agente mientras se acercaba a darle un fuerte abrazo.

—Sí, tranquila. Lo siento muchísimo —le susurró al oído.

—Lo sé —respondió Julia, apagada.

Cuando se separaron se acercó Inés, que también la abrazó.

—Cómo se os ocurre...

Julia engulló un sollozo.

—Esta es Cecilia. —La presentó Alejandro—. Una amiga de la Europol. Va a dirigir el caso a partir de ahora.

—Encantada. —Le ofreció la mano, que Julia estrechó. Se miraron a los ojos. Ambas resueltas, ambas luchadoras. Apretaron ligeramente el saludo a la vez—. Voy a hacer todo lo que pueda. —Julia supo que no mentía.

—Vamos a sentarnos a algún sitio más íntimo. —Alejandro les dirigió con la muleta hacia el pasillo.

Avanzaron hasta llegar a una sala de reuniones, cerraron las persianas e Inés fue a por tres cafés y un té negro para Julia.

—¿Cómo estás? —El agente tenía el portátil sobre la mesa, aunque todavía no pensaba apuntar nada.

—Desorientada, triste... —Julia forzó una sonrisa—. Creo que no lo he asimilado aún.

—Es normal —declaró él—, has pasado un suceso muy traumático.

El mango sangriento del cuchillo nubló la mente de Julia, que asintió en silencio. Cecilia se fijó en el libro que le asomaba del bolsillo del abrigo. Era el ejemplar que le había regalado Aníbal.

—¿Puedo? —preguntó señalándolo con la mano.

—Por supuesto —Julia lo sacó y se lo ofreció.

—“El arte de la guerra”. —La agente lo ojeó—. Es una edición preciosa.

—Sí.

Pasó páginas leyéndolo por encima hasta que encontró una que, al parecer, le interesaba especialmente. Rebuscó un lápiz en su bolsillo y colocó la punta sobre el papel, sin llegar a realizar un trazo.

—¿Te importa? —preguntó refiriéndose a si podía hacer algún tipo de marca—. Es para cuando estés mejor.

A Julia sí que le importaba, pero no se atrevió a decirlo, así que simplemente afirmó con la

cabeza. Cecilia subrayó una única frase, introdujo su tarjeta a modo de marcapáginas, lo cerró y se lo devolvió.

—Cuando estés mejor, si quieres, me escribes.

—Vale.

Alejandro extrajo una pequeña bolsita y un viejo libro del maletín de su ordenador.

—Pensé que querías esto. —Le entregó primero la bolsa—. A nosotros no nos hace falta.

Julia la aferró y la alzó en el aire. En el interior del plástico transparente, intactos, yacían dos anillos enganchados con un cordón desgastado esperando a que se los colgara. Lloró un rato en silencio mientras Cecilia le acariciaba el hombro.

Cuando se recompuso, abrió la bolsa y fue a introducir los dedos, pero se paró en seco.

—¿Puedo?

Alejandro se encogió de hombros.

—Lo que quieras, ahora son tuyos.

Muy lentamente, Julia tiró del cordón hasta que extrajo los anillos y los observó a contraluz. El de Sara, de plástico barato y el suyo, de madera oscura, colgaban del cordón de la zapatilla de Aníbal.

—¿Alguien los ha tocado?

La pregunta pilló al inspector por sorpresa.

—Solo con guantes —respondió Inés rápidamente.

Aunque no sabía por qué, eso reconfortó a Julia, que los volvió a introducir en la bolsa y la cerró. «Todavía no puedo hacerlo», pensó.

—Esto pensé que te podría entretener... —continuó el inspector—, como te gustó lo de Panoptes... —El agente le acercó el libro de tapa blanda. Era un antiguo tomo titulado “Mitología griega y romana”. Las esquinas estaban levantadas y un oscuro surco de café ensuciaba la estatua a medio borrar de la imagen de la portada. Julia lo abrió. En la primera página podía leerse con letra infantil “Alejandro Montemayor, 5º A”—. A mí me ayudó en momentos difíciles, espero que a ti también.

La chica no dijo nada. Guardó los libros y la bolsa, y volvió a llorar en silencio, sin saber ya ni por qué.

—Cuando quieras —Cecilia le acercó el té para que bebiera una vez se hubo tranquilizado un poco—, nos gustaría que nos contaras lo que recuerdes, como lo recuerdes.

Julia todavía no había intentado revivir aquella noche y, según avanzaba en el relato, se dio cuenta de que apenas conseguía estructurarlo. De repente se veía en la cocina, de repente bajo la cama..., pero hubo un hecho que narró a medias al menos tres veces: la mitad que contó fue la cuchillada mortal que recibió Aníbal en el ojo derecho; la mitad que no, la última mirada que le dedicó con el izquierdo. Eso era solo para ella.

Capítulo 37

“Renacimiento”

Julia llevaba sin salir de casa lo mismo que sin comer tostadas con tomate en rodajas: desde el funeral de Aníbal. Pasaba las horas frente al ordenador escuchando una y otra vez la canción favorita de Aníbal mientras pulsaba metódicamente el botón de “siguiente” en la galería de fotos. Igual que había memorizado cada nota de la pieza, se sabía cada píxel de cada una de las pocas fotografías que se habían hecho Aníbal y ella, y el orden en el que aparecían, pero no tenía claro qué había ocurrido antes y qué después; una foto en Lugo... ¿cuándo habían estado en Lugo exactamente?; una comiendo en la soleada plaza de Valdemanco... ¿antes o después de encontrar la finca?

La canción empezó de nuevo.

*Entró el sol por la ventana
y me dio en la cara, haciendo que me despertara.
Soñaba que flotaba en tu vientre, mamá,
que volvía a nacer, que me creaba.
Que recobraba las ganas de vivir,
que la vida aún tenía mil regalos para mí.*

Sus padres y su hermano le habían dicho cientos de veces que no podía seguir así, que tenía que retomar su vida..., incluso la habían llevado a dos psicólogos y un psiquiatra. Ellos qué sabrían; Julia se conocía de sobra y, cuando estuviera mejor, no necesitaría a nadie que se lo dijera.

El mundo se había ido materializando a su alrededor poco a poco, dejando de ser una nebulosa un trozo cada vez. Un día cogió una taza y no se acordó del café que le preparó Aníbal para desayunar el día siguiente a Navidad; otro día introdujo uno de los cuchillos de cocina en el soporte de madera en el que los guardaban y no le recordó a cómo uno parecido había atravesado el ojo de su novio.

Pero la cicatriz del cuello la acompañaría siempre.

Se fijó en el cordón con los anillos que descansaba junto a los dos libros sobre su mesa. Ese día no le hizo llorar, de hecho, sonrió con nostalgia.

«*Nada cambias, y nada cambia*», pensó a una con el verso de la canción que sonaba de fondo en su habitación.

Por fin tuvo fuerza para levantarlos. Los examinó, los acarició cariñosamente y se los colgó del cuello. Sintió su peso sobre el pecho, recordándole todo por lo que había pasado; los momentos en los que se sintió alegre, inteligente, amada... Entonces se materializó otro trozo de mundo: la esquina de una tarjeta que asomaba del libro que le había regalado Aníbal.

«*Con las ideas oxigenadas, de lo que quiero ser, una visión clara*».

Lo abrió y leyó la frase que había subrayado Cecilia: “Si quieres fingir cobardía para conocer la estrategia de los adversarios, primero tienes que ser extremadamente valiente”. Una idea que llevaba días rondándole la cabeza tomó forma por fin. Abrió el portátil y entró en la web de MOP.

“Necesito más”, escribió en el *blog* en el que se habían seguido publicando vídeos mensualmente.

Una ventana de chat se abrió al instante.

—La primera prueba es sencilla: dame tu nombre.

Julia clavó inconscientemente la mirada en el ejemplar de mitología que le había regalado Alejandro. Sonrió; se le había ocurrido la respuesta perfecta.

—Diana. —Tecleó lentamente mientras los últimos versos de la canción se fundían con el sol del atardecer.

*Hoy es mi renacimiento,
hoy es mi renacimiento,
hoy es mi renacimiento...*

Agradecimientos

A todos los que seguís buscando la belleza en la palabra escrita, espero humildemente haberos entretenido.

A todo mi propio *anillo*, pero especial a Cris, mi elemento unidad, sin ti ya no soy yo. A Dani, el nuevo elemento que ha cambiado mi vida. A mi *suma*, en especial a Ángela, mi crítica menos exigente. A todos mis *productos*, tanto a las y los *cañas de bambú que se doblan en el vendabal*, como a las y los *vigorosos cipreses que las cubren de la tormenta*. A las sobrinas que elegimos.

Y ahora me dejo de metáforas. Primero quiero agradecer su ayuda a todos los que han leído alguna versión de esta quimera y han aguantado hasta el final... normalmente por compromiso. No solo eso, sino que además han intentado ayudarme y hasta motivarme para seguir. Los pongo en orden de lectura:

A Ángela, por inspirarme y animarme a seguir... bueno, y por muchísimas cosas más que no caben en unos simples agradecimientos.

A Guillermo López (a quién quiero engañar, a *Will*), al que siempre hago por parecerme un poco más y me ha convertido en quien soy hoy en día. Gracias por tus estoicos ánimos.

A Cris por tercera vez en lo que va de libro (y las que quedan), por apoyarme en todos los proyectos que me propongo.

A Jaime y Carmen, que juntos sois maravillosos y cada conversación que mantenemos me hace querer ser mejor y aprender más. A Carmen por un lado (Carmen Villaescusa, claro), que es el entusiasmo personificado. Sin tus ánimos no habría pasado del segundo borrador. A Jaime por el suyo (Jaime Hernández, claro), cuya curiosidad es contagiosa y, de no ser por ti, seguiría leyendo únicamente libros *de romanos*.

A Marina, que me diste la seguridad que necesitaba desde un conocimiento de literatura real (además de un *feedback* magnífico). Me encanta que intercambiamos capítulos.

A Álex Díez por tu brutal sinceridad que, aunque me costó aceptarla, era justo lo que necesitaba. Bueno y también por todas las experiencias que hemos vivido juntos, por lo que nos hemos apoyado, reído...

A David Fernández de Velasco (*Masti*) por tu no tan brutal sinceridad que me vino muy bien para plantearme seriamente qué estaba escribiendo. A ti te tengo que dedicar más párrafo también, no porque seamos casi hermanos, sino porque tu *Cuento de una guerra* volvió a despertarme el gusanillo de la escritura.

A la asesora literaria Ana Vidal, que hizo un trabajo excepcional con un borrador nefasto. Sin sus anotaciones y consejos habría sido imposible llegar a publicar esta historia.

A Taras. Sabes que siempre tienes lugar en mi corazón y en mi sofá. Sin ti, Moisés habría sido poco más que un nombre en la novela y no sé qué habría sido de mí.

A Cris por cuarta vez. Esta por aguantarme y ser tan paciente conmigo.

A mis padres, que siempre nos habéis puesto primero a mis hermanas y a mí y nos habéis motivado, apoyado y dado confianza en nosotros mismos. Con respecto a este proyecto: gracias papá por descubrirme la lectura y gracias mamá por tu meticulosidad de profesora de ortografía. Con respecto al resto de mi vida: gracias por todo lo que habéis hecho por mí. Os quiero.

Por supuesto, gracias Baker Street Ediciones y a Víctor Miguel Gallardo por apoyar este proyecto por encima de los muchos (y mejores) que supongo que tendréis. Jamás olvidaré tu llamada telefónica.

A Laura (mi *cuñi*), por dejarme usar tus historias y por haberme prestado tu ojo de precisión milimétrica para que no fite ni una letra.

A ti que estás leyendo y que, aunque ya te haya agradecido al principio, está bien volver a reconocértelo. Espero que te haya gustado aunque supongo que si no lo hubiera hecho, no habrías llegado hasta aquí. Ya puedes dejar de leer, que yo voy a seguir agradeciendo.

También quiero agradecer a cualquiera que se sienta representado en la novela, pero en particular a las personas que aparecen explícitamente:

A Javier Ibarra (*Kase.o*), cuya música me ha motivado y me ha acompañado en los mejores y peores momentos. Espero que citar *Renacimiento* constantemente haya sido una pequeña parte del halago que he intentado hacerle. Todos tendríamos que aprender de esa manera tan especial que tiene de ver la vida.

A los habitantes de todos los pueblos que he usado como localización: Valdemanco, Miraflores de la Sierra, Canencia, Guadalix de la Sierra, Casasola, Parada de Arriba, Codesseiro, Torredeita, Sabrosa, Póvoa de Lanhoso, Vilar de Cereda, Tarreirigo, Fontefría, Corvelle y Lousada, pero en especial a los de Valdemanco, Canencia y Lousada, porque me he tomado la libertad de intentar describir (con muy poca habilidad y, desgraciadamente, muy por encima) la belleza de sus paisajes y su naturaleza. Espero que no les parezca mal mi atrevimiento y que me perdonen por no haber sido capaz de dedicarles la verdadera cantidad de novela que se merecen.

Al personal de la comisaría de la Policía Nacional de Alcobendas, la Comisaría Provincial de Lugo, la Policía Estatal de Braga y al Cuerpo de Policía en general, espero no haberles ofendido (más a que a nadie) con mi desconocimiento sobre su trabajo. Ni que decir tiene que los personajes son inventados y que no están basados en ningún agente en particular. Prometo informarme más para la segunda parte y escribir algo más representativo de la dura labor que realizan a diario.

A los conductores de aplicaciones de movilidad, a quienes en ningún momento he querido faltar. Entiendo lo duro que es su trabajo y lo valoro cada vez que tengo que pedir un coche a horas intempestivas y recibo una sonrisa, una botella de agua (sin Rohypnol) y un agradable recorrido.

A los dueños de alojamientos rurales, cuyo servicio también utilizo a menudo. En la novela he tenido que tomarme la licencia de representar a uno que no cambia las sábanas; nada más lejos de la realidad, todavía no he encontrado una casa rural sucia o con un anfitrión que no fuera todo amabilidad y se prestase a ayudarme en lo que fuera necesario.

Al personal del Hospital Universitario Lucus Augusti, que dudo mucho que dejarasen irse a un paciente herido sin el alta, por muy inspector de policía que fuese.

A Cris otra vez, ahora por cuidarnos a Dani y a mí con todas sus fuerzas.

A ti otra vez también, que sigues leyendo. Eres perseverante, ¿verdad? Gracias por seguir aquí valorando los apoyos que he recibido. Ahora voy a agradecer a gente me ha inspirado, es muy posible que no los conozcas así que puedes dejar de leer si quieres.

Me gustaría agradecer también a gente en la que me he inspirado o que me ayuda a seguir:

A Cris. Si es por inspirarme o ayudarme a seguir tienes que ser la primera.

A mis amigos. Tanto a los de toda la vida como a los de la universidad, que siempre me hacéis sentir cómodo y no me ponéis pegas a que sea yo mismo (aunque sé que hay veces que os quedáis con ganas).

A todos los alumnos que he tenido de momento, aunque a muchos y muchas en particular,

que saben perfectamente quiénes son. Sois una de las principales razones por las que me levanto cada día. Aunque no lo creáis, aprendo mucho más de vosotros que vosotros de mí. Estéis donde estéis, espero que hayáis llegado a donde queráis y, estéis donde estéis, por favor contactadme y contadme qué tal os va (no sabéis qué ilusión me hace saber de vosotros).

A todos los profesores que he tenido, que despertaron y asentaron en mí unas ganas de aprender que todavía no he perdido.

A cualquiera en quien me he inspirado para poner algo de ellos en un personaje: Ángela y Marina (otra vez), Cris (¿Cómo no?), mis padres, Álex, Nuria, Marisa, *Crisvi*, *Alexa*, *Carlimus...* y gestos, expresiones y hábitos de muchos más.

A ti, que sigues aquí. Supongo que eso significa que te ha gustado. Sé que podría haberlo hecho muchísimo mejor, así que me comprometo a aprender sobre escritura antes de ponerme con la siguiente parte y, bueno, ya que has llegado hasta aquí y no he conseguido disuadirte, entiendo que tú también *lo que necesitas es más*. Bien, todo tuyo:

Capítulo 38

“8”

Diana observaba cómo una enorme araña campestre trepaba por su gemelo. El lento movimiento de las patas del artrópodo que antes tanto le habría repugnado ahora le resultaba casi relajante.

Un dolor frío en la herida supurante con forma de tres círculos concéntricos que le habían marcado en el costado izquierdo la sacó de su ensoñación. Hyde, el pupilo del anciano, se la limpiaba cariñosamente con un algodón empapado en alcohol. Cada vez le incomodaban menos sus silencios y la máscara de látex que llevaba permanentemente, y le incomodaba más pensar que en algún momento ella podría llegar a ser como él.

—¿Tú también pasaste por esto? —inquirió Diana entre mueca y mueca de dolor.

—Hm. —Era un gruñido de afirmación.

La llaga que limpiaba el joven era un doloroso símbolo del extraño vínculo que les unía. Desde que la hubieron marcado había empezado a sentirse cada vez más cercana a él; era quien le había soltado los grilletes, le daba la comida y le vaciaba los cubos de las deposiciones. Aunque el anciano solo le acompañara algunas de las veces, imaginaba que los cuidados los hacía por orden expresa suya.

Ahora hasta tenía un jergón, una manta y le permitían parar el metrónomo mientras estuviera sola en la sala. Pero seguía desnuda.

El silencioso hombre le cubrió la herida con una nueva gasa que pegó a su piel enrojecida con un esparadrapo. Luego se levantó y se encaminó hacia la puerta. La chica sabía que no podía seguirle, no quería que supieran que su tercer mayor deseo era cruzar ese umbral; el segundo era hacer al anciano algo parecido a lo que había hecho a Moisés tiempo atrás y, el primero, volver a aquella mañana de Navidad con Aníbal para quedarse allí eternamente.

El joven cerró la puerta a sus espaldas dejándola sola y a oscuras, una sensación a la que ya se había acostumbrado. Sabía que volvería antes o después y esperaba que fuera sin el anciano. Cada vez que él entraba en la sala, su presencia le arrollaba y tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano para mantenerse en esa fina línea entre finjir que se sometía y someterse realmente. No sabía cuánto podría aguantarlo; no se había preparado para estar bajo su yugo tanto tiempo.

En cuanto escribió el *whatsapp* a Cecilia al llegar al aeropuerto de Orly que daba la señal a la Europol para que empezaran a seguir la ubicación de su teléfono, el maldito chófer lo había tirado a la basura. Alejandro, Inés, Cecilia y ella misma habían preparado una docena de planes para distintos posibles escenarios en los que el anciano siguiera con el contacto, pero la prueba del viaje a París había sido tan rápida que poco habían podido hacer aparte de improvisar y que la incomunicaran desde el primer momento fue, desgraciadamente, una opción que no les había dado tiempo a contemplar. Solo le quedaba aferrarse a la alternativa desesperada que Alejandro había nombrado “Plan Helvecios” y resumido en cinco simples palabras y media: “tirar *pa’ alante* sin mirar atrás”. Ella pensaba hacer su parte y estaba segura de que sus tres compañeros seguían trabajando para encontrarla.

Palpó a tientas su pierna derecha hasta que tocó la araña. La sujetó en la palma y la llevó al rincón más apartado de su jergón; cualquier compañía era buena en su situación y más si se encargaba de los pocos mosquitos que conseguían colarse entre los recovecos de la madera del techo.

—Buenas noches, Aracne. —La depositó en el suelo y se volvió al colchón. Se arrebujó en la manta y clavó la mirada en la parpadeante luz rojiza de la cámara que la observaba día y noche.

«Tirar para adelante sin mirar atrás» pensó llevándose la mano inconscientemente al pecho en busca de un par de anillos que ya no estaban allí.

Contenidos

<u>Capítulo 1 “7”</u>
<u>Capítulo 2 “7 de octubre de 2018”</u>
<u>Capítulo 3 “8 de octubre de 2018”</u>
<u>Capítulo 4 “6”</u>
<u>Capítulo 5 “9 de octubre de 2018”</u>
<u>Capítulo 6 “Del 10 al 14 de octubre de 2018”</u>
<u>Capítulo 7 “5”</u>
<u>Capítulo 8 “15 de octubre de 2018”</u>
<u>Capítulo 9 “16 y 17 de octubre de 2018”</u>
<u>Capítulo 10 “El ladrido que no queremos oír”</u>
<u>Capítulo 11 “Del 18 al 23 de octubre de 2018”</u>
<u>Capítulo 12 “El cuerpo de Sara”</u>
<u>Capítulo 13 “30 de octubre de 2018”</u>
<u>Capítulo 14 “4”</u>
<u>Capítulo 15 “31 de octubre y 1 de noviembre de 2018”</u>
<u>Capítulo 16 “3”</u>
<u>Capítulo 17 “2 y mañana del 3 de noviembre de 2018”</u>
<u>Capítulo 18 “Tres son un patrón”</u>
<u>Capítulo 19 “Tarde y noche del 3 de noviembre de 2018”</u>
<u>Capítulo 20 “Pruébame, verás cómo lo que necesitas es más”</u>
<u>Capítulo 21 “El camino”</u>
<u>Capítulo 22 “2”</u>
<u>Capítulo 23 “8 y 20 de noviembre de 2018”</u>
<u>Capítulo 24 “Sobre perfiles y notas”</u>
<u>Capítulo 25 “Operativo Panoptes”</u>
<u>Capítulo 26 “24, 25 y 26 de diciembre de 2018”</u>
<u>Capítulo 27 “1”</u>
<u>Capítulo 28 “20:38”</u>
<u>Capítulo 29 “18 de enero de 2019”</u>
<u>Capítulo 30 “Piel nívea”</u>
<u>Capítulo 31 “22 de enero de 2019”</u>
<u>Capítulo 32 “AYUDA!”</u>
<u>Capítulo 33 “Noche del 22 de enero de 2019”</u>
<u>Capítulo 34 “Master of Puppets”</u>
<u>Capítulo 35 “Ritual de miseria”</u>
<u>Capítulo 36 “Intactos”</u>
<u>Capítulo 37 “Renacimiento”</u>
<u>Agradecimientos</u>

Copyright © 2023 Mario Coma
Todos los derechos reservados.

Sobre el autor

Mario Coma (Madrid, 1990) es licenciado en Ciencias Físicas y especializado en Física Teórica. Ha trabajado en diferentes ámbitos como la consultoría, el *marketing* digital o la investigación, donde ha participado en dos publicaciones académicas. Desde 2021 es profesor de Matemáticas en Secundaria y Bachillerato en la Comunidad de Madrid.

Con El anillo de Sara inicia su camino en la escritura. En esta novela debut combinará sus experiencias en tan distintos campos con una trama muy personal mediante un estilo característico propio.